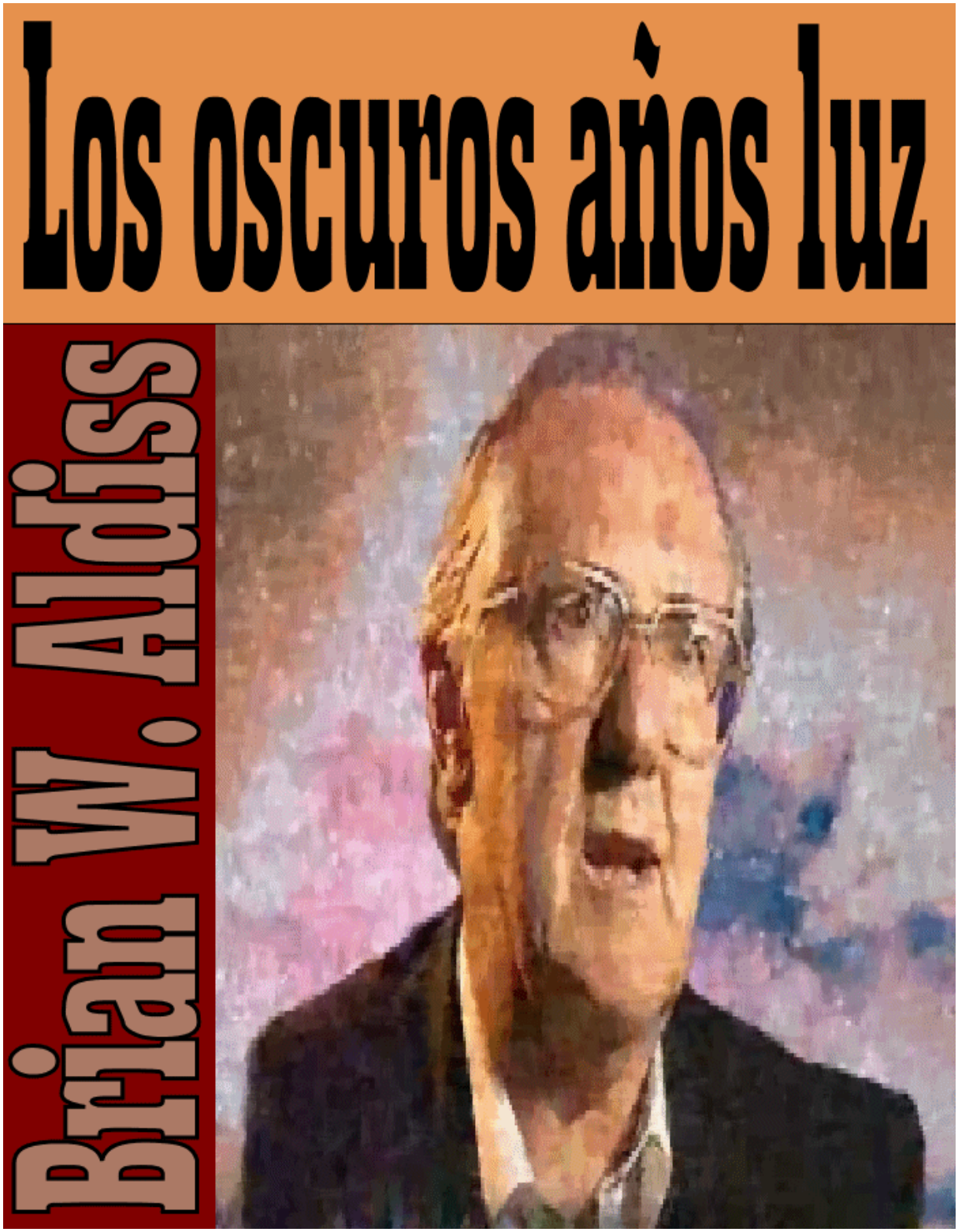
Los oscuros años luz
Brian W. Aldiss



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Unos cuantos años luz con condimento artificial
para Harry Harrison
poeta, filósofo, hombre ejemplar.

Librodot

Oh, negrura, negrura, negrura. Todos van hacia lo oscuro,
Los vacíos espacios interestelares, el vacío dentro del vacío,
Los capitanes, banqueros, comerciantes, eminentes hombres de letras,
Los generosos protectores del arte, los hombres de Estado, los gobernantes...

Sobre el terreno, las nuevas hojas de hierba surgían con su envoltura de clorofila. En los árboles sobresalían las lenguas de verdor, envolviendo tallos y ramas -pronto el lugar se asemejaría al imbécil intento de un niño de la Tierra que dibuja árboles de Navidad- pues la primavera nuevamente estimulaba a todo lo que crecía en el hemisferio austral del planeta Dapdrof.

No es que la naturaleza fuese más amable en Dapdrof que en cualquier otra parte. Aunque enviara los vientos cálidos sobre el hemisferio sur, reunía la mayor parte de los del norte en un gélido monzón.

Apoyado en sus muletas, el anciano Aylmer Ainson se hallaba erguido en la puerta, rascándose pausadamente la calva, mientras observaba atentamente los árboles. Incluso las más extremas y delgadas ramitas apenas se agitaban, aunque soplaba una fuerte brisa.

Aquel efecto pesado estaba causado por la fuerza de la gravedad; incluso las ramitas, como todas las cosas en Dapdrof, pesaban tres veces más que en la Tierra. Ainson hacía ya mucho tiempo que estaba acostumbrado al fenómeno. Su cuerpo se había desarrollado cargado de espaldas y con el pecho hundido, y así llegó a acostumbrarse. También su cerebro había crecido un tanto redondeado en el proceso.

Afortunadamente, no le afligía el anhelo de revivir el pasado, que derriba a tantos humanos incluso antes de llegar a la edad madura. La visión de aquellas nuevas hojas verdes sólo despertó en Ainson una vaga nostalgia, que le evocaba el remoto recuerdo de que su niñez había transcurrido entre un follaje más sensible a los céfiros de abril; céfiros que, por lo demás, se hallaban a cien años luz de distancia. Era libre de estar a la puerta, gozando del más exquisito lujo del hombre: una mente en blanco.

Observaba distraídamente a Quequo, el utod hembra, mientras caminaba entre sus lechos vegetales, bajo los árboles ammp, lanzando finalmente su cuerpo dentro del barro acogedor. Los árboles ammp permanecían siempre verdes, a diferencia de los restantes árboles en el recinto de Ainson. En lo más alto de ellos, reposando entre el follaje, había grandes pájaros blancos de cuatro alas, que decidieron emprender el vuelo cuando Ainson los miró, revoloteando en el aire como inmensas mariposas y extendiendo sus sombras por la casa al pasar.

Pero la casa ya estaba salpicada con sus sombras. Obedeciendo al impulso de crear una obra de arte para quien les visitara, quizás una sola vez en cien años, los amigos de Ainson habían arrancado el blanco de sus paredes, esparciendo atolondradamente siluetas de alas y cuerpos, como impulsándolo todo hacia arriba. El airoso movimiento del conjunto daba la impresión de que la casa de achatados aleros se elevaba contra la gravedad; pero aquello era sólo una apariencia, ya que esa primavera descubrió cómo el árbol de neoplástico del tejado se había combado, y cómo las paredes que soportaban la estructura estaban alabeadas y más cerca del suelo.

Era la cuadragésima primavera que Aison había visto pasar en su pequeña zona de Dapdrof. Incluso la sazonada pestilencia procedente del estercolero ahora olía sólo a hogar. Mientras la respiraba, su grorg -el comedor de parásitos- le rascaba la cabeza y, para agradecérselo, Ainson levantó la mano y dio unos golpecitos cariñosos en el cráneo de aquella criatura parecida a un lagarto. Ainson supuso que era lo que su grorg deseaba realmente, pero en aquella hora, con sólo uno de los soles en el cielo, hacía demasiado frío para unirse a Snok Snok Karn y Quequo Kiffúl con sus grorgs y darse un revolcón en el lodo.

-Tengo frío aquí en la entrada. Voy adentro para echarme un rato -dijo a Snok Snok en lengua utodia.

El joven utod levantó la mirada y extendió dos de sus miembros en señal de comprensión. Aquello era grato. Incluso después de cuarenta años de estudio, Ainson encontraba el lenguaje utodiano lleno de acertijos. No estaba seguro de no haber dicho: “El arroyo está helado y me voy dentro para cocerlo”. No era fácil captar el correcto grito flexionado y silbante de aquellas criaturas; sólo disponía de un orificio para emitir sonidos, contra los ocho con que contaba Snok Snok. Blandió las muletas y entró en la casa.

-Su discurso se hace menos comprensible de lo que era antes -comentó Quequo. Ya tuvimos bastantes dificultades para enseñarle a comunicarse. No es un mecanismo eficiente, este hombre-con-piernas. Te habrás dado cuenta de que se mueve con más lentitud que antes.

-Sí, madre, ya me he dado cuenta. Él mismo se queja sobre eso. Menciona cada vez más ese fenómeno al que llama dolor.

-Es difícil cambiar ideas con estos hombres-con-piernas de la Tierra, pues su vocabulario es muy limitado y su espectro vocal mínimo. Pero llego a la conclusión, por cuanto estuvo intentando decirme la otra noche, que si fuese un utod, sería ahora un anciano de casi mil años de edad.

-Entonces sólo queda esperar que pronto evolucione hacia la fase de carroña.

-Según creo, eso es lo que significa el cambio al color blanco de los hongos de su cráneo.

Aquella conversación se llevó a cabo en lenguaje utodiano, mientras Snok Snok yacía de espaldas contra el inmenso corpachón simétrico de su madre, empapado de aquel maravilloso légamo. Sus grorgs se les subían encima, lamiendo y saltando. La pestilencia, enriquecida por el ligero brillo del sol, era magnífica. Sus excrementos, abandonados en la delgada capa de lodo, suministraban valiosos aceites que se filtraban por la piel y la hacían más suave.

Snok Snok Karn era ya un gran utod, un rollizo retoño de la especie dominante del pesado mundo de Dapdrof. En realidad era un adulto, aunque todavía neutro y en el

2

perezoso ojo de su mente se vio a sí mismo, de todos modos, convertido en un macho en las próximas décadas. Cambiaría de sexo cuando Dapdrof cambiara de sol, y para aquel acontecimiento -el periódico trastorno entrópico solar orbital- Snok Snok se hallaba, desde luego, bien preparado. La mayor parte de su dilatada niñez había estado ocupada con disciplinas, preparándole para aquel acontecimiento. Quequo había sido muy buena en las disciplinas y en la crianza mental: apartada del mundo, ya que los dos estaban allí con Ainson, el hombre-con-piernas, les había proporcionado toda su imponente y maternal concentración.

Lánguidamente, sacó uno de sus miembros, recogió una masa de lodo y se recubrió el pecho con ella. Después, poniendo en práctica sus buenas maneras, se apresuró en tomar un poco del barro recogido y esparcirlo por la espalda de su madre.

-Madre, ¿crees que el hombre-con-piernas se está preparando para el esod? - preguntó Snok Snok, retrayendo el miembro a la suave superficie de su flanco.

Hombre-con-piernas era el nombre que le daban a Aylmer, y esod una forma práctica de referirse al desarreglo entrópico solar orbital.

-Es difícil de decir, debido a la barrera del lenguaje que se interpone entre nosotros -dijo Quequo, parpadeando entre el barro-. Hemos intentado charlar sobre ello, pero sin gran éxito. Lo intentaré de nuevo; debemos hacerlo. Si no estuviese preparado, sería para él un grave problema, pues podría pasar súbitamente al estado de carroña. Pero seguramente tienen ese mismo problema en el planeta del hombre-con-piernas .

-Ya no tardará mucho, ¿verdad, madre?

Como la madre no se molestó en responderle, pues los grorgs se movían activamente sobre ella, subiendo y bajando por la espina dorsal, Snok Snok continuó descansando y pensó en el tiempo, ya cercano, en que Dapdrof abandonaría el sol actual -Azafrán Sonriente- y quedaría en la órbita de Ceñudo Amarillo. Sería un período difícil, y para afrontarlo tendría que ser viril, duro v bravo. Luego vendría finalmente la estrella Blanca Bienvenida, la estrella feliz, el sol bajo el cual había nacido, y que tanto había influido en su naturaleza perezosa y

risueña. Bajo la luz de Blanca Bienvenida podría hacerse cargo de los cuidados y las alegrías de la maternidad, educando y entrenando un hijo igual que él.

La vida resultaba maravillosa cuando se pensaba profundamente en ella. Los hechos del esod podrían resultar prosaicos para algunos, pero a Snok Snok, aunque era sólo un muchacho del campo educado con excesiva sencillez, sin noción alguna sobre la incorporación al sacerdocio y la navegación por los reinos estelares, la naturaleza le parecía espléndida. Incluso la suave caricia del sol, que cubría sus trescientos noventa kilos de peso, contenía una poesía sin paráfrasis adecuada. Se acercó a uno de los lados y excretó en el estercolero, como un pequeño tributo a su madre. Ensucia a los demás como quisieras ser ensuciado.

-Madre, ¿fue a causa de que el clero se atrevió a abandonar los mundos de los Soles Triples por lo que se encontraron con los hombres-con-piernas terrestres?

-Estás muy charlatán esta mañana. ¿Por qué no vas y hablas con los hombres-con-piernas? Ya sabes cómo te divierte su versión de lo ocurrido en los reinos estelares.

-Pero madre, ¿qué versión es la auténtica, la suya o la nuestra ?

La madre vaciló unos instantes antes de responderle, pues la contestación era tremendamente difícil, pero sólo una respuesta precisa permitiría la comprensión de las cosas.

Finalmente, le dijo: -Con frecuencia existen varias versiones de la verdad, hijo mío.

El muchacho ignoró la indicación de su madre.

-Pero fue el clero que llegó hasta más allá de los Soles Triples quien encontró primero a los hombres-con-piernas.

-¿Por qué no sigues descansando y madurando?

-¿No dijiste que los encontraron en un mundo llamado Grudgrodd, sólo unos cuantos años después de que yo naciera ?

-Ainson te lo dijo primero.

-Fuiste tú quien me dijo que surgirían problemas de ese encuentro...

El primer encuentro entre el utod y el hombre ocurrió diez años después del nacimiento de Snok Snok. Como éste había dicho, aquel encuentro tuvo lugar en el planeta que su raza denominaba Grudgrodd. Si se hubiera producido en un planeta distinto, si hubieran estado implicados otros protagonistas, el resultado final de aquel hecho habría sido muy distinto. Si alguien... Pero de poco vale embarcarse en conceptos condicionales. En la historia no había “síes”, solamente se hallan en la mente de los observadores que la revisan, y por lo que sabemos, nadie ha demostrado que la casualidad sea algo distinto a una ilusión estadística inventada por el hombre. Sólo podemos decir que lo sucedido entre el hombre y el utod se produjo en tal o cual forma.

Esta narración se ocupará de aquellos acontecimientos con el menor número de comentarios posible, y el lector deberá recordar que lo que Quequo dijo es aplicable tanto al hombre como a los seres extraños: las verdades llegan en formas tan diversas como las mentiras.

Grudgrodd pareció bastante tolerable a los primeros utods que lo inspeccionaron.

Una nave utodia del reino de las estrellas se había posado sobre el planeta en un amplio valle inhóspito, rocoso y frío, y cubierto de cardos salvajes que llegaban hasta la altura de la rodilla en la mayor parte de su extensión. Sin embargo, su apariencia recordaba la de algunos remotos lugares que podían hallarse en el hemisferio septentrional de Dapdrof. Salió un par de grorgs por la escotilla. Regresaron hora y media después, intactos y respirando pesadamente. Existían diferencias, pero el lugar resultaba habitable.

Practicaron en el suelo el ceremonial de la inmundicia con la intención de persuadir al sagrado cosmopolitano a que excretara fuera de la escotilla, en un universal gesto de fertilidad.

-Creo que es una equivocación -dijo.

La palabra utodia correspondiente a “una equivocación” era Grudgrodd (transcripción de un gruñido átono, todo lo aproximada que permite la escritura terrestre), y de allí en adelante el planeta fue conocido como Grudgrodd.

Todavía resuelto a protestar, el cosmopolitano salió seguido por sus tres politanos y el planeta fue proclamado como una dependencia de los Soles Triples.

Cuatro acólitos se dispusieron a limpiar laboriosamente de cardos salvajes un círculo de terreno junto a la orilla del río. Trabajaron rápidamente con sus seis miembros extendidos; dos de ellos extraían tierra fuera del círculo y después dejaban que el agua entrara por un lado mientras los otros dos convertían el barro resultante en un rico légamo.

El cosmopolitano permaneció al borde del creciente cráter, observando el trabajo abstraídamente con sus ojos traseros, y discutió con tanta fuerza como solía hacerlo un utod, sobre los aciertos y los errores de tomar contacto con un planeta que no pertenecía a los Soles Triples. Los tres politanos, a su vez, le respondieron con toda la fuerza de que fueron capaces.

-La Sensación Sagrada está completamente clara -dijo el cosmopolitano-. Como hijos de los Soles Triples, nuestras defecaciones no tienen que tocar los planetas que no alumbren esos soles; existen límites para todas las cosas, incluso para la fertilidad. -Y extendió un miembro hacia arriba, donde un gran globo malva del tamaño de una fruta ammp observaba fríamente la ceremonia sobre un banco de nubes-. ¿Justifica eso a un sol como Azafrán Sonriente? ¿Lo tomáis por Blanca Bienvenida? ¿Acaso podéis confundirlo con Ceñudo Amarillo? No, no, amigos míos, esa claridad purpúrea es un extraño, y desperdiciamos nuestra sustancia en ella.

Habló entonces el primer politano.

-Todo cuanto dices es incontrovertible. Pero no estamos aquí sólo por nuestra voluntad. Caímos dentro de una turbulencia del reino de las estrellas que nos ha arrastrado a varios millares de órbitas fuera de nuestra ruta. Este planeta ha sido nuestro refugio más cercano.

-Dices la verdad, como siempre -dijo el cosmopolitano-. Pero no teníamos necesidad de descender aquí. Un mes de vuelo nos habría devuelto a los Soles Triples y a Dapdra o a uno de los planetas hermanos. Parece un tanto impuro para nosotros.

-No creo que debas preocuparte por ello, cosmopolitano -dijo entonces el segundo politano.

Tenía la piel verde grisácea de los nacidos durante el proceso del esod, quizás el paso más fácil de todo el sacerdocio.

-Míralo de este modo: los Soles Triples alrededor de los cuales gira Dapdrof sólo son tres de las seis estrellas del Grupo Patrio. Esas seis estrellas poseen ocho mundos capaces de albergar vida tal y como la conocemos. Aparte de Dapdrof, tenemos otros siete mundos igualmente sagrados y apropiados para el utod-ammp, aunque algunos de ellos, Buskey por ejemplo, giran alrededor de una de las tres estrellas menores del grupo estelar. No es necesario que se tenga que girar alrededor de uno de los Soles Triples para pertenecer al utod-ammp. Ahora preguntemos...

Pero el cosmopolitano, que era más partidario de hablar que de escuchar, como correspondía a un utod de su posición, interrumpió a su compañero.

-No preguntemos más, amigo. Acabo de observar que parece un poco impío. No quería hacer ninguna crítica Pero estamos sentando un precedente.

Dicho esto, rascó a su grorg con aire de juez.

Con gran tolerancia, el tercer politano (cuyo nombre era Blue Lugug), dijo:

-Estoy de acuerdo con cuanto has dicho, cosmopolitano, pero no sabemos si estamos sentando un precedente. Nuestra historia es tan antigua, que podría ser que muchas tripulaciones hubiesen viajado por el reino de las estrellas, y en cualquier parte, en algún planeta lejano, hubieran establecido una nueva ciénaga para la gloria del utodammp. Incluso si miramos a nuestro alrededor, podríamos descubrir utods establecidos aquí.

-Me convences por completo. En la Era de la Revolución, algo así pudo haber sucedido muy fácilmente -dijo, aliviado, el cosmopolitano. Extendiendo seis de sus miembros, hizo un

amplio y ceremonioso gesto señalando el cielo y la tierra.

-Yo digo: toda esta tierra que pertenezca a los Soles Triples. Que comience la defecación.

Y fueron felices. Y su felicidad creció. ¿Quién no iba a ser feliz? Con comodidades y la fertilidad a mano, se hallaban como en casa.

El sol malva desapareció, y casi inmediatamente surgió del horizonte un satélite brillante como una bola de nieve, acompañado de un halo de polvo, que se colocó velozmente sobre ellos. Acostumbrados a los grandes cambios de temperatura, a los ocho utods no les importó el creciente frío de la noche. Se revolcaron en su ciénaga recién construida. Sus dieciséis grorgs asistentes se revolcaron con ellos, agarrándose fuertemente con sus dedos a sus anfitriones cuando éstos se hundían en el fango.

Lentamente, les fue invadiendo la impresión de estar en un mundo nuevo, que les acariciaba el cuerpo, produciéndoles unas sensaciones que no podrían ser traducidas en palabras.

Arriba, en el firmamento, resplandecía el Grupo Patrio. Seis estrellas dispuestas en la forma -o por lo menos así lo afirmaban los acólitos- de uno de los cálices que flotaban en los tempestuosos mares de Smeksmer.

-No teníamos por qué habernos preocupado -dijo alegremente el cosmopolitano-. Los Soles Triples continúan brillando aquí sobre nosotros. No tenemos que apresurarnos en volver. Tal vez al final de la semana plantemos unas cuantas semillas de ammp, y después volveremos a casa.

-... O al final de la semana siguiente -comentó el tercer politano, confortablemente hundido en su baño de lodo.

Para completar su satisfacción, el cosmopolitano les dio una breve arenga religiosa. Permanecieron echados, escuchando su discurso a medida que era emitido por sus ocho orificios. Resaltó cómo los árboles ammp y los utods depedían unos de otros, y cómo el beneficio de cada uno dependía del beneficio de los demás. Recalcó la significación de la palabra “beneficio” antes de continuar relatando de qué forma tanto los árboles como los utods (manifestaciones ambas de un espíritu) dependían de la luz procedente de cualquiera de los Soles Triples que se movían en el espacio. Aquella luz era el excremento de los soles, absurdo y milagroso. Nadie debía olvidar que ellos también participaban de lo absurdo al igual que de lo milagroso. Jamás deberían exaltarse ni ensoberbecerse, pues, ¿no estaban incluso sus dioses constituidos en la divina forma de un excremento?

El tercer politano disfrutó mucho con el monólogo, pues lo que resulta más familiar es también lo que produce más seguridad.

Descansaba, mostrando sólo el extremo de un hocico sobre la burbujeante superficie del cieno, y hablaba con la voz sumergida, mediante sus orificios ockpu. Miró atentamente con uno de sus ojos no sumergidos la oscura mole de su nave del reino de las estrellas, bellamente bulbosa y negra que se destacaba en el cielo. Sí, la vida era buena y rica, incluso a tanta distancia de su amado planeta Dapdrof. Cuando llegara el próximo esod tendría que cambiar de sexo y convertirse en madre, como correspondía a su especie, pero incluso aquello... Bueno, como frecuentemente oyó decir a su madre, todo resultaba agradable para una mente en calma. Pensó amorosamente en su madre. La amaba aunque había cambiado de sexo, convirtiéndose en un sagrado cosmopolitano.

6

Entonces chilló a través de todos sus orificios.

Unas luces aparecían por detrás de la nave.

El tercer politano llamó la atención a sus compañeros y todos miraron en la dirección indicada.

No solamente se veían luces. Un ruido extraño crecía sin cesar.

Y no se trataba sólo de una luz. Eran cuatro focos de luz que se abrían paso entre la oscuridad, y una quinta luz que se movía sin descanso, como un miembro en acción. Esta última se detuvo finalmente junto a la nave.

-Me parece que se aproxima alguna forma de vida -dijo uno de los acólitos.

Al tiempo que hablaba, todos pudieron ver con más claridad. A lo largo del valle, y en dirección a ellos, aparecieron dos formas rechonchas. Ellas emitían aquel ruido extraño. Llegaron hasta la nave y se detuvieron. Entonces cesó el ruido.

-¡Qué interesante! Son más grandes que nosotros -dijo el tercer politano.

Unas formas más pequeñas saltaban de los dos objetos rechonchos. Entonces, la luz que bañaba la nave volvió su foco hacia la ciénaga. Los utods desviaron al unísono la vista, para evitar quedar deslumbrados, hacia una banda de radiación más cómoda, y vieron aquellas formas más pequeñas, cuatro en total, alineadas en la orilla del río.

-Si producen su propia luz, deben ser bastante inteligentes -dijo el cosmopolitano-. ¿Cuáles creéis que tienen vida? ¿Esos dos objetos rechonchos con ojos, o los otros cuatro?

-Tal vez las formas más pequeñas son sus grorgs -sugirió un acólito.

-Creo que sería más cortés salir a su encuentro y ver qué sucede -dijo el cosmopolitano.

Enderezó su corpachón y comenzó a moverse hacia las cuatro figuras. Sus compañeros se levantaron para seguirle. Oyeron unos ruidos procedentes de las figuras de la orilla, las cuales comenzaron a alejarse.

-¡Qué delicioso! -exclamó el segundo politano, acercándose rápidamente-. Creo que tratan de comunicarse de un modo primitivo.

-¡Qué suerte que hayamos venido! -dijo el tercer politano, pero su observación no se dirigía por supuesto al cosmopolitano.

-¡Saludos, criaturas! -gritaron dos de los acólitos.

En aquel momento, las criaturas que se hallaban en la orilla levantaron sus armas -fabricadas en la Tierra- a la altura de sus caderas y abrieron fuego. El capitán Bargerone adoptó una de sus posturas características. Se quedó rígido, con las manos colgando hasta tocar las costuras de su pantalón corto de color azul cielo, y con el rostro inexpresivo. Era una forma de autocontrol que había practicado varias veces durante aquel viaje, particularmente cuando tenía que enfrentarse con su jefe explorador.

-¿Supone que voy a tomar en serio todo cuanto me dice, Ainson? ¿O simplemente intenta demorar el despegue?

El jefe explorador, Bruce Ainson, tragó saliva; era un hombre religioso, y suplicó silenciosamente al Altísimo que le ayudase a tratar con aquel imbécil que no veía nada aparte de lo que constituía su deber.

-Las dos criaturas que capturamos anoche han intentado seriamente comunicarse conmigo, señor. Según las definiciones de la exploración del espacio, cualquiera que intente comunicarse con un hombre tiene que ser considerado por lo menos como subhumano, hasta que se pruebe lo contrario.

-Así es -intervino el explorador Phipps, parpadeando nerviosamente, en un intento de apoyar a su jefe.

-No tiene usted que convencerme de lo que sólo son perogrulladas, señor Phipps- repuso el capitán-. Me limito simplemente a cuestionar lo que usted entiende por un “intento de comunicarse”. Cuando esas criaturas le arrojaron coles, sin duda lo interpretó como un intento de comunicación.

-Esas criaturas no me arrojaron ninguna col, señor -dijo Ainson-. Permanecieron quietas al otro lado de los barrotes y me hablaron.

La ceja izquierda del capitán se arqueó como un acero probado por un maestro de esgrima.

-¿Hablaron, señor Ainson? ¿En qué idioma de la Tierra? ¿En portugués, o tal vez en swahili?

-En su propia lengua, capitán Bargerone. Con una serie de silbidos, gruñidos y expresiones sonoras, con frecuencias superiores al límite audible. Sin embargo, se trata de una lengua, y hasta es posible que sea una lengua muchísimo más compleja que la nuestra.

-¿Y en qué basa usted su deducción, señor Ainson?

Al jefe explorador no le arredró la pregunta, pero las profundas arrugas de su rostro subrayaron más intensamente su aspecto preocupado.

-En la observación. Nuestros hombres sorprendieron a ocho de esas criaturas, señor, e inmediatamente mataron a seis de ellas. Debería usted haber leído el informe de la patrulla. Las dos restantes quedaron tan sorprendidas que fueron fácilmente capturadas y conducidas aquí, a la “Mariestopes”. En tales circunstancias, la preocupación de cualquier viviente es conseguir misericordia o, si es posible, intentar la huida. Desgraciadamente, hasta ahora no hemos encontrado ninguna forma de vida inteligente en la zona de la galaxia cercana a la Tierra. Todas las razas humanas suplican del mismo modo, con gestos o verbalmente. Esas criaturas, en cambio, no utilizan gesto alguno, su lenguaje tiene que ser de tal modo rico en matices, que no tienen necesidad

de gesticular, incluso cuando suplican por sus vidas.

El capitán Bargerone dejó escapar un bufido atrozmente civilizado.

-Entonces, no están ustedes seguros de que suplicaran por sus vidas. Bien, ¿qué hicieron entonces, aparte de gruñir como cerdos enjaulados?

-Creo que debería usted venir y verlo por sí mismo, señor. Tal vez eso le ayudara a ver las cosas de un modo distinto.

-Ya vi anoche a esas sucias criaturas, y no creo que sea preciso volver a verlas. Por supuesto, reconozco que constituyen un valioso descubrimiento, y ya lo expresé así al jefe de la patrulla. Serán transportadas al Exozoo de Londres, señor Ainson, en cuanto regresemos a la Tierra. Entonces podrá usted hablar con ellas cuanto guste. Pero, como he dicho antes, ya es hora de que salgamos de este planeta; no puedo dedicar más tiempo a su exploración. Recuerde que esta nave pertenece a una compañía privada y no a las Fuerzas del Espacio, y que, además, tengo un programa que cumplir. Ya hemos perdido toda una semana en este miserable planeta sin hallar algo vivo mayor que el excremento de un ratón. No puedo perder ni otras doce horas aquí.

Bruce Ainson se incorporó. Detrás de él, Phipps hizo una imitación de su gesto, que pasó inadvertido.

-Entonces tendrá que marcharse sin mí, señor. Y sin Phipps. Desgraciadamente, ninguno de nosotros estaba anoche con la patrulla, y es esencial que investiguemos el lugar donde esas criaturas fueron capturadas. Debe usted comprender que el objetivo de la expedición quedaría incompleto si no tenemos idea de su hábitat. Ese conocimiento es más importante que el riguroso cumplimiento del programa.

-Hay una guerra en curso, señor Ainson, y yo tengo instrucciones.

-Entonces tendrá que marcharse sin mí, señor. Y no sé cómo sentaría eso a la USGN.

El capitán sabía rendirse sin dar la impresión de derrotado.

-Salimos dentro de seis horas, señor Ainson. Lo que usted y su subordinado hagan hasta entonces es cosa de su incumbencia.

-Gracias, señor -dijo Ainson, recalcando sus palabras con toda la intención de que fue capaz.

Ainson y Phipps se alejaron apresuradamente de la oficina del capitán, tomaron un elevador que les llevó a la cubierta de desembarque y descendieron por la rampa a la superficie del planeta, provisionalmente denominado 12B.

La cantina funcionaba todavía y los dos exploradores, guiados por su instinto, fueron al encuentro del cuerpo de exploración, cuyo personal estaba implicado en los acontecimientos de la pasada noche. En la cantina, construida con materiales prefabricados, se servían los alimentos sintéticos tan populares en la Tierra. En una mesa se hallaba sentado un joven norteamericano, rechoncho y musculoso, de cuello grueso y cabellos cortados a cepillo. Se llamaba Hank Quilter, y quienes le conocían de cerca afirmaban que llegaría lejos. Tenía ante sí un vaso de vino sintético (conseguido de algo tan vulgar como eran las uvas criadas en el tosco suelo y maduradas con elementos sin refinar), y, con su rostro juvenil animado, se burlaba del punto de vista que sostenía Ginger Dullfield, el astuto abogado de la nave.

Ainson, interrumpió sin ceremonias la conversación. Quilter había dejado la patrulla la noche anterior.

Quilter apuró su vaso e hizo resignadamente una seña a un joven delgado, llamado Walthamstone, que también había estado en la patrulla, y los cuatro se encaminaron al parque de vehículos -ya casi demolido a causa de los preparativos del despegue- y tomaron un todo terreno.

Ainson firmó el recibo del vehículo y partieron en él. Walthamstone iba al volante y Phipps distribuyó las armas. Este último dijo:

-Bargerone no le ha concedido mucho tiempo, Bruce. ¿Qué es lo que espera encontrar?

-Deseo examinar el lugar donde esas criaturas fueron capturadas. Por supuesto que me gustaría encontrar algo que obligara a Bargerone a comer el pastel de la humildad.

Percibió la rápida mirada de alarma que Phipps dirigió a los demás hombres, y se apresuró a añadir:

-Quilter, usted estuvo anoche de servicio, y su dedo se movió con demasiada celeridad, ¿no es así? ¿Pensó que se encontraba en el salvaje oeste?

Quilter se volvió para mirar a su superior.

-El capitán me ha felicitado esta mañana -fue toda su respuesta.

Ainson decidió cambiar de táctica.

-Esas bestias tal vez no sean inteligentes, pero si uno es sensible, puede percibir que hay en ellas algo especial. No muestran pánico ni temor de ninguna clase.

-Tanto podría ser un signo de estupidez como de inteligencia -opinó Phipps.

-Bueno, tal vez... Con todo... Hay otra cosa que vale la pena investigar, Gussie. Sea cual sea el aspecto de esas criaturas, no encaja con el de los grandes animales que hemos descubierto hasta ahora en otros planetas. Oh, ya sé que sólo hemos descubierto una docena de planetas que alberguen alguna forma de vida, pero hay que considerar que el viaje estelar apenas cuenta con treinta años de existencia. Parece como si los planetas de gravedad ligera produjeran seres de poco peso, y los planetas pesados criaturas voluminosas y compactas. Esas criaturas, son excepciones a la regla.

-Ya comprendo lo que quiere decir. Este mundo no tiene una masa mucho mayor que Marte y, sin embargo estos animales están constituidos como rinocerontes.

-Cuando los encontramos se estaban revolcando en el barro como hacen los rinocerontes -intervino Quilter-. Eso parece descartar la posibilidad de que tengan inteligencia.

-Pero no debió haberles tiroteado en esa forma. Puede que sea una especie rara, y tiene que serlo pues, de lo contrario, les habríamos encontrado antes en otros lugares. En planetas Doce B.

-Pero uno no puede detenerse a considerar eso cuando está recibiendo la embestida de un rinoceronte.

-Sí, comprendo.

Avanzaron en silencio por una llanura. Ainson intentó experimentar de nuevo la sensación de felicidad que le había inundado en su primer paseo por aquel planeta nuevo. Los nuevos planetas renovaban su gusto por la vida, pero aquella vez el placer había durado poco, destruido, como de costumbre, por las personas que le acompañaban en aquel viaje. Había

cometido el error de embarcarse en la nave de una compañía privada. En las naves de las Fuerzas del Espacio la vida era más rígida y sencilla, pero desgraciadamente la guerra anglo-brasileña ocupaba todos los aparatos en maniobras por el sistema solar y no estaban disponibles para empresas pacificas de exploración. De todos modos, Ainson pensó que no merecía estar a las órdenes de un capitán como Edgar Bargerone.

Era realmente una lástima que Bargerone no se decidiese a despegar sin él. Prefería estar consigo mismo, alejado de la gente; en comunión con la naturaleza, como solía decir su padre.

La gente acudiría al planeta 12B. Al igual que en la Tierra, pronto comenzarían a surgir problemas de superpoblación. Pero había sido explorado con vistas a la colonización. Ya se habían determinado y marcado los lugares adecuados para las primeras comunidades al otro lado de aquel mundo. En un par de años, los pobres y miserables, forzados por la necesidad económica, tendrían que abandonar la Tierra y ser transportados al planeta 12B, que ya había sido bautizado con un bonito nombre de fuerte sabor colonial, como Clementina o cualquier otro igualmente inocuo y extravagante.

Sí, abordarían aquella llanura con todo el valor de su especie, convirtiéndola en una extensión de sucios cultivos y hacinamiento humano. La fertilidad era la maldición de la raza humana, pensó Ainson. Su exagerada procreación continuaría; los lomos prolíficos tendrían que eyacular de nuevo su progenie no deseada sobre los planetas vírgenes que permanecían a la espera. Y bien... ¿qué más aguardaban?

Por Cristo, ¿qué otra cosa? Tendría que ser otra cosa, o hubiera sido mejor permanecer en el hermoso, inofensivo y bienaventurado verdor del pleistoceno.

Los amargos pensamientos de Ainson fueron interrumpidos por las palabras de Walthamstone.

-Ahí está el río. Justo a la vuelta de aquel recodo.

Al llegar hallaron unos bancos bajos de arenisca donde crecían árboles con púas. Sobre ellos, un sol de color malva les envolvía en un extraño resplandor. Aquel sol producía un fantástico brillo gracias al reflejo de las innumerables hojas de los cardos silvestres que crecían alrededor del río hasta donde su vista podía alcanzar. Sobre el terreno resaltaba un objeto que atrajo su atención. Era una gran masa de forma singular que se encontraba a cierta distancia, frente a ellos.

-Eso... -dijeron al mismo tiempo Ainson y Phipps- Parece otra de esas criaturas.

-La ciénaga donde les capturamos está precisamente en la orilla opuesta -precisó Walthamstone.

Y lanzó el vehículo a través de los cardos, frenando a la sombra de aquel objeto prominente, solitario y extraña como un trozo de madera grabada de Liberia sobre la repisa de una chimenea en Escocia.

Descendieron del vehículo y continuaron su marcha a pie, con los rifles preparados.

Se detuvieron al borde de la ciénaga y la inspeccionaron. Un lado del círculo había sido lamido por las aguas de la corriente. El barro era marrón y pastoso, ampliamente estriado de rojo en los lugares donde cinco grandes cadáveres habían tomado su último baño de barro, con las descuidadas posturas en que les sorprendió la muerte. El sexto cuerpo hizo un esfuerzo para volver la cabeza hacia ellos.

Una nube de moscas levantó el vuelo, irritadas ante aquella intromisión. Quilter dispuso el rifle para disparar y mostró una expresión ceñuda cuando Ainson le detuvo el brazo.

-No lo mate -ordenó Ainson-. Está herido. No puede hacernos daño.

-No podemos estar seguros. Deje que acabe con eso.

-Le digo que no, Quilter. Lo meteremos en la parte trasera del vehículo y lo llevaremos a la nave. Será mejor que recojamos también a los muertos. Así podremos estudiar su anatomía. En la Tierra no nos perdonarían que perdiésemos semejante oportunidad. Usted y Walthamstone tomen las redes y levanten esos cuerpos.

Quilter consultó su reloj con aire de desafío y luego miró a Ainson.

-Vamos, muévanse -ordenó Ainson.

De mala gana, Walthamstone se dispuso a llevar a cabo lo que su jefe le ordenaba; al contrario de Quilter no estaba hecho de la pasta de los rebeldes. Quilter apretó los labios y obedeció igualmente. Sacaron las redes y se colocaron en el borde de la charca. Antes de ponerse al trabajo, miraron atentamente los restos medio sumergidos de la carnicería de la noche anterior. Aquella visión suavizó a Quilter.

-¡Suerte que los detuvimos! -dijo.

Era un joven musculoso, con los cabellos rubios bien recortados. Allá, en Miami, le esperaba su querida y anciana madre, que contaba con una fortuna anual gracias a la pensión que obtenía por su divorcio.

-Sí, si no los liquidamos nos hubieran barrido -dijo Nalthamstone-. Yo mismo maté a dos de ellos. Deben de ser esos dos de ahí, los más cercanos.

-Son una porquería si se les mira de cerca. Algo horrible. Peor que cualquiera de las cosas más asquerosas que tengamos en la Tierra. No están tan contentos como cuando les disparamos, ¿verdad, Quil?

-Se trataba de ellos o nosotros. No tuvimos otra alternativa.

-En eso tienes razón -dijo Walthamstone, rascándose la barbilla y mirando con admiración a su amigo. Había que admitir que Quilter era todo un tipo. Y repitió la frase de Quilter-: No tuvimos otra alternativa.

-Me gustaría saber para qué diablos sirven.

-Y a mí también. Pero realmente les detuvimos, ¿no?

-Se trataba de ellos o nosotros -repitió Quilter.

Las moscas volvieron a zumbar airadas, al chapotear por el barro en dirección a aquel ser entre humano y rinoceronte.

Mientras seguía aquella escaramuza filosófica, Bruce Ainson se aproximó lentamente al enorme objeto que señalaba el lugar de la matanza. Le impresionó su enorme tamaño. Aquella forma, como la de las criaturas a las que parecía imitar, le impresionaba no sólo por su tamaño; había algo en ella que le afectaba estéticamente. Podría estar a una altura de cien años luz, y aun así sería -¡que no se diga que no existe la belleza!- bella.

Trepó por aquel hermoso objeto. Apestaba terriblemente, y aquél parecía ser su cometido. Cinco minutos de observación disiparon cualquier duda; aquello era... bueno, parecía un enorme capullo, y producía la sensación de serlo, pero era... El capitán Bargerone tendría que haberlo visto: era una nave espacial.

Una nave espacial atestada de excrementos.

Muchas cosas habían ocurrido en la Tierra en el año 1999. Quins había nacido de una joven madre de veinte años en Kennedyville, en Marte. Un equipo robot había sido admitido, por primera vez, en los encuentros deportivos mundiales. Nueva Zelanda había lanzado al espacio su propia nave espacial. El primer submarino atómico español fue botado por una princesa de la casa real española. En Java se produjeron dos revoluciones de un solo día, seis en Sumatra y siete en Sudamérica. Brasil declaró la guerra a Gran Bretaña. La Europa comunitaria derrotaba a la URSS en los campeonatos de fútbol. Una estrella de cine japonesa se casaba con el Sha de Persia. La valiente expedición Todotexas intentó cruzar el lado brillante del planeta Mercurio en exotanques, pereciendo un hombre en el intento. Todoafrica puso en marcha su primer criadero de ballenas controlado por radio. Y un gris y pequeño matemático australiano llamado Buzzard, entró en tromba en el dormitorio de su amante a las tres de la madrugada de un día de mayo, gritando desaforadamente:

-¡Lo tengo, lo tengo! ¡El vuelo transponencial!

Dos años después, se construyó el primer sistema de impulsión transponencial, en un

cohete no tripulado y a título experimental. Fue lanzado al espacio y tuvo éxito. Nunca se consiguió recobrarlo. Este no es el lugar adecuado para explicar la fórmula del vuelo transponencial, el TP, como se le conoció a partir de entonces. En cualquier caso, el editor rehusa dedicar al tema tres páginas llenas de símbolos matemáticos. Baste decir que un recurso favorito de la ciencia ficción -para asombro y bancarrota consiguiente de los escritores del género- quedó súbitamente incorporado a la realidad. Gracias a Buzzard, las inmensas distancias del espacio dejaron de ser barreras, para convertirse en una puerta de entrada a los lejanos planetas. En el año 2010 se podía ir desde Nueva York a Procyon más confortablemente y con mayor rapidez de lo que había supuesto, un siglo antes, ir desde Nueva York a París.

Eso es lo aburrido del progreso. Nadie parece capaz de dar un paso fuera de aquella monótona y vieja curva exponencial.

Mencionamos todo esto para mostrar que, como el viaje entre el planeta 12B y la Tierra, en el año 2035, se hacía en menos de una quincena, todavía quedaba mucho tiempo para escribir Cartas. O para redactar cablegramas como era el caso del Capitán Bargerone cuando enviaba los cables TP a sus jefes del Almirantazgo.

En la primera semana, cablegrafió:

POSICION TP: 355073 X 6915 (12B). REFERENCIA CABLE 97747304.

ORDEN CUMPLIMENTADA. DE AHORA EN ADELANTE CRIATURAS CAUTIVAS A BORDO CONOCIDAS COMO EXTRAÑOS EXTRATERRESTRES (ABREVIADO ETA).

SITUACION RELATIVA LOS ETA: DOS VIVOS Y BIEN DE LOS TRES QUE LLEVAMOS. DEMAS CADAVERES HAN SIDO DISECCIONADOS Y ANALIZADOS PARA ESTUDIAR ANATOMIA. AL PRINCIPIO NO PUDE DARME CUENTA DE QUE FUESEN MAS QUE ANIMALES. JEFE EXPLORADOR AINSON ME EXPLICO SITUACION. LE ORDENÉ IR CON PATRULLA LUGAR CAPTURA ETA.

ENCONTRADA ALLI EVIDENCIA QUE ETA TIENEN INTELIGENCIA. NAVE ESPACIAL DE EXTRAÑA MANUFACTURA TOMADA EN CUSTODIA. LA LLEVAMOS EN ESPACIO PRINCIPAL DE CARGA TRAS OPORTUNA REDISTRIBUCION DE ÉSTA. PEQUEÑA NAVE ESPACIAL CAPACIDAD SOLO 8 ETA. NO HAY DUDA NAVE PERTENECE A ETA. MISMA BASURA POR TODAS PARTES. HEDOR TREMENDO. EVIDENCIA QUE ETA TAMBIÉN HAN EXPLORADO 12B.

ORDENADO AINSON Y SU PERSONAL COMUNICARSE CON ETA RAPIDEZ POSIBLE. ESPERO PROBLEMA LENGUAJE RESUELTO ANTES ATERRIZAR.

EDGAR BARGERONE, CAPITAN MARIESTOPES.

GMT. 1750: 6.7.2035

Otros redactores también se hallaban ocupados a bordo de la “Mariestopes”. Walthamstone escribió extensamente a una tía residente en un suburbio occidental de Londres, llamado Windsor:

Mi querida tía Flo:

Volvemos a casa y te veré de nuevo. Espero que tu reumatismo haya mejorado. En este viaje no he sufrido mareos. Cuando la nave entra en vuelo transponencial, si sabes lo que es, uno se siente un poco trastornado durante un par de horas. Mi compañero Quilt dice que eso es debido a que todas las moléculas se vuelven negativas. Pero después uno se siente perfectamente.

Cuando nos detuvimos en un planeta que no tiene nombre, porque nosotros fuimos los primeros en visitarlo, Quilt y yo tuvimos ocasión de ir de caza. El lugar estaba lleno de grandes animales, fieros y sucios, tan grandes como la nave. Viven en charcos de barro. Los matamos por docenas. Tenemos dos vivos a bordo de esta vieja bañera y les llamamos

hombres-rinoceronte. Particularmente, se llaman Gertie y Mush. Son

1
3

apestosos. Tengo que limpiarles la jaula, pero no muerden. Producen muchos ruidos extraños. Como de costumbre, la comida es mala. No solamente es una porquería, sino escasa. Da mis recuerdos a la prima Madge. Me pregunto si ya ha completado su educación. Espero que se haya ganado la guerra Contra el Brasil!

Esperando que esta Carta te encuentre tan bien
como yo estoy ahora, te envía muchos besos tu sobrino
que te quiere, RODNEY

Augustus Phipps estaba escribiendo una carta de amor a una chica chino-portuguesa, de la que tenía una foto sobre su litera. Phipps la miraba frecuentemente mientras escribía.

Queridísima Ah Chi:

Este viejo y valiente autobús apunta ahora hacia Macao. Mi corazón, como tú bien sabes, está siempre orientado hacia ese bello lugar donde tú estás ahora de vacaciones, pero es magnífico saber que pronto estaremos juntos y no sólo en espíritu.

Espero que este viaje nos traiga la fama y la fortuna. Hemos encontrado aquí una extraña forma de vida en este rincón de la galaxia, y llevamos dos muestras vivás a la Tierra. Cuando pienso en ti, tan grácil, tan dulce e inmaculada con tu cheongsam, me pregunto para qué necesitamos unas bestias tan sucias y feas en el mismo planeta; pero hay que servir a la ciencia.

¡Maravilla de las maravillas! Se supone que son criaturas inteligentes, de acuerdo con mis superiores, y, por el momento, nos hallamos empeñados en hacer que hablen. No, no te rías, recuerdo muy bien la gracia de tu sonrisa. Cuánto anhelo el momento en que pueda hablarte, mi dulce y apasionada Ah Chi... ¡Y, por supuesto, no sólo hablaremos!

Tienes que dejarme que (Nota del editor: dos páginas censuradas)

Hasta que podamos volver a hacer lo mismo, tu devoto, que te adora,
admirador y excitado
AUGUSTUS

Mientras tanto, abajo, en el interior de la “Mariestopes”, Quilter también se enfrentaba al problema de comunicación con una chica:

¡Hola, cariño!

En este momento, mientras te escribo, voy derecho hacia Dodge City con la rapidez de las ondas de la luz que llevan hasta ahí. Voy con el capitán y los muchachos, pero me los quitaré de encima antes de pasar por el número 77 de la calle del Arco Iris.

Bajo una feliz apariencia exterior, tu amante, hasta ahora se siente amargado. Estas bestias, los hombres-rinoceronte de los que te hablé, son lo más sucio que jamás hayas podido ver; es algo que no puedo explicarte por correo. Supongo que será porque te gusto que me siento orgulloso de ser moderno y limpio; pero esas cosas son todavía peores que los animales.

Era lo que me faltaba para decidir abandonar el Cuerpo de Exploradores. Al término de este viaje, lo dejaré y me alistaré en las Fuerzas del Espacio. Conseguiré fácilmente una plaza. Como ejemplo, ahí está el capitán Bargerone, que salió de la nada. Su padre es el guardián de un bloque de pisos en Amsterdam, o algo así. Bien, así es la democracia. Imagino que yo podré hacerlo igual, y puede que también llegue a capitán. ¿Por qué no?

Bueno, cariño, todo esto parece girar sólo alrededor de mi persona, pero cuando llegue a casa, puedes apostar a que estaré siempre a tu alrededor.

Tu enamorado
HANK

En su cabina de la cubierta B, el jefe explorador, Bruce Ainson, escribía sobriamente a su esposa:

Mi querida Enid:

No sabes con qué frecuencia rezo para que tu problema y la prueba a que te ves sometida con Aylmer acabe cuanto antes. Tú ya has hecho todo cuanto podías por el muchacho, sin tener nada que reprocharte. Es una desgracia para nuestro nombre. Sólo el cielo sabe qué va a ser de él. Temo que tenga una mente tan sucia, como sucias son sus costumbres.

Mi pena es que tenga que estar tanto tiempo lejos, particularmente cuando nuestro hijo está causando tantos problemas. Pero, como consuelo, te diré que este viaje ha tenido al fin su recompensa. Hemos localizado una forma de vida de gran tamaño. Bajo mi supervisión, dos individuos vivos de esta extraña forma de vida viajan con nosotros a la Tierra. Le llamamos ETA.

Te vas a sorprender mucho más cuando te diga que estos individuos, a pesar de su extraña apariencia y costumbres, parecen manifestar inteligencia. Y lo que es más, parecen pertenecer a una raza que ya conoce el viaje por el espacio. Hemos capturado una nave espacial que, indudablemente, está relacionada con ellos, aunque todavía queda por aclarar si saben controlarla. Estoy intentando comunicarme con ellos, pero por ahora no he tenido el éxito apetecido.

Permíteme describirte lo que es un ETA: la tripulación les llama hombres-rinoceronte a falta de un nombre mejor que ya tendrán oportunamente. El hombre-rinoceronte camina sobre seis miembros. Cada uno de ellos termina en una especie de mano capacitada. Son unas manos anchas y provistas de seis dedos, de los cuales, el primero y el último se oponen entre sí y que podrían ser considerados como dedos pulgares. El hombrerinoceronte es omnidiestro. Cuando no los utilizan, retraen los miembros a su caparazón, de modo semejante a como lo hacen las patas de una tortuga. Así retraídos, apenas se les puede distinguir.

Con sus miembros retraídos, un hombre-rinoceronte es simétrico y en cierto modo está conformado como dos segmentos de una naranja que se adhieren entre sí; la parte curva deprimida sería la espalda y la más sobresaliente, el vientre, y los dos extremos son dos cabezas. Sí nuestros cautivos parecen ser bicéfalos; estas cabezas carecen de cuello y están dispuestas de forma que pueden girar varios grados. En cada cabeza tienen dos ojos, pequeños y de color oscuro, provistos de finos párpados que deslizan hacia arriba para cubrirse los ojos mientras duermen. Bajo los ojos tienen unos orificios que parecen similares; uno es el ano del hombre-rinoceronte, y el otro es la boca. Tienen también otros varios orificios diseminados por su enorme corpachón, que deben ser tubos para la respiración. Los exobiólogos están diseccionando algunos cadáveres que también llevamos a bordo. Su informe aclarará muchas cosas.

Nuestros cautivos están capacitados para emitir un amplio espectro de sonidos, que van desde agudos silbidos hasta roncos gruñidos y otras sonoridades extrañas. Me temo que todos los orificios estén en condiciones de contribuir a esta gama de sonidos. Estoy convencido de que algunos de ellos están por encima del umbral perceptivo del hombre.

15

Hasta ahora ninguno de los especímenes se muestra comunicativo, aunque todos los sonidos que se intercambian quedan registrados en una cinta magnetofónica; pero estoy seguro de que esto se debe a la conmoción producida por su captura, y espero que en la Tierra, con más tiempo disponible y en un entorno más adecuado para su conservación en condiciones higiénicas, pronto comenzaremos a obtener resultados positivos.

Como siempre estos largos viajes resultan tediosos. Evito al capitán tanto como puedo; es un hombre desagradable que no puede ocultar las maneras adquiridas en la escuela pública y en Cambridge. Yo me dedico completamente a los ETA. A pesar de sus desagradables hábitos, producen una cierta fascinación, lo que no sucede con la mayoría de mis compañeros humanos.

Ya hablaremos largo y tendido sobre todo esto a mi regreso.

Tu servicial marido,

Dentro de la nave, en el lugar destinado a la carga principal y lejos de los redactores de cartas a la Tierra, un variopinto grupo de hombres desmontaba pieza a pieza la nave espacial ETA. Aquella extraña nave estaba construida en madera de una dureza insólita y una elasticidad desconocida para los terrícolas. Tenía las propiedades del acero pero con todo no era más que madera. Su interior estaba conformado como una gran vaina dentro de la que crecía una amplia variedad de ramas, como cuernos. De aquellas ramas brotaba una planta parásita de reducido tamaño. Uno de los triunfos del equipo botánico fue el descubrimiento de que semejante parásito no pertenecía al follaje natural de las ramas en forma de cuernos, sino que era una extraña excrecencia, viva e inserta en ellas. Descubrieron también que el parásito absorbía glotonamente el dióxido de carbono del aire, transformándolo en oxígeno. Arrancaron unos trozos del parásito de las ramitas córneas e intentaron hacerlos crecer en un medio más favorable, pero la planta murió. Lo intentaron sin éxito más de cien veces. La planta siempre moría, pero los hombres de la sección botánica eran bien conocidos por su tenacidad.

El interior de la nave hedía; era un olor apelmazado, consistente, producido por la mezcla de barro y excrementos. Una mente racional no habría podido comparar aquella sucia envoltura con la resplandeciente y limpia del “Mariestopes” -y los individuos racionales existen a pesar del encierro del viaje espacial- ni imaginar que ambas naves hubieran sido construidas con el mismo propósito. Cierto que muchos miembros de la tripulación, en especial los que se sentían más orgullosos de su racionalismo, rechazaban con risotadas la idea de que aquel extraño artefacto pudiera ser otra cosa que un retrete muy frecuentado.

El descubrimiento del sistema de propulsión hizo callar las risas. Bajo el cieno estaba el motor, un extraño objeto distorsionado, no mayor que un hombre-rinoceronte. Se hallaba inserto en el casco de madera, en apariencia sin soldaduras ni fijaciones mecánicas de ninguna clase. Estaba hecho de una sustancia compacta exteriormente parecida a la porcelana, sin partes móviles. Cuando la unidad, quedó finalmente despegada y liberada del casco, un experto en cerámica continuó tenazmente su exploración en los laboratorios de ingeniería.

El siguiente descubrimiento consistió en un puñado de grandes nueces, adheridas a los extremos de la techumbre con tal fuerza que desafiaron las llamas de los mejores sopletes. Por lo menos, algunos dijeron que se trataba de nueces, pues tenían una cubierta fibrosa que recordaba a los frutos de la planta de cacao. Pero luego se descubrió que los conductos que se desprendían de las nueces, considerados hasta entonces como simples reforzadores de paredes, estaban conectados con el sistema de impulsión, varios sabios declararon que tales nueces no eran otra cosa sino tanques de combustible.

El siguiente hallazgo detuvo los descubrimientos durante algún tiempo. Un mecánico que rascaba la capa endurecida de suciedad, descubrió, enterrado en su interior, un ETA muerto. Entonces los hombres, exasperados, se reunieron para discutir la situación.

-¿Cuánto tiempo tenemos que dedicar a esto, amigos? -exclamó el capataz del interior, Ginger Duffield, subido sobre una caja de herramientas, mostrando los dientes y blandiendo los puños-. Ésta es una nave comercial, no de las Fuerzas del Espacio, y no tenemos por qué ocuparnos en tareas que no nos corresponden. El reglamento no estipula que tengamos que limpiar las tumbas y las ciénagas de los seres extraterrestres. Quiero que se nos paguen horas extras y os pido a todos que os unáis a mí.

Sus palabras encontraron un amplio eco.

-¡Sí, que pague la compañía!

-¿Quiénes se han creído que somos?

-¡Que limpien ellos sus retretes!

-¡Más paga! ¡Que se nos aumente el sueldo en un cincuenta por ciento!

-¡Vamos, Duffield, camorrista, aparta de ahí! ¡ No haces más que crear problemas!

-¿Qué es lo que dice el sargento?

El sargento Warrick se abrió camino a empellones a través de aquel grupo de hombres. Se quedó mirando fijamente al enojado Ginger Duffield, quien no se achicó bajo la mirada del sargento.

-Duffield, conozco la clase de tipo que eres. Deberías estar en el Planeta Helado, ayudando a ganar la guerra. No queremos aquí ninguna de tus tácticas de factoría. Baja de esa caja de herramientas y que todos vuelvan al trabajo. Un poco de suciedad no dañará tus preciosas manos blancas.

Duffield respondió tranquila y suavemente.

-No estoy buscando problemas, sargento. Sólo me pregunto por qué tenemos que hacer esto. No sabemos lo que nos espera en ese pozo negro. Tal vez nos acecha una peligrosa enfermedad. Queremos que se nos pague en consonancia con el peligro del trabajo. ¿Por qué tenemos que jugarnos el cuello por la compañía? ¿Qué ha hecho por nosotros la compañía ? - Un rumor generalizado de aprobación subrayó las palabras de Duffield, pero éste prosiguió como si no se diera cuenta-. ¿Qué van a hacer cuando volvamos a casa ? Meterán este apestoso ser extraterrestre en una jaula y lo expondrán, para que todo el mundo haga cola y vaya a verlo a diez pavos por cabeza la entrada. Gracias a esos animales, amasarán una fortuna. Y bien, ¿acaso no tenemos nosotros derecho a sacar una parte del beneficio? Limítese a lo suyo en la cubierta C y traiga al hombre de la Unión para que nos vea. Vamos; sargento, aparte sus narices de este problema.

-No eres más que un granuja revolucionario, Duffield -repuso airadamente el sargento. Se abrió paso entre los trabajadores, en dirección a la cubierta C. Unos gritos burlones le acompañaron por el corredor.

Dos turnos después, Quilter, provisto de cepillo y manguera, entró en la jaula de los dos ETA. Las criaturas extendieron sus miembros y se trasladaron a un rincón, observándole esperanzados.

-Ésta es la última vez que os limpio, amigos -les dijo Quilter-. Cuando termine esta ronda, voy a unirme a los que protestan para mostrar mi solidaridad con las Fuerzas

del Espacio. Por mí podéis dormir entonces en una charca tan profunda como el océano Pacífico.

Y con la divertida disposición propia de la juventud que gusta de lo imprevisto, dirigió la manguera hacia ellos.

El redactor de noticias del “Windsor Circuit” accionó la palanca de su tecnivisión y frunció el ceño cuando apareció en la pantalla la imagen de su reportero jefe.

-¿Dónde diablos te metes, Adrian? Vamos, vete ahora mismo a ese condenado puerto espacial, como se te ordenó. El “Mariestopes” llegará dentro de media hora.

La parte izquierda del semblante de Adrian Bucker se estremeció. Se aproximó a la pantalla hasta que los límites de la imagen se difuminaron.

-No seas así, Ralph. Tengo un reportaje local sobre ese parque que te encantará.

Ahora se estremeció la mitad derecha del rostro de Bucker y comenzó a hablar rápidamente:

-Escucha, Ralph. Estoy en “*La Cabeza del Ángel*”, el pub del Támesis. Tengo aquí a una antigua amiga que se llama Florence Walthamstone. Ha vivido en Windsor toda su vida, y se acuerda de cuando el Gran Parque era un parque y todas esas historias. Tiene un sobrino que viaja en el “Mariestopes” como miembro de la tripulación, Roger Walthamstone. Acaba de

Librodot

mostrarme una carta de su sobrino, en donde describe cómo son esos animales extraños que traen a la Tierra y he pensado que si publicásemos una fotografía suya con anotaciones de la carta, bueno, ya sabes, un titular que diga más o menos “Joven londinense ayuda a capturar a los monstruos”, tendría...

-Basta, ya he oído suficiente. Esa es la mayor noticia de la década y tú crees que precisamos una visión superficial del asunto... Devuelve la carta a esa vieja señorita, con tus más expresivas gracias por su ofrecimiento, págale la consumición, acaríciale cariñosamente sus arrugadas mejillas y luego vete inmediatamente a ese puerto espacial del diablo para entrevistar a Bargerone, o te arrancaré la piel para utilizarla como papel cazamoscas.

-Está bien, está bien, haré lo que deseas, Ralph. Hubo un tiempo en que estabas abierto a cualquier sugerencia.

Una vez cortada la comunicación, Bucker añadió:

-Y tengo una que podría poner en práctica ahora mismo.

El periodista salió de la cabina y se abrió paso entre una masa de individuos corpulentos y medio borrachos hasta el rincón donde una anciana le esperaba sentada. Cuando llegó, la vieja alzó su vaso, que contenía una bebida marrón oscuro, con el dedo meñique graciosamente arqueado.

-¿Acaso estaba excitado su editor? -preguntó, salpicándole ligeramente.

-Sigue en sus trece. Mire, señorita Walthamstone, lamento mucho todo esto, pero tengo que irme inmediatamente al puerto espacial. Tal vez le haremos a usted una entrevista especial más tarde. Tengo su número. No se moleste en llamarnos. Lo haremos nosotros, ¿eh? Ha sido placer conocerla.

La anciana apuró el último trago de su bebida,

-Oh, permítame que pague esto, señor...

-Es muy amable, si insiste... Muy amable, señorita Walthamstone. Adiós, hasta la vista.

Se apresuró en salir de aquel conjunto de estómagos agitados. La anciana le llamó por su nombre y él miró furioso hacia atrás, en medio de la refriega.

-Hable con mi sobrino, si tiene ocasión de hacerlo. Estará encantado de decirle algo más. Es un chico estupendo.

Forcejeó para abrirse paso hasta la salida, murmurando “Perdone, perdone” como una maldición.

Las salas de recepción del puerto espacial se hallaban abarrotadas de gente. Los curiosos llenaban las azoteas y se agolpaban ante las ventanas. En una sección acordonada del puerto espacial se encontraban representantes de varios gobiernos, incluido el ministro de Asuntos Marcianos, y directivos de servicios varios, entre ellos el director del zoo de Londres. Más allá de la sección de autoridades, la banda de un famoso regimiento, uniformada con anacrónicos colores chillones, marchaba tocando la obertura de la Caballería Ligera de Suppé y una selección de melodías inglesas. El público tomaba helados y compraba periódicos mientras los rateros de siempre se dedicaban a vaciar bolsillos. El “Mariestopes” se deslizó a través de unos nimboestratos y tomó tierra suavemente en un punto alejado del campo. Entonces comenzó a llover.

La banda comenzó a tocar una melodía del siglo XX titulada *Jornada sentimental* sin demasiada brillantez. El acto era aburrido como suele suceder en tales ocasiones, y su interés algo difuso. La desinfección completa del casco de la astronave, por medio de rociadores germicidas, llevó mucho tiempo. Después se abrió una escotilla y apareció por la abertura una figura pequeña en traje espacial. La gente aplaudió y la figura volvió al interior de la nave. Cientos de ellos preguntaron si se trataba del capitán Bargerone, y otros dijeron que no fueran tontos.

Después surgió una rampa alargada, como una gran lengua perezosa, que terminó apoyándose en el suelo. Los servicios de transporte -tres pequeños autobuses, dos camiones, una ambulancia, varios carros de equipaje, un coche particular, y varios vehículos militares-

avanzaron desde diferentes lugares del puerto espacial y convergieron junto a la gran nave. Finalmente, una larga hilera de hombres con la cabeza agachada comenzó a descender por la rampa y se refugió en el interior de los vehículos. La multitud gritó entusiasmada, cumpliendo con su papel, pues había asistido precisamente para aclamar a los viajeros del espacio.

En la sala de recepción la atmósfera estaba azulada, debido a los incontables cigarrillos consumidos por los periodistas antes de que el capitán Bargerone compareciese ante ellos. Se sucedió una interminable serie de disparos fotográficos mientras Bargerone sonreía a la defensiva.

El capitán, con varios de sus oficiales erguidos tras él, habló con calma en un inglés dificultoso (Bargerone era francés) refiriéndose al espacio infinito del universo, cuántos mundos habían visto y en qué forma devota se había comportado su tripulación, explicando cómo, cuando ya iban de vuelta a casa, habían vivido maravillosas aventuras. Para terminar explicó que en un hermoso planeta, que la USGN había decidido graciosamente titular Clementina, habían capturado o matado unos grandes animales con interesantes características. A continuación describió alguna de ellas. Los animales tenían dos cabezas, cada una de las cuales contenía un cerebro. Los dos cerebros juntos pesaban unos 2.000 gramos, una cuarta parte mayor que el de un hombre. Aquellos animales, los ETA u hombres-rinoceronte, como la tripulación comenzó a llamarlos, tenían seis miembros que terminaban en unos apéndices que sin duda equivalían a las

1
9

manos. Por desgracia la huelga producida a bordo había demorado el estudio de tan notables criaturas, pero existía la clara y evidente razón para suponer que disponían de un lenguaje propio y que, a pesar de su aspecto y sucias costumbres, debían ser considerados -aunque por supuesto no había nada cierto todavía, y la certeza podría requerir muchos meses de pacientes investigaciones- más o menos como formas de vida inteligente, en paridad con el hombre, y capaces de tener una civilización propia en un planeta todavía desconocido por el hombre. Dos de ellos se hallaban celosamente conservados en cautividad e irían directamente al Exozoo para su estudio.

Cuando terminó su discurso, Bargerone se vio rodeado de periodistas.

-¿Ha dicho usted que esos rinocerontes no viven en Clementina?

-Tenemos razones para suponer que no.

-¿Qué clase de razones?

-Una sonrisa para el “Subud Times”, por favor, capitán.

-Pensamos que se hallaban de visita en aquel planeta, igual que nosotros.

-¿Quiere usted decir que han viajado en naves espaciales?

-En cierto sentido, sí. Pero también pudieron ser transportados como animales

experimentales, o abandonados al igual que el capitán Cook dejó unos cerdos en Tahití o venir de fuera. -De perfil, capitán, ¿tiene la bondad? -Bien, capitán, ¿ vio usted su nave espacial ? -Bueno... pensamos que la tenemos realmente... Sí, la tenemos en el “Mariestopes”. -¡Eso es magnífico, capitán! ¿Por qué tanto secreto? ¿Ha capturado usted la nave espacial, o no? -Por aquí, señor.

-Creemos que sí. Es decir, se trata de algo muy semejante a una nave espacial, pero... ejem... no dispone de la propulsión transponencial, desde luego, pero cuenta con una muy interesante y... Bien, suena un tanto raro, pero el casco está fabricado de madera. Una madera de muy alta densidad...

Al decir esto, el capitán Bargerone mostraba un rostro inexpresivo.

-Vamos, capitán, está usted bromeando...

Entre aquella ingente muchedumbre de fotógrafos, reporteros y otras personas,

Adrian Bucker no consiguió aproximarse al capitán Bargerone. Se abrió paso a codazos hasta un hombre alto y nervioso que permanecía tras Bargerone, mirando atentamente por una de las grandes ventanas a la muchedumbre congregada bajo la ligera lluvia.

-¿Tendría usted la bondad de decirme lo que siente respecto a esos extraños seres que ha traído a la Tierra, señor? -le preguntó Bucker-. ¿Son animales o son personas?

Sin apenas oírle, Bruce Ainson volvió a mirar con curiosidad la muchedumbre exterior. Le pareció ver fugazmente al inútil de su hijo Aylmer, vistiendo como siempre sus descuidadas ropas y con su aire estúpido.

-Cerdo -dijo. -¿Quiere usted decir que
tienen el aspecto de un cerdo que
actúan como los cerdos? El
explorador se volvió para mirar
fijamente al reportero.

-Soy Bucker, del "Windsor Circuit", señor. Mi periódico está muy interesado en cuanto pueda decirnos respecto a esas criaturas. ¿Piensa usted que son animales? ¿Puedo decirlo así ?

-Señor Bucker, ¿qué diría usted que es el género humano, un conjunto de animales o de seres civilizados? ¿Nos hemos encontrado alguna vez con una nueva raza sin corromperla o destruirla? Recuerde a los polinesios, a los guanches, a los indios americanos, a los tasmanios...

-Sí, señor, ya comprendo lo que quiere decir. Pero ¿diría usted que esos seres extraterrestres...?

-Ah, sí, tienen inteligencia, como todos los mamíferos, pues son mamíferos. Pero su comportamiento, o la falta de él, resulta desconcertante. No debemos pensar respecto a ellos antropomórficamente. ¿ Tienen una ética, tienen conciencia? ¿Son susceptibles de corrupción como lo fueron los esquimales o los indios? ¿Son quizá capaces de corrompernos a nosotros? Todavía tenemos que hacernos muchas preguntas antes de estar en condiciones de ver claramente cómo son esos hombres-rinoceronte. Ésa es mi opinión al respecto.

-Es muy interesante. Según usted debemos desarrollar una nueva forma de pensamiento, ¿no es cierto?

-No, no. No es éste un tema para discutirlo con un periodista. El hombre tiene demasiada fe en su intelecto y lo que necesitamos es una nueva forma de sentir, una más reverente... Yo trataba de establecer una confianza con estas dos desgraciadas criaturas que traemos prisioneras, tras haber matado a sus compañeros y capturarlas. Pero ¿qué va a ocurrir ahora? Van a convertirse en un espectáculo público en el Exozoo. El director, sir Myhaly Pasztor, es un antiguo amigo mío. Me quejaré a él.

-¡Oiga, la gente tiene que ver a esas bestias! ¿Cómo sabremos que tienen sentimientos como los nuestros?

-Su punto de vista, señor Bucker, es probablemente el mismo que el de la estúpida mayoría de la gente. Perdone, tengo que hacer una llamada.

Ainson, se apresuró en abandonar el edificio, huyendo de la masa humana que le oprimía, y se detuvo unos instantes al pasar lentamente un camión junto a él, rodeado por los gritos de asombro y curiosidad de la multitud. A través de los barrotes traseros, vio a los dos ETA que miraban atentamente cuanto les rodeaba. No producían el menor sonido. Allí estaban, grandes y grises; seres desamparados y formidables al mismo tiempo.

La mirada de aquellas dos criaturas se posó en Bruce Ainson, pero tampoco expresaron ningún signo externo de reconocimiento.

Repentinamente, estremecido por un escalofrío, Ainson dio la vuelta y comenzó a abrirse paso entre los periodistas y la masa de impermeables mojados por la lluvia.

La nave espacial iba quedándose rápidamente vacía. Las enormes grúas mecánicas extraían grandes bultos, cajas, útiles y carga general. Las pasarelas mecánicas sacaban al exterior los desperdicios del canal alimentario de los extraterrestres. Aquella enorme ballena del "Mariestopes" parecía descansar inmóvil y fatigada, como si estuviera repostando embarrancada en una playa, muy lejos de sus profundidades siderales.

Walthamstone y Ginger Duffield siguieron a Quilter por uno de los puntos de evacuación. Quilter iba cargado con su equipaje y estaba dispuesto a tomar un reactor de la estratosfera que le dejase en cualquier otro lugar de los Estados Unidos en hora y
media. Se detuvieron a la salida, mirando atentamente a su alrededor y respirando profundamente el aire de la Tierra.

-Fijaos, chicos, el peor clima de todo el universo -dijo Walthamstone en son de queja-. Voy a quedarme aquí hasta que mejore.

-Toma un taxi -sugirió Duffield.

-No vale la pena. Mi tía vive a media milla de distancia. Tengo mi bicicleta en las oficinas de la P.T.O. Iré cuando aclare la lluvia... si es que aclara.

-¿Es que la P.T.O. te guarda la bicicleta cuando vuelas? -preguntó Duffield con interés.

Quilter no deseaba verse enzarzado en una conversación de estilo inglés, así que se echó al hombro su saco de viaje.

-Vamos, muchachos, venid conmigo a la cantina y tomemos una buena cerveza sintética inglesa antes de que me vaya.

-Debemos celebrar el hecho de que acabas de dejar el servicio del Cuerpo de Exploradores -dijo Walthamstone-. ¿Vamos, Ginger?

-¿Te han firmado y sellado tu cartilla?

-Mi compromiso se limita a cada vuelo -explicó Quilter-. Todo está perfectamente en regla, Duffield... Vamos picapleitos, ¿es que no descansas nunca?

-Ya conoces mi lema, Hank. Obsérvalo y nunca te equivocarás. "Te exprimirán tanto como puedan." Conocí a un individuo, no hace mucho, que se olvidó de conseguir su certificado sellado por el capitán de cuartel antes de ser licenciado, y le hicieron volver. Le cogieron por otros cinco años. Ahora está sirviendo en Charon, ayudando a ganar la guerra.

-Bueno, ¿vienes a tomar esa cerveza o no?

-Será mejor que vaya -dijo Walthamstone-. Puede que no te veamos más, después de que ese pajarito de Dodge City te eche las garras. Según lo que me has contado de ella, yo también correría una milla por esa clase de chica.

Y salió decididamente bajo la fina lluvia; Quilter le siguió. Se volvió para mirar por encima del hombro.

-¿Vienes o no, Ginger?

Duffield se quedó pensativo.

-No abandonaré esta nave hasta que consiga mi premio de la huelga, amigo.

El explorador Phipps se encontraba ya en su hogar. Abrazó a sus padres y colgó el abrigo a la entrada. Los padres permanecían tras él, arreglándoselas para parecer disgustados, incluso mientras sonreían. Desvaídos, cargados de espaldas, refunfuñaron una bienvenida que él conocía muy bien. Hablaban por turno y sus dos monólogos jamás formaban un diálogo.

-Ven a la salita de estar, Gussie. Está más calentito aquí -dijo la madre-. Ahora que ya no estás en la nave tendrás frío. Te preparo una taza de té en un momento. Hemos tenido problemas con la calefacción central. No es que haga falta, puesto que estamos en junio, pero siempre hace un poco de frío en esta época del año.

-Es todo un problema conseguir que venga alguien a reparar cualquier cosa. No sé qué es lo que le ocurre a la gente. Parece como si ahora les molestaran nuestras costumbres.

-Henry, dile qué es lo que pasa con el nuevo médico. Es un hombre terriblemente rudo, no tiene educación ni maneras de comportarse en absoluto. Y con esas sucias uñas en los dedos.

No sé cómo imagina que alguien va a dejarse explorar con esa porquería de uñas. Por supuesto, la culpa es de la guerra. Ha traído una nueva clase de hombres al mundo. Brasil no muestra ninguna señal de debilitamiento, y mientras tanto, el Gobierno... El pobre muchacho no querrá oír nada de lo que ocurre cuando viene a casa, Henry...

-¡Han comenzado incluso a racionarlo todo! Todo lo que vemos en la tecnivisión es propaganda, y más propaganda. También se ha deteriorado la calidad de las cosas. La semana pasada tuve que comprar una nueva cacerola. Vamos, Gussie, siéntate aquí. Por supuesto que hay que echarle la culpa a la guerra. No sé qué va a ser de todos nosotros. Las noticias que vienen del Sector Ciento Sesenta son deprimentes, ¿verdad?

-Allá lejos, en la galaxia, nadie se preocupa de la guerra -dijo Phipps-. Por lo que a mí concierne, es algo que me tiene totalmente sin cuidado.

-¿No será que has perdido tu patriotismo, Gussie? -preguntó su padre.

-¿Y qué es el patriotismo, sino una extensión del egoísmo? -preguntó Phipps a su vez, alegrándose al ver que el pecho abombado de su padre volvía a deprimirse.

Siguió un denso silencio que rompió la madre diciendo:

-De todos modos, querido, verás una diferencia en Inglaterra mientras estés de permiso. Y, a propósito, ¿de cuánto tiempo dispones?

Toda aquella charla de sus padres había entusiasmado muy poco a Phipps y la súbita pregunta de su madre le molestó. Conocía de antiguo aquella molesta sensación. No deseaban nada de él, y se limitaban a hablarle ya que estaba allí. Lo único que deseaban de él era su vida.

-Me quedaré solamente una semana. Esa encantadora chica medio china que conocí en mi último permiso, Chi, está pasando sus vacaciones en el Lejano Oriente, pintando. El próximo jueves volaré a Macao para reunirme con ella.

Otra vez, la familiaridad. Conocía de sobra el gesto de lástima que solía hacer su padre, meneando la cabeza; o el gesto también singular de su madre, que apretaba los labios como si estuviera chupando entre los dientes una pepita de limón. Se puso de pie, antes de que continuaran hablando.

-Si me lo permitís, voy a subir a mi habitación para deshacer el equipaje.

Pasztor, el director del Exozoo de Londres, era un hombre distinguido, esbelto y sin un solo cabello gris en la cabeza, a pesar de sus cincuenta y dos años. Húngaro de nacimiento, había sido jefe de una expedición al mundo submarino de la Antártida cuando contaba veinticinco años, y más tarde se le encargó establecer la Cúpula Zoológica Bellus sobre el asteroide Apolo, en el año 2005. Era autor de un tecnidrama, que tuvo gran éxito y difusión en el año 2014, titulado *Un iceberg para Ícaro*. Varios años después, se enroló en la primera expedición a Charon, que aterrizó en aquel planeta recién descubierto, el más alejado del sistema solar. Charon era un espantoso congelador que se encontraba a 4.827.800.000 kilómetros más allá de la órbita de Plutón y había ganado por sus propios méritos el nombre de Planeta Profundamente Helado. Aquella especie de apodo le había sido impuesto por el propio Pasztor.

Después de aquel triunfo, sir Mihaly Pasztor fue nombrado director del Exozoo de Londres. En aquel momento ofrecía un trago a Bruce Ainson.

-Ya sabes que no bebo, Mihaly -dijo Ainson, moviendo desaprobatoriamente la cabeza.

-Bien, de ahora en adelante, serás un hombre famoso y deberías brindar por tu propio éxito, como hacemos todos. Además, brindar con algo desprovisto de alcohol no va a hacerte ningún daño.

-Ya me conoces de antiguo, Mihaly. Yo sólo deseo cumplir con mi deber.

-Sí, Bruce, te conozco desde hace mucho tiempo. Sé que apenas te preocupan las opiniones o los aplausos de los demás, y lo único que te importa es la aprobación de tu propio superego -dijo el director del Exozoo, con voz suave, mientras el camarero le preparaba un cóctel conocido como “Transponencial”.

Se encontraban en la recepción ofrecida en un hotel que pertenecía al Exozoo. Grandes

murales que representaban bestias exóticas contemplaban la extraña mezcla de brillantes uniformes y floridos atuendos femeninos.

-Tampoco necesito las golosinas de tu sabiduría.

-Nunca admitirás que podrías necesitar a los demás -dijo Pasztor-. Hace ya mucho tiempo que quería decirte esto, Bruce. Tal vez no sea éste el lugar ni la ocasión, pero permíteme continuar ahora que he comenzado. Tú eres un hombre valiente, educado y formidable. Eso lo has demostrado no solamente al mundo, sino también a ti mismo. No te permites ni estar relajado, ni bajar tu guardia. Y es ahora cuando deberías permitírtelo, antes de que sea demasiado tarde. Un hombre ha de tener una vida interior, Bruce, pero la tuya se está muriendo de asfixia.

-¡Por todos los cielos, hombre! -exclamó Ainson, medio riendo y medio irritado-. Me estás hablando como si yo fuese un personaje romántico e imposible, de los que salían en una de tus comedias de juventud. Soy como soy, y no muy diferente de como he sido siempre. Bien, ahí viene Enid. Creo que ya es hora de que cambiemos de tema.

Entre los espléndidos vestidos de las señoras allí presentes, el de Enid Ainson, rematado con una capucha de cebra, resplandecía como un rayo de luz en medio de un eclipse. Enid sonreía al aproximarse a su marido y a Pasztol.

-Es una fiesta encantadora, Mihaly. Que tonta fui por no asistir a la anterior, la última vez que Bruce estuvo en casa. Además, tenéis aquí tanto espacio para estas cosas.

-En tiempo de guerra, Enid, tenemos que ofrecer un poco de plata a una dama de oro.

Ella sonrió, evidentemente halagada, pero intentó protestar coquetamente.

-Me estás adulando, Mihaly, como siempre sueles hacerlo.

-¿Es que tu marido no te halaga nunca?

-Bueno... no sé... Yo no sé si Bruce, quiero decir...

-Vamos, os estáis comportando como dos niños tontos -dijo entonces Ainson-. El ruido que hay aquí ya basta para que nada de esto tenga sentido. Mihaly, ya estoy harto de tanta frivolidad, y me sorprende que tú no lo estés también, Enid. Vayamos al grano; hemos venido aquí para hacerte entrega oficial de los ETA, y es cuanto deseo hacer. ¿Podemos discutir esto en paz y con calma en alguna parte?

Pasztor levantó sus finas cejas y frunció el ceño en un gesto de extrañeza.

-¿Tratas de apartarme de mis obligaciones de anfitrión? Bien, supongo que podemos bajar al lugar donde se hallan encerrados los dos ETA. Esos especímenes ya deben estar convenientemente instalados, y los oficiales encargados de su custodia en el puerto espacial, libres de servicio.

Ainson se volvió hacia su esposa y la tomó del brazo.

-Ven también con nosotros, Enid; la excitación que reina aquí tampoco es buena para ti.

-Pero querido, eso no tiene sentido; estoy disfrutando del ambiente -repuso, retirando el brazo con brusquedad.

-Bueno, creo que deberías mostrar algún interés por esas criaturas que hemos traído del espacio.

-¡No pongo en duda que oiré hablar de ellas durante varias semanas! -dijo Enid, mirando las profundas arrugas del rostro de su marido y añadiendo en tono humorístico- : Muy bien, iré con vosotros si es que no puedes soportar tenerme fuera del alcance de tu vista. Pero tienes que ir a buscarme el chal, ya que afuera hace demasiado fresco para salir sin él.

Aquello no le hizo a Ainson ninguna gracia y salió dejándoles solos. Pasztor hizo un guiño a Enid y le ofreció una bebida.

-No sé si realmente debería tomarme otro trago, Mihaly. ¡Sería terrible si me pusiera demasiado alegre!

-Bueno, todo el mundo lo hace de vez en cuando, ya sabes. Fíjate en la señora Friar. Bien, ahora que estamos solos, en vez de hacerte la corte, como me gustaría, tengo que preguntarte por tu hijo Aylmer. ¿Qué hace ahora? ¿Dónde está?

Librodot

Mihaly apercibió el leve rubor de las mejillas de Enid. Ella apartó la mirada mientras Pasztor hablaba.

-Por favor, Mihaly, no eches a perder la velada. Es tan estupendo tener de vuelta a Bruce... Sé que piensas que es un monstruo terrible, pero no es así; realmente. En el fondo no lo es.

-¿Cómo está Aylmer?

-Está en Londres. Es todo cuanto sé de él.

-Sois demasiado rudos con él, Enid.

-¡Por favor, Mihaly!

-Bruce le trata con excesiva rigidez. Sabes que te digo esto como un viejo amigo, y también como padrino de Aylmer.

-Hizo algo desafortunado, y su padre lo echó de casa. Nunca se han llevado bien, ya sabes, y aunque lo siento mucho por el chico, mi vida es ahora más apacible sin tener que mediar en sus disputas. Y no pienses que sigo el camino de la menor resistencia, porque no es así. Durante años he sostenido una verdadera batalla con ellos.

-Pues jamás he visto un rostro menos guerrero. ¿Qué hizo Aylmer para que pese sobre él un edicto tan terrible?

-Tendrás que preguntárselo a Bruce, si tanto te interesa.

-¿Alguna chica de por medio?

-Sí, hubo una chica. Aquí viene Bruce.

Cuando el jefe de exploradores puso el chal sobre los hombros de su mujer, Mihaly les condujo fuera del gran salón por una puerta lateral. Caminaron por un corredor alfombrado, bajaron unas escaleras y salieron al exterior, envueltos en la niebla. El zoo se hallaba en calma aunque uno o dos estorninos de Londres revoloteaban entre los árboles buscando acomodo para pasar la noche, y desde su estanque recalentado artificialmente, un saurópodo de Rungsted levantaba el cuello para mirar maravillado el paso de las tres personas. Girando antes de llegar a la casa de los mamíferos de Metano,

2
5

Pasztor condujo a sus compañeros a un nuevo bloque construido según el moderno sistema de encerrar bloques de plástico reforzados con arena y cemento con bálago y plomo. Al entrar, se encendieron las luces.

Unas planchas curvas de cristal reforzado les separaban de los dos ETA. Aquellas criaturas se volvieron al encenderse las luces, para observar fijamente a los humanos. Ainson hizo un cordial gesto de reconocimiento hacia ellas, sin que reaccionaran perceptiblemente.

-Por lo menos disponen de espacio -dijo-. ¿El público va a estar todo el día aquí, con la nariz pegada a estos cristales?

-El público sólo tendrá acceso a este bloque entre las dos y media y las cuatro de la tarde. Por la mañana, los expertos vendrán a estudiar a estas criaturas extraterrestres- explicó Pasztor.

Los ETA disponían de una amplia jaula doble, con una pequeña puerta baja de intercomunicación. En la parte de atrás contaban con un gran lecho bajo de espuma sintética guateada. El alimento y la bebida se les suministraba a través de una serie de orificios practicados en una pared. Los ETA permanecían en medio del piso y a su alrededor había ya una buena cantidad de basura.

Tres animales parecidos a lagartos se arrastraron por el suelo y corrieron a esconderse en los macizos cuerpos de los ETA. Buscaron hasta encontrar un repliegue de su espesa piel y desaparecieron. Ainson apuntó hacia ellos.

-¿Os habéis fijado? Están todavía aquí. Tienen un aspecto muy próximo al de lagartos.

Creo que son cuatro y se mantienen muy cerca de esos extraterrestres. Había también otros dos acompañando a los ETA muertos a bordo del “Mariestopes”. Probablemente viven en simbiosis. El idiota del capitán se enteró de su existencia por mi informe y quiso matarlos alegando que podrían ser unos peligrosos parásitos. Pero me mantuve firme ante semejante tontería.

-¿Quién era? ¿Edgar Bargerone? -preguntó Pasztor-. Es un hombre valiente, aunque poco brillante; probablemente continúa aferrado a la concepción geocéntrica del universo.

-Quería que me comunicase con ellos antes de llegar a la Tierra. No tiene la menor idea de los problemas con que nos enfrentamos.

Enid, que hasta entonces había permanecido mirando atentamente a los ETA, intervino:

-¿Podrás comunicarte con ellos?

-La cuestión no es tan sencilla como pudiera parecer a una persona lega en la materia, querida mía. Te hablaré de ello en otra ocasión.

-Por amor de Dios, Bruce. No soy una niña. ¿ Vas a comunicarte con ellos o no?

El explorador jefe se puso las manos en las solapas de su uniforme y habló con la entonación de un predicador subido en el púlpito.

-Con un cuarto de siglo de exploración estelar tras nosotros, Enid, las naciones de la Tierra, a pesar de que el número operativo de astronaves raramente excede de una docena, han conseguido explorar unos trescientos planetas de tamaño y características parecidas a las de la Tierra. En esos trescientos planetas se han hallado formas de vida mentalmente sensibles unas veces y otras no. Pero nunca se ha hallado un ser que tuviera un cerebro mayor que el de un chimpancé. Ahora hemos descubierto estas criaturas en Clementina y tenemos nuestras razones para sospechar que poseen una inteligencia equivalente a la del hombre, y la razón principal que abona tal sospecha es la de que tienen... bueno, máquinas capaces de viajar entre los planetas.

-¿A qué viene, pues, hacer de todo eso un misterio -preguntó Enid-. Existen unas pruebas simples que determinan esa situación, ¿por qué no aplicarlas? ¿Disponen esas criaturas de escritura? ¿Hablan unas con otras? ¿Observan, tal vez, un código entre ellas? ¿Son capaces de repetir una simple demostración o de hacer algún gesto inteligente? ¿Responden a los conceptos matemáticos simples? ¿Cuál es su actitud frente a los artefactos humanos? Y, por cierto, ¿los tienen ellos? ¿Cómo…?

-Sí, sí, querida. Suscribimos totalmente tus sugerencias. Existen pruebas que pueden serles aplicadas. No he permanecido cruzado de brazos en el viaje de regreso a la Tierra. Yo mismo hice esas pruebas.

-Y bien, ¿con qué resultados?

-Conflictivos. Sí, conflictivos en el sentido de que fueron insuficientes o ineficaces. En una palabra: demasiado embebidos de antropomorfismo. Ése es el punto que quiero mostrar. Hasta que podamos definir qué es la inteligencia con más claridad, no nos resultará fácil empezar a comunicarnos.

-Y al mismo tiempo -completó Pasztor- vais a encontrar muy difícil definir la inteligencia mientras no os hayáis comunicado.

Ainson dejó de lado aquellas palabras, con el gesto del hombre práctico que corta de raíz los sofismas.

-Veamos, primero definamos la inteligencia. ¿Es acaso inteligente la pequeña araña Argyroneta aquatica porque puede construir un hoyo protector y vivir así debajo del agua? No. Muy bien; entonces esas pesadas criaturas quizá no son inteligentes sólo porque pueden construir una astronave. Por otra parte, esas criaturas podrían ser altamente inteligentes y construir el producto final, de una civilización tan remota que todos los razonamientos que nosotros producimos en nuestra mente consciente ellas lo producen en su mente subconsciente hereditaria, disponiendo de su mente consciente libre para el conocimiento sobre materias, y ciertamente para formas de conocimiento, que están más allá de nuestra comprensión. Si esto es así, la comunicación entre ambas especies puede quedar, para

siempre, fuera de toda cuestión. Recuerden que el diccionario define la inteligencia como sencillamente “la información recibida”. Si nosotros no recibimos su información, ni ellos la nuestra, entonces hay que calificar a los ETA como no inteligentes...

-Eso es demasiado embrollado para mí -comentó Enid-. Haces que todo eso parezca ahora tan difícil, cuando en tus cartas lo explicabas de una forma bastante sencilla. Dijiste que esas criaturas habían intentado comunicar contigo mediante una serie de ruidos y silbidos; decías que disponen de seis manos y que habían llegado hasta el planeta Clementina utilizando una nave espacial. Creo que la situación está clara. Son inteligentes no sólo con la limitada inteligencia de un animal, sino lo bastante inteligentes como para haber creado una civilización y un lenguaje. El único problema radica en que

hay que traducir esos ruidos y silbidos a nuestra lengua.

Ainson se volvió hacia el director del Exozoo.

-¿ Comprendes por qué la cosa no es tan fácil, Mihaly?

-Bien, he leído casi todos tus informes, Bruce. Sé que esos mamíferos están dotados de un sistema respiratorio y un canal digestivo muy similar al nuestro; que tienen un cerebro cuyo peso y relación proporcional son comparativamente iguales al del humano, y que disponen de manos con las que actuar y abordar los problemas del

universo con las mismas sensaciones básicas que los humanos. Me imagino que aprender su lenguaje o hacer que comprendan el nuestro puede ser una tarea difícil, pero creo que estás sobrestimando las dificultades.

-¿De veras? Espera a que haya estudiado a esas criaturas un poco más. Creo que opinarás de forma distinta. Intento ponerme en su caso y, a pesar de sus desagradables hábitos, he llegado a experimentar simpatía hacia ellas. Pero la única apreciación que he obtenido hasta ahora entre un mar de frustraciones, es que, si realmente son inteligentes, tienen que mantener un punto de vista diferente al nuestro respecto al Universo. Desde luego -dijo señalando a los ETA que se mantenían en calma al otro lado de la protección transparente- ellos se muestran totalmente reservados respecto a mí.

-Tendremos que ver lo que sacan en claro los lingüistas -dijo Pasztor-. Mañana llega de los Estados Unidos Bryan Lattimore, del Consejo de la Fuerza Aérea de la USGN. Su opinión será de la mayor importancia para nosotros. Es un gran tipo y espero que le apreciarás en lo que vale.

Aquella indicación no gustó nada a Bruce Ainson, y decidió que el tema podía ya darse por terminado.

-Son las diez en punto -dijo, consultando su reloj-. Es hora de que Enid y yo volvamos a casa; ya sabes que me gusta mantener un horario regular cuando estoy en la Tierra. Querido Mihaly, hemos disfrutado mucho con la fiesta. Te veremos de nuevo el fin de semana.

Se estrecharon las manos con recíproca cordialidad. Entonces, creyendo que era el momento adecuado, sir Mihaly Pasztor preguntó de improviso:

-A propósito, amigo mío, ¿qué pasa con Aylmer y esa chica, tan conflictivo que le echaste de casa?

Ainson sintió un sabor a polvo de ladrillo en la garganta.

-Será mejor que se lo preguntes a tu ahijado. Él podrá satisfacer tu curiosidad. Yo no voy a verle más -concluyó agriamente-. No te molestes, encontraremos la salida.

El tren local del distrito ascendió a través de la noche salpicada por las luces de la ciudad. Avanzaba rápidamente, prendido del monorraíl, y Enid lamentó no haber ingerido previamente un comprimido contra el maleo. Realmente no era una buena viajera.

-Te compro tus pensamientos-le dijo su marido.

-No pensaba en nada, Bruce.

Librodot

Tras un corto silencio, Ainson volvió a la carga.

-¿De qué hablasteis Mihaly y tú cuando fui a buscarte el chal ?

-No recuerdo. Trivialidades. ¿Por qué me preguntas?

-¿Cuántas veces le has visto mientras estuve ausente?

Enid suspiró y el zumbido tremendo del aire exterior ahogó el pequeño ruido que produjo.

-Siempre me preguntas lo mismo, Bruce; tras cada viaje. Por favor, deja ya de ponerte celoso. Mihaly es muy gentil, pero nada significa para mí.

El tren local les dejó en el Anillo Exterior semejante a un ceño fruncido, en un lugar elevado, fuera de Londres. Su estación en aquella nueva estructura, recientemente construida, se hallaba atestada de público, y continuaron en silencio hacia el carril directo que les conduciría a casa. Una vez a bordo del monobús, su silencio continuaba. Fue Enid la que habló primero.

-Bien, Bruce. Me siento feliz por el éxito que has nido. Daremos una fiesta. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

Ainson le golpeó cariñosamente la mano y sonrió con aire de perdón, como si tratara con una chica traviesa.

-Me temo que no dispondremos de mucho tiempo para fiestas. Ahora es cuando empieza el verdadero trabajo que debe llevarse a cabo. Tendré que ir diariamente al zoo para supervisar los equipos de investigación. Ya sabes. No podrán ir muy lejos sin mí.

Enid se quedó mirando fijamente la lejanía. No estaba en verdad decepcionada; realmente esperaba aquella respuesta. Y entonces, en vez de mostrarse enojada, intentó ser amigable con él, haciéndole una de sus tontas preguntitas en busca de información.

-Supongo que crees posible aprender a comunicarte con esas criaturas, ¿verdad?

-El Gobierno parece menos entusiasmado de lo que esperaba. Por supuesto, soy consciente de que existe una estúpida guerra... Con el tiempo pueden surgir otros aspectos que resulten más importantes que el factor lenguaje.

En la fraseología de su marido ella reconoció la vaguedad que solía emplear cuando se planteaba algo de lo que no estaba seguro.

-¿Qué aspectos?

Ainson clavó la vista en la negrura de la noche.

-Los ETA heridos han mostrado una gran resistencia a la muerte. Cuando se les practicó la disección a bordo del “Mariestopes”, donde fueron literalmente descuartizados, fue preciso reducirlos a pedazos antes de que murieran. Esas criaturas tienen una resistencia fenomenal al dolor. No lo sienten. ¡No sienten el dolor! Está en todos los informes. Ya he perdido la paciencia respecto a este asunto, pero un día alguien verá la importancia de estos hechos.

Ella sintió de nuevo que el silencio pesaba como una piedra sobre sus labios mientras miraba por la ventanilla.

-¿Viste cómo diseccionaban a esas criaturas?

-Por supuesto.

Enid se quedó pensando en todo lo que aquellos hombres hicieron y soportaron, al parecer con la mayor facilidad.

-¿Puedes imaginarlo? -dijo entonces Bruce-. No sentir nunca el dolor ni físico, ni mental...

Se estaban adentrando en el nivel inferior de tráfico normal. Su mirada melancólica descansó en la oscuridad que envolvía la casa.

-¡Qué regalo para el género humano! -exclamó Ainson.

Después de que los Ainson se hubieron marchado, sir Mihaly Pasztor permaneció en el mismo lugar, preso de la sensación de vacío que ocasionalmente se convertía en pensamiento. Comenzó a pasear de un lado a otro, vigilado por los extraterrestres encerrados al otro lado del cristal. Finalmente se detuvo ante su mirada y permaneció balanceándose sobre los pies inclinándose gentilmente, mirándolos. Con los brazos cruzados, terminó por dirigirse a ellos.

-Mis queridos inquilinos, comprendo el problema y, aunque no os había visto antes, os

comprendo también a vosotros, hasta cierto límite. Por encima de todo, entiendo que hasta ahora sólo os habéis encarado con un tipo limitado de mente humana. Conozco a los hombres del espacio, mis barrigudos amigos, porque también yo fui uno de ellos. Sé cómo los largos años de oscuridad atraen y moldean una mente inflexible. Os habéis enfrentado con hombres desprovistos de pulsación humana, hombres sin finas percepciones, carentes del don de proyectar su propia personalidad para comprender a las demás, hombres que no pueden aceptar ni comprender porque no conocen la diversidad de los hábitos humanos. Y al carecer de penetración psicológica, la niegan a los demás. En resumen, mis queridos y sucios inquilinos, si sois civilizados, es preciso que se os someta a un careo con un hombre verdaderamente civilizado. Si sois algo más que animales, no transcurrirá mucho tiempo antes de que nos comprendamos recíprocamente. Después ya habrá ocasión de incrementar el diálogo entre nosotros.

Uno de los ETA sacó sus miembros, se incorporó y los dirigió a la pantalla de cristal. Sir Mihaly Pasztor tomó aquel gesto como un presagio.

Fue a la parte trasera del cercado y entró en una pequeña antesala de la verdadera jaula. Presionó un botón que activó la parte del suelo en que se hallaba y que le trasladó a la jaula, situándole ante una pequeña barrera, de forma que el director del Exozoo parecía más bien un prisionero que compareciese ante un tribunal. El mecanismo se detuvo. Pasztor y los ETA estaban entonces cara a cara, aunque un botón al alcance de la mano derecha le aseguraba una retirada inmediata en caso de peligro.

Los ETA emitieron juntos una serie de silbidos. Su aspecto distaba de ser tan repugnante como se hubiera esperado, pero de todos modos era muy fuerte y Pasztor arrugó la nariz.

-Según nuestro sistema de pensamiento -dijo-, la civilización se reconoce por la distancia que el hombre ha puesto entre sí y sus excrementos.

Uno de los ETA extendió uno de sus miembros y se rascó.

-No existe ninguna civilización sobre la Tierra que no se halle firmemente establecida sobre la base de un alfabeto. Incluso los aborígenes más primitivos garrapatearon sus temores y esperanzas sobre las rocas. ¿Tenéis también temores y esperanzas?

El ETA, terminó de rascarse, y retrajo el miembro, dejando la palma de la mano a una distancia escasa del cuello.

-Es imposible imaginar a una criatura mayor que una pulga sin temores ni esperanzas, o cualquier otra estructura equivalente basada en los estímulos del dolor. Sensaciones gratas y sensaciones malas nos acompañan toda la vida y constituyen nuestras experiencias del mundo exterior. Pero, con todo, si he comprendido bien los informes de la autopsia de uno de vuestros amigos, vosotros no experimentáis el dolor. ¡En qué forma tan radical eso debe modificar vuestra experiencia del mundo externo!

Entonces apareció una de aquellas criaturas en forma de lagarto. Se escabulló por la espalda de su anfitrión y atrancó su hocico tembloroso en un pliegue de la piel del ETA. Allí permaneció inmóvil y casi invisible.

-Y después de todo, ¿qué es el mundo exterior? Puesto que sólo podemos conocerlo mediante nuestros sentidos, nunca podremos conocerlo más que de una forma diluida; sólo podemos conocerlo como mundo externo más sentidos. ¿Qué es una calle? Para un niño, todo un mundo lleno de misterio; para un estratega militar, una serie de puntos de ataque y resistencia; para un amante, el lugar donde habita el ser amado; para una prostituta, el lugar donde efectúa sus negocios; para un historiador urbano, una serie de filigranas en el tiempo; para un arquitecto, un tratado extraído del arte y la necesidad; para un pintor, una aventura en la perspectiva y el color; para un viajero, el lugar en que se encuentra un trago y un lecho caliente; para el que allí habita desde hace mucho

motorista... ¿De qué forma, mis enigmáticas bestias, nuestros mundos externos, el vuestro y el mío, van a enfrentarse y a comprenderse? ¿No nos será difícil descubrirlo hasta que hayamos conseguido hablarnos recíprocamente, después de obtener una lista de sustantivos y necesidades? ¿O preferís como nuestro jefe explorador, que la proposición se invierta? ¿Tenemos que conocer por lo menos la naturaleza de vuestro medio ambiente externo, antes de que podamos parlamentar? Pero, ¿no me estaré desviando repentinamente del verdadero sentido, cerdos? Podría muy bien suceder que vosotras, criaturas desamparadas, fuerais simplemente unos rehenes y el problema mucho mayor. Tal vez jamás podamos comunicarnos. Pero vosotros sois la prueba de que en alguna parte, tal vez a no muchos años luz de Clementina, existe un planeta donde viven criaturas de vuestra especie. Si fuésemos allá, si pudiéramos observaros en vuestro hábitat normal, entonces sí podríamos saber mucho acerca de vosotros, y veríamos claro lo que nos hace distintos, para conseguir comunicarnos recíprocamente. No bastará con el trabajo de los lingüistas; es preciso que un par de astronaves investiguen los mundos próximos a Clemetina. Tengo que hacer hincapié sobre este punto a Lattimer.

Los ETA no respondieron.

-Os lo advierto: el hombre es una criatura muy persistente. Si el mundo exterior no viene hacia él, él irá al mundo exterior. Si tenéis un vocabulario con el cual expresaros, ya podéis prepararlo.

Los ETA ya tenían los ojos cerrados.

-¿Habéis caído en la inconsciencia o estáis orando? Creo que lo segundo será lo más prudente y sabio, porque ahora estáis en manos del hombre.

No fue tan sólo filosofar lo que se hizo aquella primera noche en que la enorme “Mariestopes” se posó sobre la Tierra; también hubo desórdenes y trastornos.

Rodney Walthamstone no pudo evitarlo, como afirmó su defensor cuando se presentó el caso en el tribunal. El fenómeno no era raro en aquellos tiempos, cuando todos los meses podía verse el retorno de las astronaves que habían explorado las profundidades del cosmos. Mortales ordinarios, navegaban en aquellos terribles -y utilizó la palabra sin exageración intencionada- viajes espaciales; mortales, m’lud como Rodney Walthamstone, sobre quienes el espacio tenía forzosamente un efecto sobrecogedor. El fenómeno era bien conocido desde hacía diez años, y había sido etiquetado como el síndrome de Bestar de acuerdo con el nombre del famoso psicodinámico, aunque más corrientemente se le denominaba m'lud.

En el cosmos quedaban brutalmente suprimidos todos los símbolos fundamentales de la mente humana. No era preciso estar de acuerdo con el filósofo francés Deut -quien sostenía que el cosmos y la mente eran los dos polos opuestos del imán de la integridad total- para comprobar que el viaje espacial profundo sometía al hombre a una gran tensión, y que volvía a la Tierra con un deseo febril de normalidad que no podía quedar satisfecho a través de los canales legales. Concedido esto, era entonces necesario alterar la ley y no la mente del hombre. El hombre había salido hacia las profundidades estrelladas del infinito: correspondía a la ley, por sí misma, hacer de algún modo que la mente quedase menos ligada a la Tierra. (Aquí hubo risas.)

¿Qué símbolo ejercía una influencia más poderosa sobre la mente del hombre que una casa, ese antiquísimo símbolo del hogar, del refugio contra el mundo hostil y de la misma civilización? Así, en aquel caso de robo con escalo, aunque el infortunado propietario de la casa había sido aporreado, el tribunal debería considerar que el

acusado, no falto de heroísmo, se había limitado a buscar un símbolo. Desde luego, no ocultaba que al mismo tiempo estaba ligeramente influido por la bebida, pero el síndrome de Bestar permitía... El juez, permitiendo que la defensa dispusiera de un discurso a su favor, dijo que estaba cansado de las hazañas de los hombres del espacio que volvían a la Tierra y trataban a Inglaterra como si fuese una zona subdesarrollada del cosmos. Treinta días tras los

Librodot

barrotes de la cárcel convencerían al prisionero de que existía una considerable diferencia entre los dos.

El tribunal suspendió la sesión para almorzar, y la señorita Florence Walthamstone se trasladó llorando desde el tribunal a la taberna más próxima.

-Hank, cariño, ¿no irás a enrolarte en las Fuerzas del Espacio, verdad? Espero que no vuelvas a embarcarte otra vez... -Ya te lo he dicho, será sólo por vuelos aislados, como los que hacía en el Cuerpo de Exploración. -Nunca comprenderé a los hombres, aunque viva mil años. ¿Qué hay ahí afuera que tanto os atrae? ¿Qué sacas de todo esto?

-¡Diablos! Es una forma como otra de ganarse la vida. Mejor que trabajar en cualquier oficio ¿verdad? Soy un tipo con cerebro y no pareces darte cuenta; he aprobado todos mis exámenes, pero existe demasiada competencia aquí, en Norteamérica.

-Pero ¿qué sacas de todo ello? Es lo que quiero saber.

-Te lo he dicho: quiero llegar a capitán. Y ahora, ¿qué te parece si cambiamos de tema? -No quiero oír hablar de este asunto. -¿No quieres? Bueno, ¿qué quieres, entonces? A veces pienso que tú y yo hablamos idiomas distintos.

-¡Cariño! ¡ Amor mío! ¿No te parece que ya es hora de levantarse?

-¿ Humm ?

-Son las diez en punto, querida...

-Humm... Todavía es temprano.

-Estoy hambriento.

-Estaba soñando contigo, Gussie.

-Teníamos que tomar el ferry de las once para ir a Hong-Kong, ¿recuerdas? Hoy tenías que pintar, ¿no te acuerdas? -

Humm... Bésame otra vez, querido. -

Humm... Cariño.

El guardián jefe era un hombre canoso que recientemente había tenido que arreglarse los cabellos que sobresalían a ambos lados de su gorra de uniforme. Trabajaba a las órdenes de Pasztor desde hacía mucho tiempo, muchas canas antes de que empezase a

32

serle difícil descender cada mañana por las escaleras, bajo los riscos helados de la Uss Ice Shelf. Se llamaba Ross, Ian Edward Tinghe Ross, y saludó atentamente a Bruce Ainson cuando éste llegó.

-Buenos días, Ross. ¿Cómo va todo? Esta mañana llego tarde.

-Hay una gran conferencia esta mañana, señor. Acaban de comenzar Sir Mihaly está ahí dentro, por supuesto, junto con tres lingüistas, el doctor Bodley Temple y sus ayudantes y un

estadista. He olvidado su nombre, es un hombre pequeño con el cuello lleno de verrugas, no puede usted confundirle, y una dama, una científica, según creo... Y ese filósofo de Oxford otra vez, Roger Wittgenbacher, y nuestro viejo amigo norteamericano, Lattimore... ¡ Ah, también está el novelista Gerald Bone!... y ¿quién más?

-¡Dios santo! ¡Hay por lo menos una docena! ¿Qué está haciendo aquí Gerald Bone?

-Tengo entendido que es amigo de sir Mihaly Pasztor, señor. Me pareció que tiene un agradable aspecto. Mis gustos literarios se inclinan por cosas más serias, por lo que apenas leo novelas. Pero de vez en cuando lo hago cuando no me encuentro bien. Leí un par de ellas cuando tuve bronquitis el pasado invierno; ya recordará usted. Debo decir que me impresionó la del señor Bone titulada *Muchos son los pocos*. El héroe sufre una

depresión nerviosa y...

-Sí, ya recuerdo el argumento, Ross, gracias. ¿Qué tal están nuestros dos ETA?

-Con toda franqueza, señor, creo que se están muriendo de aburrimiento. ¡Quién va a reprochárselo!

Cuando Ainson entró en la sala de estudio situada detrás de la jaula de los ETA, se estaba desarrollando la conferencia. Contando las personas que le saludaron con un gesto de reconocimiento, obtuvo la cifra de catorce varones y una hembra. Aunque eran distintos en apariencia, daban todos la sensación de compartir algo, tal vez un cierto aire de autoridad.

Aquel aire resultaba más apreciable en la señora Warhoon, quizá porque estaba de pie haciendo uso de la palabra cuando entró Ainson. La señora Hilary Warhoon era la dama a quien Ross se había referido momentos antes. Aunque todavía frisaba los cuarenta, era muy conocida como cosmocléctica, la nueva profesión científico-filosófica que intentaba apartar el trigo de la paja en la rápida acumulación de hechos y teorías, principal aportación del espacio a la Tierra, Ainson la miró con aprobación. ¡Y pensar que estaría casada con algún viejo banquero al que no podría soportar! Tenía una bonita figura, y vestía a la moda uno de los nuevos modelos de araña de cristal, con colgantes en el busto, las caderas y a nivel de los muslos: el atractivo de su rostro, que mostraba una acostumbrada seriedad, no era puramente intelectual: Ainson sabía que podría encararse incluso con el viejo Wittgenbacher, filósofo profesional de Oxford y erudito de la tecnivisión. Ainson no podía evitar la comparación con su esposa, con evidente desventaja para Enid. Desde luego, nunca se atrevería a explicar sus íntimas sensaciones ni a ella ni a ninguna otra persona, pero realmente Enid valía muy poco. Debió haberse casado con un tendero de alguna ciudad industriosa, como Bannury, Diss

o East Dereham. Sí, así debía haber hecho. -... Tengo la impresión
de haber hecho progresos esta semana, a pesar de varios
obstáculos inherentes a la situación, procedentes del hecho,
como creo que el director

señaló en primer lugar, y de que no disponemos de historial alguno de esa forma de vida, para utilizarlo como punto de referencia.

La voz de la señora Warhoon tenía una agradable modulación. Además de la virtud de reunir los pensamientos de Ainson y hacer que se concentrara en lo que estaba diciendo; si Enid hubiera dispuesto con más premura el desayuno, podría haber llegado allí a tiempo para escuchar el discurso desde el principio.

-Mi colega, el señor Burroughs, y yo -siguió diciendo la señora Warhoon- hemos examinado el vehículo espacial hallado en Clementina. No nos consideramos cualificados para emitir un informe técnico al respecto. En todo caso, lo recibirán ustedes de otras fuentes. Por nuestra parte estamos convencidos de que se trata de un vehículo desarrollado para esas formas de vida cautivas y tal vez diseñado por ellas. Recordarán ustedes que se descubrieron otras ocho formas de vida cercanas a ese vehículo; y que el cuerpo de uno de los muertos fue desenterrado en el interior del propio vehículo. También se pueden observar en el interior nueve literas o nichos que, por su forma y tamaño, sugieren su utilización como literas. Como quiera que esas literas están dispuestas en una dirección, que nos parece más vertical que horizontal, y están separadas por lo que ahora sabemos que son los tanques de combustible,

no fueron previamente reconocidas como literas. Aquí resulta apropiado mencionar otro problema con el que nos enfrentamos continuamente. No sabemos lo que es evidente y lo que no. Por ejemplo, ahora tenemos que preguntarnos, en la suposición de que esas formas de vida hayan desarrollado el viaje espacial: ¿puede considerarse este viaje como una prueba a priori de inteligencia superior?

-Esta es la pregunta más penetrante planteada en la última década -dijo Wittgenbacher, cabeceando varias veces, con la seguridad escalofriante de una muñeca mecánica-. Si la hiciésemos a las masas, obtendríamos una sola respuesta, o diría más bien que sus diversas respuestas se reducirían a una afirmación. Los aquí reunidos somos más ilustrados y tal vez elegiríamos como ejemplo más válido de superior inteligencia los trabajos de los filósofos analíticos, donde la lógica fluye sin confundirse con la emoción. Pero las masas, ¿y quién de entre nosotros va a contradecirlas en última instancia?, empleando, si me lo permiten, un coloquialismo, optarían por un producto en el que se han empleado tanto las manos como la mente. No dudo que entre tal categoría de productos, la nave espacial les parecería el más sobresaliente.

-Y yo estaría con ellos -sugirió entonces Lattimore.

Estaba sentado junto a Pasztor, chupando inconscientemente la montura de sus gafas y escuchando atentamente.

-Incluso yo podría acompañarles -dijo Wittgenbacher, riendo entre dientes y moviendo de nuevo la cabeza con gesto mecánico-. Pero esto nos lleva a otra pregunta. Supongamos que se concede a estas formas de vida una inteligencia superior, a pesar de la antiestética falta de higiene en muchos de sus hábitos. Supongamos que más tarde se descubre su planeta de origen y entonces percibimos que su... bueno, capacidad para viajar en naves espaciales está gobernada en gran parte por la conducta instintiva, como la habilidad de las focas del norte que van al océano. Corríjame si estoy en un error, sir Mihaly, pero creo que el Arctocephalus ursinus, los osos marinos, llevan a cabo una migración invernal de muchos millares de kilómetros desde el mar de Bering hacia las costas de México. Yo mismo lo he visto mientras me bañaba en el golfo de California. Si damos esto por cierto, no solamente estaremos en un error al presumir una inteligencia superior en nuestros amigos, sino que todos tendremos que preguntarnos esto: ¿no es posible que nuestra propia capacidad de viajar por el espacio sea igualmente la consecuencia y el logro de una conducta instintiva? ¿Podría suceder que, del mismo modo como la foca imagina que al nadar hacia el sur su viaje está determinado por su propia voluntad, nos impulsara un propósito invisible que está por encima de nuestras intenciones ?

Los periodistas, situados al fondo de la sala, redactaban a toda prisa sus anotaciones, asegurándose de que el "*Times*" del día siguiente registraría los resultados de la conferencia, indicando el momento culminante con este titular:

EL VIAJE ESPACIAL: ¿UNA PAUTA MIGRATORIA DEL HOMBRE?

Gerald Bone se puso en pie. El rostro del novelista se iluminó ante la nueva idea, como el de un niño que contempla un nuevo juguete.

-Profesor Wittgenbacher: ¿debo entender que nuestra tan cacareada inteligencia, lo único que nos distingue claramente de los animales, podría tratarse realmente de una simple compulsión ciega que nos conduce en su propia dirección, más que en la nuestra?

-¿Por qué no? A pesar de nuestras pretensiones hacia las artes y las humanidades, nuestra especie ha dirigido, al menos desde el Renacimiento, sus principales esfuerzos hacia los objetivos gemelos de aumentar su número y expandirse hacia afuera. De hecho, puede usted comparar a nuestros grandes hombres con la abeja reina que prepara su colmena para el enjambre, sin saber por qué lo hace. Hormigueamos en el espacio y no sabemos por qué lo hacemos así. Hay algo que impulsa...

Pero no pudo continuar por aquel camino. Lattimore fue el primero que lo calificó de absurdo. El doctor Bodley Temple y sus ayudantes emitieron rumores de disentimiento. El profesor fue objeto de una rechifla cultural que llenó el ámbito de la sala.

Librodot

-Una teoría absurda...

-Posibilidades económicas inherentes en...

-Incluso una audiencia técnica apenas...

-Supongo que la colonización de otros planetas...

-No se pueden descartar las disciplinas de la ciencia...

-Orden, por favor -exigió el director.

Siguió una calma, que Gerard Bone aprovechó para hacer otra pregunta a Wittgenbacher.

-Entonces... ¿dónde encontraremos el verdadero intelecto?

-Tal vez cuando nos volvamos contra nuestros dioses -repuso Wittgenbacher, sin sofocarse en absoluto por la caldeada atmósfera que le rodeaba.

-Ahora veremos el informe lingüístico -anunció agudamente Pasztor.

El doctor Bodley Temple se puso en pie, descansó la pierna derecha sobre la silla que tenía frente a él, apoyó el codo derecho sobre la rodilla, de forma que pudiera adelantarse con una apariencia de vivacidad, y no varió aquella postura hasta que terminó de hablar. Era un hombre bajito y rechoncho con un mechón de cabellos grises que le salía del centro de la frente, y una expresión combativa. Tenía reputación de ser un erudito imaginativo, que acostumbraba a lucir algunos de los vistosos chalecos de la universidad de Londres. El que llevaba puesto bordeaba un abdomen bastante pronunciado, y estaba confeccionado con un antiguo brocado cuyo diseño representaba unas mariposas Emperador púrpura persiguiéndose entre ellas alrededor de los botones.

-Todos ustedes saben cuál es el trabajo de mi equipo -dijo con una voz que Arnold Bennet hubiera reconocido un siglo atrás como surgida de las Cinco Ciudades-. Estamos intentando aprender el idioma extraterrestre sin saber si lo tienen, porque es la

única forma de descubrirlo. Hemos realizado algunos progresos, como mi colega Wilfred Brebner aquí presente, demostrará a continuación. Primero, pondré de manifiesto algunas aclaraciones generales. Nuestros visitantes, esos gordos tipos venidos de Clementina, no comprenden lo que es la escritura. No tienen. Esto no significa nada con respecto a su lenguaje. Muchas lenguas negras estuvieron reducidas únicamente a la escritura de los misioneros blancos. El elfik y el yoruba, por ejemplo, fueron dos de tales lenguajes del grupo sudánico, creo que apenas son utilizados en nuestros días. Explico esto, queridos amigos, porque mientras no tengamos una idea mejor sobre ellos, estoy tratando a esos extraterrestres como a un par de africanos. Y eso puede aportar resultados. Es más positivo que tratarles como si fueran animales -recordarán ustedes que los primeros exploradores blancos en África pensaron que los negros eran gorilas-, y si hallamos que tienen un lenguaje, no cometeremos con seguridad el error de esperar que sea algo parecido a una lengua romance. Estoy seguro de que nuestros rechonchos amigos tienen un lenguaje, y los muchachos de la prensa que nos acompañan aquí pueden irlo anotando, si gustan. Basta escuchar el modo como resoplan. Y no solamente eso. Hemos analizado las cintas magnetofónicas y aparecen quinientos sonidos diferentes. También es posible que estos sonidos se limiten a uno solo, pero emitidos en diferentes tonos. También sabrán ustedes que existen lenguajes terrestres fundamentados en ese principio, como por ejemplo el siamés y el cantonés, que emplean seis niveles acústicos. Y podemos esperar muchos más niveles de esos individuos, que desde luego sobrepasan ampliamente el espectro del sonido. El oído humano es sordo para las vibraciones de frecuencias mayores a veinticuatro mil por segundo. Hemos descubierto que tales criaturas producen dos veces más, lo mismo que los murciélagos terrestres o un gato rugstedio. Por tanto, el problema reside en si podemos conversar con ellas manteniéndonos dentro de nuestra longitud de onda. Eso podría significar que deberían inventar una especie de jerga que

Librodot

pudiéramos comprender.

-Protesto -dijo el estadista, que hasta entonces se había contentado con pasarse la lengua por los dientes-. Seguramente usted infiera de todo esto que somos inferiores a ellos.

-No pretendo decir nada parecido. Digo que su espectro de sonido es mucho mayor que el nuestro. Y ahora, el doctor Brebner, aquí presente, va a darnos algunos fonemas que hemos identificado provisionalmente.

El doctor Brebner se puso en pie junto a la maciza figura de Bodley Temple. Era un hombre joven, de unos veinticinco años, esbelto y de cabellos color amarillo pálido. Llevaba un traje gris claro con la capucha bajada. Se sonrojó un poco al enfrentarse con el auditorio, pero se expresó bien.

-La disección llevada a cabo en los extraterrestres muertos nos ha revelado mucho con respecto a su anatomía -dijo-. Si han leído ustedes el extenso informe correspondiente, sabrán que nuestros amigos tienen tres distintas clases de aberturas, mediante las cuales pueden emitir sus ruidos característicos. Todos esos ruidos parecen contribuir a su lenguaje, o así nos lo parece, como nos parece que sin duda disponen de un lenguaje. En primer lugar, una de sus cabezas presenta una boca a la que está ligada a un órgano del olfato. Aunque esta boca se utiliza para respirar, su principal función es la de alimentarse y producir lo que denominamos sonidos orales. En segundo término, nuestros amigos disponen de seis ventiladores respiratorios, tres a cada lado del cuerpo y situados encima de sus seis miembros. Por el momento nos referiremos a ellos como órganos olfatorios. Tienen unas aberturas labiadas y aunque carecen de cuerdas vocales, lo mismo que la boca, esas narices producen una amplia gama de sonidos. En tercer lugar, nuestros amigos también producen una variedad de sonidos controlados mediante el recto, situado en su segunda cabeza. Su forma de hablar consiste en sonidos transmitidos mediante todas esas aberturas, ya sea por turno a pares, o bien tres al mismo tiempo, e incluso las ocho aberturas juntas. Ahora verán ustedes que los pocos sonidos que voy a suministrarles como ejemplo se limitan a los menos complejos. Por supuesto, está disponible la cinta registrada con la totalidad de la gama de sonidos, pero aún no está en condiciones de utilizarse. La primera palabra es nnnnnrrrrr-ink.

Para pronunciar aquella palabra, Wilfred Brebner produjo un ligero ronquido con la parte anterior de su garganta y lo cerró con el gritito representado aquí por ink. (Toda transcripción de palabras en lengua extraterrestre de la ETA debe considerarse como mera aproximación.)

Brebner continuó con su detallado informe.

-Nnnnnrrrrr-ink es la palabra que hemos obtenido varias veces en diversos contextos. El doctor Bodley Temple la registró primeramente el pasado domingo, cuando trajo coles frescas a nuestros amigos. La obtuvimos por segunda vez el mismo día, cuando saqué un paquete de goma de mascar y entregué unos trozos al doctor Temple y a Mike, y no volvimos a oírla hasta la tarde del martes; la pronunciaron en una situación de falta de alimento. El guardián jefe Ross había entrado en la jaula, y fuimos a verle por si necesitaba algo: ambas criaturas emitieron el sonido al mismo tiempo. Entonces notamos que la palabra muy bien pudiera tener una connotación negativa, puesto que habían rehusado los repollos y no se les había ofrecido la goma de mascar, que probablemente supusieron que se trataba de alimento. Es de suponer, además, que no les gusta Ross, quien les perturba cuando va a limpiarles la jaula. Ayer, sin embargo, les llevó un cubo de barro del río, que tanto les gusta, y entonces registramos nuevamente la expresión nnnrrrr-ink, varias veces en cinco minutos. Por lo tanto, de momento pensamos que se refiere a alguna variedad de actividad humana, digamos, cuando uno aparece llevándoles algo. El significado se aclarará considerablemente a medida que avancen los experimentos. Por el ejemplo expuesto, pueden ustedes ver el proceso de eliminación que seguimos con cada sonido. El cubo de agua embarrada del río también aportó otra palabra que podemos reconocer. Suena algo así como juip-butbuip (un pequeño silbido seguido por dos chasquidos labiales). También lo oímos al ofrecerles pomelos, que ellos aceptaron; cuando les dimos salchichas de avena con rodajas de plátano, un plato por el que

mostraron cierto entusiasmo; y cuando Mikes y yo salimos por la tarde. Lo tomamos como un signo de aprobación.

"Creemos que también disponemos de un signo de reprobación, aunque sólo lo hemos escuchado dos veces. La primera, con acompañamiento de signos de desagrado, cuando un ayudante de Ross arrojó a uno de nuestros amigos un chorro de agua sobre el hocico, sirviéndose de una manguera. En otra ocasión les ofrecimos una parte de pescado crudo y otra cocido. Como ya habrán ustedes deducido, parecen vegetarianos. El sonido fue...

Brebner miró a la señora Warhoon, como pidiéndole excusas y emitió con la boca una especie de ahogadas ventosidades que culminaron con un gran rugido.

-¡Bbbp-bbbp-bbbbbbp-aaaah!

-Ciertamente, eso suena a desaprobación -sugirió Temple.

Antes de que se apagara el murmullo de general diversión, uno de los reporteros dijo:

-Doctor Temple, ¿esto es todo cuanto puede ofrecernos como muestra de los progresos que están haciendo?

-Se les ha dado una tosca muestra de lo que estamos llevando a cabo.

-Pero, en definitiva, no parece que hayan obtenido una sola palabra. ¿Por qué no intentan hacer lo que cualquier profano intentaría, como contar los números o señalar partes de sus cuerpos o los de ustedes? Así al menos tendrían algo con que empezar. Algo mejor que unos cuantos puntos abstractos.

Temple miró las mariposas Emperador púrpura de su precioso chaleco, se humedeció los labios y dijo:

-Joven, un profano en la materia podría desde luego pensar que ésos serían los primeros pasos a seguir. Pero mi respuesta a ese profano y a usted, es que tal catálogo sólo es posible si el enemigo, el extraterrestre, está preparado para abrir una conversación. Esas dos bestias... Perdón, señora... esos dos individuos no tienen interés en comunicarse con nosotros.

-¿Por qué no emplean una computadora para ese trabajo?

-Su pregunta es todavía más tonta. Hace falta el sentido común en una tarea como ésta. ¿Qué diablos podría hacer una computadora? No puede pensar, ni puede diferenciar entre dos fonemas casi idénticos para nosotros. Todo lo que necesitamos es tiempo. Usted no puede imaginar, ni tampoco lo haría su hipotético profano en la materia, las dificultades con que tenemos que enfrentarnos, porque tenemos que pensar dentro de un terreno en el que el hombre no ha pensado antes. Pregúntese a usted mismo: ¿Qué es el lenguaje? La respuesta es: el discurso humano. En consecuencia, no estamos haciendo precisamente una investigación, sino inventando algo nuevo: el discurso no humano.

El reportero asintió taciturnamente. El doctor Temple sopló y tomó asiento. Lattimore se puso entonces en pie. Colocó las gafas en el extremo de la nariz, y cruzó las manos a la espalda.

-Como usted sabe, doctor, yo soy nuevo en estas lides, por lo que espero que considere mis preguntas como realizadas con toda inocencia. Mi posición es ésta: soy escéptico. Sé que hemos investigado sólo trescientos planetas del universo, y que existen millones por investigar, pero, aun así, sostengo que esos trescientos constituyen una buena muestra. En ninguno de ellos se ha encontrado forma alguna de vida que tenga la inteligencia de mi gato siamés. Esto supone que el hombre es único en el universo.

-Eso podría ser una simple sugerencia-repuso Temple.

-Ni siquiera eso. Me tiene sin cuidado la existencia o no de otra forma de vida inteligente en el universo; el hombre ha dependido siempre de sí mismo y eso no le preocupó. Por otra parte, si alguna otra forma de vida inteligente surge en alguna parte, la recibiré de buena gana como la siguiente especie humana, siempre que se comporte del mismo modo. Lo que no acabo de digerir es que alguien conviva con esta pareja de cerdos supercebados que se revuelcan en su propia porquería de un modo que no imitaría ningún cerdo de la Tierra, e

Librodot

insista en que intentemos probar que son seres inteligentes. Esto es una locura. Usted mismo acaba de decir que no muestran el menor interés en comunicarse con nosotros. Muy bien, entonces, ¿no es ése un signo evidente de que carecen de toda inteligencia? ¿Quién en esta sala puede decir honestamente que desea tener a esos cochinos en su propia casa?

Nuevamente estalló un tumulto en la sala de conferencias. Todos se volvían para discutir y preguntar, no solamente a Lattimore, sino entre ellos mismos. Finalmente, la voz de la señora Warhoon se destacó en aquel maremágnum.

-Siento una gran simpatía hacia su postura señor Lattimore, y me alegro de que haya venido a participar en nuestra reunión. Pero la breve respuesta que voy a darle es que, al igual que la vida adopta una multitud de formas diferentes, hemos de esperar que la inteligencia también adopte diversos modos de manifestarse. No podemos concebir otra forma de inteligencia; ello ampliaría las fronteras de nuestro pensamiento y nuestra comprensión como nada más podría hacerlo. En consecuencia, cuando pensamos que hemos hallado tal inteligencia, debemos asegurarnos de ello aunque el esfuerzo requerido nos lleve años.

-Ése es en parte mi punto de vista, señora -dijo entonces Lattimore-. Si allí hubiera inteligencia, no nos llevaría años descubrirla. Deberíamos reconocerla sobre la marcha, en el acto. Incluso aunque apareciese disfrazada de nabo.

-¿Cómo juzga usted la presencia de una nave espacial en Clementina? -preguntó Gerald Bone.

-¡Yo no tengo por qué juzgar nada! Esos grandes cerdos deberían estar en condiciones de hacerlo. Si ellos la construyeron, entonces, ¿por qué no disponen de dibujos, planos y descripciones de esa nave, y por qué no la diseñan cuando se les entrega papel y lápiz para hacerlo?

-Porque el hecho de que viajen en ella no significa que la hayan construido.

-¿Pueden ustedes imaginarse al más insignificante y estúpido piloto de un crucero terrestre, que sea capturado por seres extraños y que sea incapaz de hacer, por lo menos, un diseño general de la nave cuando se le entrega papel y lápiz?

-Y con respecto al lenguaje, ¿cómo lo considera usted? -preguntó Brebner.

-He disfrutado de veras con sus imitaciones animales, señor Brebner -dijo Lattimore, con buen humor-. Pero francamente, yo puedo comunicarme más rápidamente con mi gato que usted con esos dos cerdos.

Ainson habló por vez primera, y lo hizo con agudeza, molesto de que un simple entrometido se atreviera a ridiculizar su descubrimiento.

-Todo eso está muy bien, señor Lattimore, pero creo que pasa usted por alto demasiadas cosas y con demasiada facilidad. Sabemos que los ETA tienen ciertos hábitos que resultan desagradables para nuestros principios humanos; pero tienen inteligencia, conversan entre sí. Y la nave espacial es un hecho, diga usted lo que diga.

-Tal vez sea un hecho la nave espacial, pero, ¿qué relación tienen esos cerdos con ella? No la sabemos. Pueden ser muy bien el ganado que, como alimento, llevaban consigo los verdaderos viajeros del espacio. No lo sé, pero usted también lo ignora; y evita una explicación plausible. Con franqueza, si yo estuviese al frente de esta operación, daría un fuerte voto de censura al capitán del “Mariestopes” y, particularmente, al jefe explorador por traer semejante prueba de investigación.

En aquel momento se produjo una especie de inquietante y amenazador mar de fondo. Sólo los reporteros comenzaron a parecer algo más felices. Sir Mihaly Pasztor se adelantó para explicar quién era Ainson a Lattimore. El rostro de éste se alargó.

-Señor Ainson, creo que le debo una excusa por no haberle reconocido. De haber estado usted aquí cuando comenzó la conferencia, podían habernos presentado.

-Desgraciadamente, esta mañana, mi esposa...

-Sin embargo, debo sostener firmemente mi anterior exposición. El informe de lo sucedido en Clementina resulta patético; es una mera obra de aficionados. Tenían ustedes un

plazo estipulado para el reconocimiento del planeta, el cual había expirado cuando encontró usted esos animales junto a la nave espacial, y en vez de partir, según lo programado, se limitó a disparar sobre ellos, tomó unas tecnifotos de la escena, y despegó. Esta nave, por cuanto usted sabe, puede ser muy bien el equivalente de un vagón de ganado. Éste se encontraría fuera para revolcarse en el barro, mientras que a dos millas de distancia, en otro valle, se hallaba seguramente la verdadera nave, con los auténticos bípedos similares a nosotros, como dice la señora Warhoon, quienes tendrían ojos y boca con los que comunicarse. Puede estar usted bien seguro de ello. No, lo siento, señor Ainson, pero su comité está más atascado en el asunto de lo que pretende admitir, simplemente por el mal trabajo que usted ha llevado a cabo.

Ainson se había puesto rojo como la grana. Algo fantasmal se había expandido inesperadamente por la sala y recaía sobre su persona. Todos los presentes -lo sabía sin necesidad de mirarles- permanecían sentados y silenciosos, aprobando lo que había dicho Lattimore.

-Cualquier idiota puede demostrar sabiduría cuando no hay remedio. Parece que usted no se da cuenta de la falta de precedentes de la situación y yo...

-Comprendo hasta qué punto carece de precedentes. Digo que no los tenía en absoluto y, en consecuencia, debía usted haber ido más al fondo de la cuestión. Créame, señor Ainson, he leído las fotocopias del informe de la expedición y he mirado muy atentamente todas esas fotografías que tomaron. Tengo la impresión de que, en general, todo ha sido llevado más como una gran cacería que como una expedición oficial pagada con el dinero de los contribuyentes.

-Yo no soy responsable del tiroteo contra los seis ETA. Una patrulla cayó sobre ellos y regresó a la nave. Fueron a investigar a esos extraños seres, les atacaron y dispararon en defensa propia. Debería usted volver a leer los informes.

-No parece que esos cerdos sean temibles. No creo que atacaran a la patrulla, sino, más bien que intentaban escapar.

Ainson miró a su alrededor en busca de ayuda.

-Apelo a usted, señora Warhoon, ¿es razonable imaginar cómo se comportan esas extrañas criaturas en libertad con sólo una mirada a su apático comportamiento en cautividad ?

La señora Warhoon se había sentido admirada inmediatamente por Bryan Lattimore; era un hombre fuerte, y le gustaba.

-¿Qué otros medios tenemos para juzgar su conducta? -preguntó.

-Tienen ustedes los informes. En ellos hay un amplio y completo estudio para que ustedes lo analicen.

Lattimore volvió al ataque.

-Lo que tenemos en esos informes, señor Ainson, es un sumario de lo que el jefe de la patrulla le dijo a usted. ¿Es hombre de confianza?

-¿De confianza? Sí, es bastante digno de confianza. Sabe usted que hay una guerra en este país, señor Lattimore, y no siempre podemos elegir los hombres que deseamos.

-Comprendo. ¿Y cómo se llama ese hombre?

-¿Cómo se llamaba realmente? Joven, musculoso, un tanto cazurro. No era un mal tipo. ¿Horton? ¿Halter? En una atmósfera más tranquila lo hubiera recordado al instante.

Controlando su voz, Ainson dijo:

-Encontrarán su nombre en el informe escrito.

-Está bien, está bien, señor Ainson. Naturalmente, tiene usted sus respuestas. Lo que digo es que debería haber regresado con muchas más. Como verá, aquí es usted el hombre clave. Está entrenado precisamente para una situación como ésta. Pero yo pienso que nos pone usted las cosas muy difíciles entregando datos inadecuados o, incluso, conflictivos.

Lattimore tomó asiento, dejando a Ainson de pie.

Librodot

-La naturaleza de esos datos tiene que ser conflictiva. Su tarea es hacer que tengan sentido, no rechazarlos. No hay que culpar a nadie. Si tiene usted alguna queja, debe dirigirse al capitán Bargerone, que estaba al mando de toda la operación, no yo. Ah, sí, el jefe de la patrulla se llama Quilter. Acabo de recordarlo en este momento.

Gerald Bone habló entonces sin levantarse.

-Señor Ainson, como usted sabe, soy novelista. Tal vez, en medio de esta distinguida reunión debería decir "sólo un novelista". Pero hay una cosa que me preocupa con respecto a su participación en esto. El señor Lattimore dice que usted debería haber regresado de Clementina con más respuestas de las que ha traído. Sea como sea, a mí me parece que usted ha regresado a la Tierra con unas cuantas presunciones que, por el hecho de proceder de usted, han sido aceptadas sin discusión, sin poner en duda los hechos.

Con la boca seca, Ainson esperó lo que todavía quedaba por llegar. De nuevo tuvo la conciencia de que alguien, o tal vez todos, escuchaban con una especie de disposición predatoria.

-Sabemos que esos ETA fueron encontrados junto a un río en el planeta Clementina. Todos parecen aceptar también el hecho de que no son nativos de ese planeta. Por lo que veo, esta idea partió de usted. ¿No es así?

La pregunta alivió a Ainson; podía responderla.

-La idea partió de mí, señor Bone. Aunque yo la llamaría una conclusión, más que una idea. Puedo explicarla fácilmente, incluso a un profano en la materia. Esos ETA pertenecían a la nave espacial; puede estar completamente seguro al respecto. Los excrementos estaban almacenados en el interior, acumulados desde hacía treinta días. Como evidencia adicional, la nave está construida a su propia imagen.

-Según eso, podría usted decir que la "Mariestopes" está construida a imagen de un delfín. Eso no prueba nada respecto a los ingenieros que la diseñaron.

-Tenga la cortesía de escucharme. No encontramos ninguna otra clase de vida mamífera en el 12B. Clementina, como se llama ahora. No encontramos ningún animal mayor que un lagarto sin cola, ningún insecto mayor que un tipo de abeja tan grande como una musaraña común. En una semana, con vigilancia estratosférica día y noche, se cubre muy bien un planeta desde el polo al ecuador. Excluyendo a los peces de los mares, descubrimos que Clementina no tiene vida animal que valga la pena mencionar excepto esas grandes criaturas que en las básculas de la Tierra pesan doscientos kilos. Y estaban en grupo junto a la nave espacial. Claramente, resulta absurdo suponer que son nativas.

-Las encontró usted junto a un río. ¿Por qué no pueden ser animales acuáticos, posiblemente del tipo de los que pasan la mayor parte de su tiempo en el mar?

Ainson abrió y cerró la boca.

-Sir Mihaly, esta discusión hace surgir, naturalmente, puntos que un profano no está en condiciones de... Quiero decir que no sirve de nada.

-Desde luego -convino Pasztor-. Con todo, pienso que Gerald tiene un interesante punto de vista. ¿Crees que podemos descartar definitivamente la posibilidad de que esos animales sean acuáticos?

-Como he dicho, llegaron en la nave espacial. Eso no admite dudas; les doy mi palabra como testigo presencial.

Al hablar, Ainson miraba con beligerancia hacia el grupo; al encontrarse con la mirada de Lattimore, este habló:

-Yo diría que tienen una constitución de animales marinos, hablando claro está, como profano.

-Tal vez sean acuáticos en su propio planeta, pero eso nada tiene que ver con lo que estuvieran haciendo en Clementina -dijo Ainson-. Diga usted lo que diga, su nave espacial es una nave espacial y, en consecuencia, nos encontramos ante una inteligencia.

Mihaly se apresuró a rescatarle de aquella situación y solicitó pasar al siguiente informe;

Librodot

pero era obvio que al jefe explorador Bruce Ainson le habían quitado el voto de confianza.

El sol, siguiendo su inalienable costumbre, se puso al llegar el crepúsculo. Al mismo tiempo, sir Mihaly Pasztol se vistió adecuadamente para la cena y fue a saludar a las personas que había invitado a cenar.

Había transcurrido ya un mes desde la funesta conferencia llevada a cabo en los locales del Exozoo y donde Bruce Ainson había sido tratado con cajas destempladas.

Desde entonces no podía decirse que la situación hubiera cambiado ni mejorado. El doctor Bodley Temple había reunido una impresionante colección de fonemas extraterrestres, ninguno de los cuales tenía equivalente. Lattimore había ampliado por escrito los puntos de vista que expresó en la conferencia. Gerald Bone publicó traicioneramente una maliciosa reseña en la revista humorística "Punch".

Todo aquello eran sólo alfilerazos. El hecho era que no se habían obtenido progresos, principalmente porque los ETA, prisioneros en su higiénica celda, no demostraban el menor interés en los seres humanos, ni deseo alguno de cooperar en cualquiera de los juegos malabares que les preparaban. Aquella actitud poco servicial tenía su efecto sobre el equipo de investigación: su malhumor creció gradualmente, junto con rachas de autocompasión. Como un comunista millonario, se sentían impelidos a explicar una posición de cierta delicadeza.

El público, en general, también reaccionó adversamente a la frialdad de los extraterrestres. El hombre inteligente de la calle podría haber apreciado a un extraterrestre inteligente sin importarle cuál fuese su forma, como una nueva distracción que compitiese con las noticias sombrías procedentes de Charon -donde el Brasil parecía que estaba ganando la guerra- y los crecientes impuestos que eran la consecuencia lógica tanto de la guerra como de los viajes con impulsión transponencial. Gradualmente, las enormes colas que se formaban todas las tardes para ver a los extraterrestres fueron menguando (después de todo, no era nada tan extraordinario, no tenían un aspecto demasiado diferente al de los hipopótamos terrestres y no se permitía arrojarles nueces, como si estuvieran viviendo en rascacielos en su mundo de origen) y volvieron a la vieja rutina de las series modernas de tecnivisión, que trataban las relaciones premaritales del grupo III, el cual mostraba indulgentemente una forma de intercambio amoroso cada hora.

Pasztor pensaba también en el intercambio mientras acompañaba a la señora Hilary Warhoon hasta su modesto comedor; y si no pensaba en ello, con una caprichosa sonrisa ante su propia debilidad, revisaba las fantasías a las que se había entregado una hora antes de la llegada de la señora Warhoon. Pero no, ella no era lo bastante encantadora ni atractiva, y su marido tenía reputación de poderoso y malévolo. Por otra parte, Sir Mihaly ya no tenía el empuje necesario para llevar adelante uno de esos ilícitos amoríos, aunque "ilícito" era una de las palabras que más le seducían.

Ella se sentó a la mesa y suspiró.

-Es maravilloso relajarse. He tenido un día horrible.

-¿Ha estado muy ocupada?

-Haciendo mi trabajo. Pero no he logrado nada. Me deprime la sensación de fracaso.

-¿Usted, Hilary? Usted está muy lejos de ser un fracaso.

-Pienso en ello, menos en un sentido personal, que en general. ¿Quiere que se lo detalle? Me gustaría hacerlo.

Pasztor levantó las manos con un alegre gesto de protesta.

-Mi idea de la intercomunicación civilizada consiste en no reprimirla, sino en mostrarla y alentarla. Siempre he sentido interés por lo que usted diga al respecto.

Sobre la mesa había tres fogones globulares. Cuando ella comenzó a hablar, Pasztor abrió

Librodot

los cajones refrigerados de la derecha y comenzó a poner su contenido en los fogones para cocinar: Fera de Travers, salmón del lago Ginebra para empezar, y luego filetes de antílope de África del Sur traídos por vía aérea aquella misma mañana de las granjas de Kenya; y, para añadir un toque de exotismo a la cena, unos espárragos de Venus.

-Cuando digo que me oprime un fracaso general -dijo la señora Warhoon, bebiendo un jerez seco-, soy consciente de que suena un tanto pretencioso. ¿Quién soy yo entre tantos?, como dijo Shaw una vez en un contexto diferente. Es el viejo problema de las definiciones, con el que los extraterrestres nos han enfrentado en una dramática forma nueva. Tal vez no podamos conversar con ellos hasta que hayamos decidido qué es lo que constituye la civilización. Vamos, Mihaly, no levante esa ceja. Sé muy bien que la civilización no consiste en yacer indolentemente sobre los propios excrementos, aunque es posible que si tuviéramos un gurú aquí nos diría que sí.

"Cuando se toma una cualidad cualquiera por la que se mide la civilización, se descubre que está ausente de varias culturas. Tomemos en conjunto la cuestión del crimen. Durante casi un siglo hemos considerado al crimen como símbolo de enfermedad
o de desgracia. Una vez reconocemos esto tanto en la práctica como en la teoría, las estadísticas del crimen descendieron de forma espectacular. Pero en muchos períodos de alta civilización el encarcelamiento de por vida era una costumbre corriente y las cabezas rodaban por el suelo como las hojas de los árboles en otoño. Una cierta bondad, misericordia, o comprensión, no son signos de civilización, del mismo modo que la guerra y el asesinato son signos de su ausencia. Por lo que respecta a las artes, que tanto amamos, fueron ya practicadas por el hombre prehistórico.

-Ah, sí, esa argumentación me es familiar desde mis días de bachiller -dijo sir Mihaly, mientras servía el salmón-. Todavía seguimos cocinando nuestros alimentos y los tomamos de acuerdo con ciertas reglas y con utensilios cuidadosamente elaborados -Pasztor ofreció a su invitada una cestita llena de panecillos recién cocidos y crujientes-. Aún nos sentamos juntos, el varón y la hembra, y nos limitamos a charlar.

-No niego, Mihaly, que tiene usted una mesa excelente, aunque todavía no me ha tumbado en el suelo. Pero esta comida resulta ahora un anacronismo fuertemente reprobado por el Gobierno, que desaconseja tomar productos básicos libremente, y alimentos y bebidas preparadas por el hombre. Además, esta exquisita comida es el producto final de un número de factores que tienen apenas un ligero contacto con la verdadera civilización. Me refiero a esos pescadores acurrucados en sus botes, a los granjeros que sudan trabajando en sus tierras, a las cadenas de hombres de tipo medio menos tolerables que los pescadores y granjeros, a las organizaciones que preparan los artículos o los envasan, al transporte, a los financieros... ¡Mihaly, se está usted riendo de mí!

-Vamos, querida amiga, habla usted de toda esta organización con tanto reparo... Yo la apruebo. *Vive l'organisation*! Déjeme recordarle que las nuevas fábricas de alimentos sintéticos son un triunfo de la organización. En el siglo pasado, como dice usted, no aprobaban las prisiones, pero sin embargo las tenían; en este siglo nos hemos organizado, no tenemos ya esas prisiones. En el siglo pasado no aprobaban la guerra, ciertamente, y con todo, el mundo quedó asolado por tres guerras terribles, la de 1914, la de 1939, y la de 1989. En este siglo nos hemos organizado y mantenemos nuestras guerras en Charon, el planeta más lejano, fuera de todo peligro inmediato. Si eso no es la civilización, yo estoy dispuesto a aceptarla como su mejor sustituto.

-Así lo hacemos todos. Pero puede que sólo sea un sustituto creado por el hombre. Dése cuenta de que cualquier cosa que hagamos es siempre a expensas de algo o de alguien.

-Yo acepto agradecido su sacrificio. ¿Cómo tomará su filete, Hilary?

-Oh, un poco pasado, por favor. No me gusta la sensación de que estoy tragando sangre ni tejidos animales. Lo único que intento decir es que tal vez nuestra civilización no esté construida para lo mejor, sino para lo peor; levantada sobre el temor o sobre la codicia. ¿Puedo tomar un poco más de vino? Quizás otras especies tengan una idea distinta de la

Librodot

civilización, construida sobre la simpatía, un sentimiento de aproximación sentimental y afectiva sobre todas las cosas. Tal vez esos extraterrestres...

Pasztor oprimió un botón al pie del fogón y la porcelana y el hemisferio de cristal se deslizó dentro de otro hemisferio de bronce. Extrajo los filetes. ¡Otra vez los extraterrestres! ¡Ah, la señora Warhoon estaba en baja forma aquella noche! La cocina automática depositó dos platos calientes y Pasztor sirvió la comida sin prestar atención a lo que decía la señora Warhoon. "Autointerés ilustrado", pensó Pasztor. Aquello era lo máximo que uno podía o debía esperar de cualquiera; cuando uno tropezaba con una persona altruista había que tener cuidado de que no se tratara de un enfermo o un truhán. Tal vez las personas como la señora Warhoon, que no querían enfrentarse con los hechos, también estaban enfermas, y se les debería alentar para que siguieran una terapia mental en sus casas, como criminales o misioneros fanáticos. Cuando la gente comienza a plantearse cuestiones fundamentales -como la del derecho de un hombre a comer un buen trozo de carne roja si puede permitírselo-, entonces se presentaban los problemas, aunque se piense que tales problemas se deben a una educación superior.

-Bajo los principios de otras especies -seguía diciendo la señora Warhoon- nuestra cultura podría aparecer simplemente como una enfermedad. A lo mejor es esa
enfermedad la que nos impide encontrar la forma de comunicarnos con los extraterrestres, y no por culpa de ellos.

-Querida Hilary, ésa es una interesante teoría. Y puede que tenga oportunidad de ponerla en práctica en gran escala, y pronto.

-¿Ah, sí? ¿Insinúa que alguna otra nave espacial ha encontrado más extraterrestres en el universo?

-No, no es algo tan afortunado como sería eso. Ayer por la mañana recibí una carta de Lattimore que en buena parte ha motivado que la invitase a cenar conmigo esta noche. Los norteamericanos, como sabe, están muy interesados en los ETA. Ha pasado una corriente ininterrumpida de ellos por el Exozoo durante el mes pasado. Están convencidos, y estoy seguro de que Lattimore tiene que ver en esto, de que las cosas no se han llevado con la eficacia con que se hubiera debido. Lattimore ha escrito para decir que su nave de exploración estelar, la "Gansas", ha cambiado de ruta, aunque ese cambio no es todavía oficial. Ha quedado pospuesta la exploración de la Nebulosa del Cangrejo. En cambio, va a dirigirse hacia Clementina para investigar eI planeta de origen de los ETA.

La señora Warhoon dejó momentáneamente de manipular con el tenedor y el cuchillo.

-¿Qué?

-Lattimore irá en ese vuelo como consejero especializado. Su encuentro con usted le impresionó, y espera entusiasmado que se una a ellos como jefe cosmocléctica. Me ha pedido que obtenga su aprobación en principio, antes de encontrarse con usted.

La señora Warhoon se inclinó hacia delante, entre los dos candelabros escandinavos que adornaban la mesa.

-¡Dios mío! -exclamó, mientras sus mejillas se ruborizaban intensamente. A la luz de los candelabros parecía de nuevo una mujer de treinta años.

-Me dice que no será usted la única mujer que vaya en la expedición estelar. También da una cotización aproximada de sus honorarios; que, por cierto, serán fabulosos. Creo que debería usted ir, Hilary. Es una magnífica oportunidad.

Ella puso un codo sobre la mesa y dejó descansar la cabeza sobre la mano. Pasztor pensó que se trataba de un gesto teatral, aunque veía que se hallaba realmente emocionada y excitada. Sus anteriores fantasías volvieron hacia él.

-¡El espacio! Nunca he ido más allá del planeta Venus, usted sabe que eso haría naufragar mi matrimonio, Mihaly. Alfred nunca me lo perdonaría.

Librodot

-Lo siento, Hilary. Tenía entendido que su matrimonio era sólo una cuestión nominal.

La mirada de Hilary se posó sobre unas fotos tomadas con rayos infrarrojos del Cañón de la Conquista, en el planeta Plutón. Apuró su copa de vino.

-No importa. Yo no puedo... En fin, tampoco podría salvarlo. Salir en la "Gansas" sería una clara ruptura con el pasado... Gracias a la providencia, en ese aspecto nosotros somos bastante más civilizados que nuestros abuelos y no estamos implicados en las leyes del divorcio. ¿Debería marcharme en la "Gansas", Mihaly? ¿Qué opina? Usted sabe que hay muy pocos hombres de los que pueda tomar consejo, aparte de usted.

La suave curva de su cintura, el incierto resplandor de la luz de los candelabros en sus cabellos y su atractivo aspecto ayudaron a Pasztor a preparar su mente eslava. Se levantó, dio una vuelta alrededor de la mesa y puso sus manos sobre los desnudos hombros de Hilary.

-Querida Hilary, se debe usted a sí misma. Sabe que no es únicamente una brillante oportunidad profesional lo que se le ofrece; en nuestro tiempo no somos humanos adultos hasta que nos hemos enfrentado al espacio profundo.

-Bueno, bueno, Mihaly. Conozco su reputación y por tecnivisión me prometió que me llevaría a ver la nueva comedia. ¿No deberíamos marcharnos ya?

Se volvió en la silla, apartándose de Pasztor de modo que éste se vio obligado a retirarse. Con toda la delicadeza que pudo mostrar, dadas las circunstancias, Pasztor sugirió que, efectivamente, deberían irse caminando, puesto que el teatro estaba a la vuelta de la esquina, y además resultaba imposible en aquel año de guerra conseguir un taxi por la noche.

-Voy a arreglarme un poco para salir a la calle -dijo ella dirigiéndose hacia el pequeño tocador. Cerró la puerta por dentro y observó su rostro en el espejo. Comprobó con satisfacción el ligero rubor extendido por las suaves mejillas. No era la primera vez que Mihaly intentaba algo parecido con ella; pero no sería una presa fácil, ya que era bien [*falta*] sabido que Mihaly tenía una amante y el hecho [*falta*] de que estuviese ocasionalmente de vacaciones, no era razón suficiente para aceptar el puesto de suplente.

Los hombres disfrutaban de una vida envidiable. Ellos podían conseguir sus caprichos más fácilmente que las mujeres. Pero ella tenía allí la oportunidad de realizar algo más fuerte e importante que un mero capricho: el deseo de ver los planetas distantes del universo. El hecho de que Briant Lattimore estuviese en la "Gansas" era también incidental, pero hacía el proyecto mucho más excitante.

Delicadamente, levantó primero el brazo izquierdo, luego el derecho, y husmeó inquisitivamente sus axilas. Estaban bien pero, sin embargo, se puso un poco de desodorante.

Aquellas pequeñas glándulas de las axilas eran las únicas del cuerpo humano que exhalaban un olor desagradable, aunque otras glándulas y secreciones internas lo emitieran ocasionalmente. Los japoneses y ciertos chinos carecían de tales glándulas y, cuando las tenían, se consideraba como algo patológico. Era extraño... Debería preguntarle a Mihaly al respecto: según se decía, su amante era japonesa o china.

Mientras dejaba vagar sus pensamientos y se empolvaba ligeramente el rostro, contempló cómo se desvanecía el rubor de sus mejillas. A lo mejor no se debía a la emoción, sino al filete de carne que había ingerido antes. Inspeccionó sus pequeños y blanquísimos dientes en perfecta disposición tras sus labios rojos, y le gustó el salvajismo de su sonrisa.

-¡Grrrr... pequeña carnívora! -murmuró.

Después, se aplicó un leve toque de perfume, un perfume exclusivo que contenía ámbar gris, circunstancia que censuró en seguida ya que aquel producto era el residuo no digerido de los calamares y pulpos encontrados en los intestinos de la ballena espermaceti. Se arregló ligeramente el cabello, se colocó su máscara callejera y salió,

espléndida, para encontrarse con Pasztor.

Mihaly ya se había colocado su máscara y juntos salieron a la calle.

La guerra no había mejorado en absoluto la ciudad. Otras grandes ciudades extranjeras habían hecho desaparecer tiempo atrás -o al menos habían tratado de resolver el

problema- los diversos abusos metropolitanos. Londres, sin embargo, sufría una tremenda acumulación de tales abusos.

Montones de ceniza y basuras aparecían esparcidos por la calzada, y los albañales repletos de escombros. La escasez de mano de obra no especializada estaba arruinando la ciudad. Aquella escasez había provocado que muchas calles quedaran cortadas al tráfico, ya que quedaban intransitables, y no había nadie que las reparase. Muchas personas se alegraban en vez de lamentarlo, considerándolo como un alivio, puesto que los peatones preferían cualquier cosa al inmenso tránsito. Mientras Mihaly caminaba con la señora Warhoon, agradecía sardónicamente semejantes regalos de la civilización. Las máscaras les evitaban caer desfallecido a causa de los malos olores y gases resultantes de los automóviles que pasaban rozándoles.

Unos gigantescos anuncios publicitarios cubrían el lugar ocupado anteriormente por un bloque de oficinas que ardió antes de que pudieran llegar los bomberos, a cuatro bloques de distancia, y anunciaban que las vacaciones en el hogar eran divertidas, además de ser de interés nacional, y que la muerte podía convertirse en una inversión financiera legando el propio cuerpo a la Burguess Body Chemical; que la gonorrea estaba fuera de control, y había un gráfico para probarlo, cedido por cortesía del Año Mundial de la Gonorrea. También había un cartel pequeño emitido por MINIGAG, el Ministerio de Gastronomía y Agricultura, proclamando que los alimentos animales causaban la vejez prematura, y que los alimentos fabricados por el hombre no contenían materias tóxicas; afirmación que aclaraban dos fotografías: una con un anciano que sufría un ataque cardíaco y otra que mostraba a una joven tomando alimentos sintéticos.

Por fortuna, la mayor parte del panorama urbano se hallaba envuelto en una decente oscuridad, puesto que los cortes de corriente eléctrica imponían una especie de semiapagones sobre la vida alegre de la ciudad todas las noches.

-Caminando por aquí apenas puedo imaginar cómo será hacerlo en un planeta diferente- dijo la señora Warhoon.

-Desde luego, la vista del universo desde aquí es muy reducida -repuso Pasztor, hablando por encima del rugido de los motores.

-Dentro de dos o tres siglos el género humano tendrá una perspectiva diferente de la vida y las reglas que la rigen. Habrá resumido el universo en el arte, la arquitectura, las costumbres... En todo. En eso todavía somos unos adolescentes. La ciudad es nuestro inhumano terreno de juego. -Hilary señaló entonces el escaparate de una tienda donde se exhibía una enorme motocicleta en forma de nave, resplandeciente como El Dorado-. Es un lugar donde estamos sometidos a los perpetuos ritos de iniciación, a la ordalía por el fuego, las multitudes y el gas. No estamos lo suficientemente maduros para tratar con sus ETA.

Sorprendido, Pasztor pensó que ella debía estar ebria por el vino que tomaran en la cena, un vino auténtico que debió causar efectos, porque Hilary estaba acostumbrada al sintético. Ella continuó charlando mientras él apretaba fuertemente su brazo para que no tropezara con los periódicos viejos que se amontonaban a sus pies.

-Hemos comenzado equivocadamente con esas criaturas, Mihaly, al tratar de someterlas a nuestras leyes en lugar de estudiar las suyas. Tal vez la “Gansas” encuentre más ETA, y entonces podamos entablar contacto en sus propios términos.

-Todavía desconocemos cuáles son sus términos. ¿ Deberíamos respetar su inclinación a vivir sobre sus propios residuos? Podríamos permitir que vayan acumulando eso... Bueno, esa materia, como parecen predispuestos a hacer.

-Ya sabe usted que lo he sugerido así. Aunque es apestoso... el pobre Bodley y su personal tienen que trabajar con ellos...

Mihaly se alegró de haber llegado al teatro.

La representación consistía en una reconstrucción de la era de la Guerra Fría, una versión

Librodot

no musical de *West Side Story* representada con unos fantásticos ropajes anteriores a la Tercera Guerra Mundial. Tanto Mihaly como Hilary disfrutaron con ella; pero su mente estaba ausente, y la de ella, en especial, se recreaba en su incursión al espacio navegando en la "Gansas". Cuando llegó el intermedio, Pasztor se dirigió rápidamente al bar del teatro para evitar enzarzarse en una nueva discusión con Hilary. Al salir del teatro, una vez terminada la función, ella insistió en que debería volver a casa, por lo que Mihaly tuvo que abrirse paso entre los uniformes y trajes de etiqueta para dirigirse al lugar de donde salía el tren local del distrito. Había llovido durante su permanencia en el interior del teatro, y la lluvia había purificado un poco el aire sucio de la ciudad. Unas gotas aceitosas caían sobre ellos, procedentes del río superior, pero todavía la señora Warhoon insistía valientemente en el tema.

-¿Recuerda lo que dijo Wittgenbacher acerca de que nuestra inteligencia podría ser meramente un instinto inclinado hacia el espacio?

-Sí, he pensado en ello.

-¿Cree usted que yo seguiría mi instinto si me uno a la "Gansas"?

Pasztor la miró. Era alta y todavía esbelta. Sus ojos brillaban atractivos detrás de la máscara.

-¿Qué le sucede esta noche, Hilary? ¿Qué quiere que le diga?

-Pues podría usted decirme, por ejemplo, si tengo que ir al espacio para integrarme o realizarme, para convertirme en una mujer más madura, lejos de mi mundo materno y toda esa serie de cosas, o si lo que estoy tratando de hacer es huir de un matrimonio desgraciado, y que sería mejor que me dedicara a recomponerlo.

Un individuo con uniforme de astronauta, que venía tras ella, la miró con súbito interés al percibir sus palabras.

-No la conozco a usted lo bastante bien para contestar a eso -repuso Mihaly.

-Nadie me conoce -dijo ella, sonriendo en actitud de despedida.

Mihaly la había conducido finalmente a la entrada del ascensor que conducía al monobús aéreo del nivel superior. Ella le rozó sus dedos y entró. Pasztor tuvo que bracear para no ser arrastrado también al interior. Se cerraron las puertas y el ascensor se puso en marcha. Pasztor se quedó mirando las luces que se elevaban hasta el nivel del monorraíl. Una gota de agua cayó en su ojo izquierdo. Giróse y emprendió el camino de su casa por las calles solitarias.

De vuelta a su apartamento junto al Exozoo, comenzó a pasear de un lado a otro, pensando. Quitó los restos de la cena, retiró de la mesa los platos y cubiertos y los lanzó a un dispositivo y se quedó contemplando la llama ligera que los desintegraba. Después prosiguió sus paseos de un lado a otro.

Entre la cháchara de Hilary había una pizca de verdad, aunque durante la cena él la había clasificado mentalmente como neurótica. ¿ No era cierto que un hombre enfermo se pasa toda la vida buscando, al igual que lo hace un perro, la hierba áspera para conseguir vomitar y limpiarse el estómago? ¿Qué significaba el epigrama que con tanta frecuencia solía mencionar, respecto a que la civilización no consiste más que en la distancia que separa al hombre de sus excrementos? Estaba mucho más próximo a la verdad el decir que la civilización es la distancia que el hombre ha colocado entre sí mismo y todo lo demás ya que, enquistado profundamente en el concepto de cultura, se encuentra la necesidad de su vida privada. Lejos ya de sus fogatas primitivas, el hombre había inventado las habitaciones cerradas; las barreras, tras de las cuales habían desarrollado sus prácticas más características. La meditación surge de la abstracción, las artes individuales surgen de la artesanía singular, el amor surge del sexo, y el concepto de lo individual surgió de la tribu.

Pero. ¿eran valiosas esas barreras cuando había que enfrentarse a otra cultura? Y una vez más, ¿no sería una de las mayores dificultades para comunicarse con los ETA el hecho de lo difícil que resulta desprenderse de las fuertes cadenas con que su propia cultura aprisiona al hombre?

Pasztor pensó que aquélla era lo que podría denominarse una buena pregunta y, ¡qué diablos!, la tomaría como base de actuación de allí en adelante.

Tomó el ascensor hasta la planta baja. El Exozoo estaba sumido a la oscuridad; sólo el chirrido y la especie de risa sofocada que producía simultáneamente un demoledor de piedras en la Casa Alta-G lanzaba un estremecimiento a la oscuridad. El hombre, aprisionado en su cultura, y tan ansioso de aprisionar a otros animales con él...

Cuando entró en la jaula y se encendieron unas pálidas luces, los dos ETA estaban, al parecer, completamente dormidos. Una de las criaturas con aspecto de lagarto sin cola se encerró inmediatamente en la masa protectora del hombre-rinoceronte, pero la mole de la criatura extraterrestre no se movió lo más mínimo.

Pasztor entró por la puerta lateral y así llegó a la parte trasera de la jaula. Corrió los cerrojos que conducían al interior y se aproximó a los ETA. Aquellas criaturas abrieron los ojos, cuya expresión parecía de infinito cansancio.

-No os preocupéis, amigos. Lamento turbar vuestro descanso, pero cierta señora que se interesa profundamente por vosotros me ha dado, sin pretenderlo, una nueva forma de aproximarme a vosotros. Mirad, amigos. Estoy intentando ser amistoso como veréis.

El director del Exozoo, hablándoles gentilmente, se bajó los pantalones, se agachó junto a ellos, y defecó sobre el suelo de plástico.

-Qué perspicaz fuiste para bautizar este mundo con el nombre de Grudgrodd, cosmopolitano -dijo el tercer politano.

-Ya he explicado varias veces las razones para pensar que no podemos permanecer por más tiempo en Grudgrodd -dijo el sargento cosmopolitano.

Los dos utods se hallaban juntos tumbados confortablemente.

-Y yo sigo diciendo que no creo que el metal pueda fabricarse lo bastante fuerte como para soportar el lanzamiento hacia el reino de las estrellas. No olvides que seguí un curso de fractura metálica cuando era todavía un novicio. Además, el metal no es la materia más adecuada para dar forma a una astronave. Ya sé que no hay que ser demasiado dogmático, pero existen ciertos puntos sobre los cuales es preciso apoyarse, si bien lo hago en consideración a tu categoría y con el debido respeto.

-Puedes decir cuanto quieras. Estoy profundamente convencido de que los Soles Triples no brillarán más sobre los cielos, y que estas delgadas formas vivientes no nos dejarán jamás ver los cielos.

Mientras hablaba, el sargento cosmopolitano volvió una de sus cabezas para observar la delgada forma de vida que llevaba a cabo su función natural a pocos pies de distancia.

Creyó reconocer en aquella forma a una de las que no despertaban con sus hábitos la sensación de disgusto; desde luego no era la que llegaba dispuesta de arrojarle un chorro de agua fría, ni tampoco la que se servía de máquinas y dos asistentes (que sin duda eran los equivalentes del sacerdocio en aquel mundo) intentando palpablemente inducirle junto con el tercer politano a la comunicación.

Aquella delgada forma viviente se incorporó y se arregló las ropas sobre la parte inferior de su cuerpo.

-¡Vaya, esto es muy interesante! -exclamó el politano-. Ello confirma lo que decíamos hace un par de días.

-Así es en muchos aspectos. Tal como pensábamos, tienen dos cabezas igual que nosotros, pero una es para evacuar y la otra para hablar.

-Lo que parece risible es que tengan esas dos piernas para apoyarse surgiendo de la cabeza inferior. Sí, tal vez tienes razón, padre-madre; a pesar de toda lógica, puede que nos hayamos desplazado demasiado lejos de los Soles Triples, ya que es difícil imaginar que exista bajo su influjo esta especie de sórdido disparate. ¿Por qué crees que vienen a efectuar aquí un ritual

de evacuación de excrementos?

El cosmopolitano hizo girar uno de sus dedos con un movimiento de perplejidad.

-Difícilmente puede considerarse esto como un lugar sagrado de siembra. Podría ser que lo haga simplemente para hacernos ver que somos nosotros solamente quienes tenemos el don de la fertilidad. Por otra parte, también podría ser que lo hiciese simplemente por curiosidad, con objeto de observar nuestra reacción. Creo que aquí tenemos un nuevo caso, que nos fuerza a admitir que los modos de pensamiento de estos piernas delgadas son demasiado extraños para que los interpretemos, y que cualquier tentativa de explicación que podamos ofrecer está ligada a lo utodomórfico. Y ahora que estamos en este tema... no quiero alarmarte de ningún modo. No, como cosmopolitano es preciso que guarde esas cosas para mí mismo.

-Por favor, puesto que sólo estamos nosotros dos, tú ya me has transmitido muchas de las cosas que almacena tu rica mente y que de otro modo no me las habrías dicho, continúa hablando, te lo suplico.

La extraña forma viviente seguía cerca, observando. Incapaz de conservar por más tiempo la tranquilidad. Ignorándole, el cosmopolitano comenzó a hablar con precaución, ya que conocía el peligroso terreno que estaba pisando. Cuando uno de sus grorgs comenzó a arrastrarse bajo su vientre, la extraña forma de vida se echó hacia atrás con una firmeza que le sorprendió.

-No quiero que te alarmes por cuanto voy a decirte, hijo; aunque al principio me parezca a alguien que va a enfrentarse a los mismísimos fundamentos de nuestra creencia. ¿Recuerdas el momento en que los piernas delgadas vinieron hasta nosotros en la oscuridad cuando nos encontrábamos en el sumidero junto a la nave del reino de
las estrellas?

-Aunque parece que ha transcurrido mucho tiempo, no lo he olvidado.

-Los piernas delgadas vinieron hacia nosotros e inmediatamente trasladaron a los

otros a su fase de carroña. -Lo recuerdo. Al principio me quedé perplejo. Me coloqué cerca de

ti.

-¿Y después?

-Cuando nos llevaron a su máquina con ruedas al alto objeto metálico del que tú dijiste que podría tratarse de una nave del reino de las estrellas, yo estaba tan sobrecogido por la vergüenza que no pude elegir continuar dentro del ciclo utod-ammp, ni tener otras impresiones.

El piernas delgadas estaba haciendo señales con la boca de su cabeza superior, pero ellos utilizaban una escala auditiva más alta, como hacían para discutir aspectos
personales, y le ignoraron de allí en adelante.

El sagrado cosmopolitano continuó:

-Hijo mío, me resulta difícil decirlo, puesto que nuestro lenguaje no tiene naturalmente los conceptos apropiados, pero esas formas de vida pueden ser tan extrañas en pensamiento como lo son en la forma corporal. No precisamente en sus pensamientos superiores, sino en la totalidad de su constitución psicológica. Durante un buen rato yo sentí, como has dicho hace un momento, una especie de vergüenza de que nuestros seis compañeros hubieran sido escogidos para su traslado mientras que nosotros no. Pero suponiendo, Blug Lugug, que esas formas vivientes no ejerciten la capacidad de la elección, es de suponer también que nos han trasladado al azar.

-¿Al azar? Me sorprende escuchar de ti tan vulgar palabra, cosmopolitano. La caída de una hoja o de una gota de lluvia puede ser... bueno, casualidad, pero con formas vivientes elevadas, cualquiera mayor que un montón de barro, el hecho de que ellos forman parte de los ciclos mentales, impide toda casualidad.

-Eso es aplicable a los seres existentes sobre los mundos bañados por la luz de los Soles Triples. Pero estas criaturas de Grudgrodd, esos piernas delgadas, pueden formar parte de una norma distinta y conflictiva.

Librodot

En aquel momento se ausentó el piernas delgadas. Tras desaparecer, la luz del recinto se apagó. Al cosmopolitano no le interesaban en absoluto aquellos fenómenos poco importantes, por lo que continuó su disertación.

-Lo que quiero decir es que esas criaturas puede que no tengan intenciones de ayudarnos en algunos aspectos. Hay una palabra de la época de la Revolución que resulta útil aquí; esos piernas delgadas pueden ser malos. ¿Conoces esa palabra por los estudios que has realizado?

-Es una especie de enfermedad, ¿no es cierto? -preguntó el politano, recordando los años en que se revolcaba en los laberintos de su preparación mental, en la época de la estrella Blanca Bienvenida.

-Bueno, es una especie de enfermedad. Intuyo que estos piernas delgadas son malos de un modo más saludable.

-¿Es ésa la causa por la que no has querido que nos comunicásemos con ellos?

-Ciertamente, no. No estoy más preparado para conversar con esos extraños desprovisto de mi sumidero, que ellos probablemente si se les separa de los materiales corporales que les cubren. Al final, cuando ellos perciban este hecho rudimentario, tal vez podamos hablarles, aunque sospecho que su cerebro tiene que ser tan limitado como sugiere la banda espectral de su voz. Pero no llegaremos a ninguna parte hasta que se den cuenta de que tenemos ciertos requerimientos básicos; una vez se hayan apercibido de esto puede que valga la pena hablar con ellos.

-Pero ese... esa cuestión de lo malo... Me alarma que pienses así.

-Hijo, cuanto más pienso en lo que ha ocurrido, más forzado me siento a considerarlo así.

Blug Lugug, que durante ciento ocho años había sido conocido como el tercer politano, cayó en un silencio atormentado.

Cada vez recordaba más respecto a lo malo.

En la Edad de la Revolución había existido lo malo. Aunque los utod vivían mil cien años, la Edad de la Revolución había terminado hacía tres mil generaciones; y, con todo, sus efectos subsistían en la vida diaria de Dapdrof.

Al comienzo de aquella asombrosa edad nació Manna Warun. Resultaba significativo que hubiese sido incubado durante un desarreglo solar orbital entrópico particularmente cataclísmico, el mismo esod, de hecho, durante el cual Dapdrof al cambiar desde Azafrán Sonriente a Ceñudo Amarillo, había perdido su pequeña luna, Woback, que ahora continuaba su curso cósmico excéntrico en solitario.

Manna Warun había reunido discípulos y abandonado los tradicionales sumideros y otras costumbres de su pueblo. Su banda se dirigió hacia los desiertos para pasar allí muchos años desarrollando y puliendo las antiguas habilidades de los utods. Algunos de los de su grupo le abandonaron, pero otros se le unieron. Y allí permanecieron durante ciento setenta y cinco años, según contaban los viejos relatos sacerdotales.

Durante aquel tiempo crearon lo que Manna Warun llamó “una revolución industrial”. Aprendieron a fabricar muchos más metales de los que conocían sus contemporáneos: metales duros que podían adquirir una extrema finura, y transportar nuevas formas de potencia a lo largo de las longitudes. Los revolucionarios se burlaron de la forma en que caminaban sobre sus seis pies. Entonces cabalgaban en varias clases de vehículos, o volaban por el aire en otros ingenios provistos de alas. Así lo decían las antiguas leyendas, aunque sin duda debió gustarles exagerar un tanto.

Pero cuando los revolucionarios volvieron a mezclarse con su pueblo, intentando convertirles en las nuevas doctrinas, una característica de sus vidas, en particular, parecía extraña: predicaban -y practicaban dramáticamente- lo que llamaban “la limpieza”.

La masa del pueblo (si había que creer los viejos informes de la época) aceptaba de buen grado la mayor parte de las innovaciones propuestas. Les complacía particularmente la noción de que la maternidad podría facilitarse introduciendo uno o más sistemas que abolirían la crianza mental; la infancia de un utod duraba más de cincuenta años, y durante este tiempo

Librodot

una madre estaba comprometida a educar a su hijo, enseñándole las complicadas leyes, la historia y los hábitos de la raza. Los revolucionarios enseñaron que tal función podría ser delegada en unos mecanismos. Pero la “limpieza” era algo totalmente diferente, una auténtica revolución.

El concepto de la limpieza era algo muy difícil de comprender porque atacaba las mismísimas raíces del ser. Sugería que los cálidos bancos de barro en donde el utod había evolucionado deberían ser abandonados y que los sumideros y estercoleros que eran sustitutos efectivos del barro serían igualmente abandonados. También se prescindiría de aquellos grorgs devoradores de parásitos que habían sido tradicionalmente los compañeros de los utods.

Manna y sus discípulos demostraron que era posible vivir prescindiendo de todas aquellas lujosas comodidades (“suciedad” era otro término que utilizaban para indicarlas). La limpieza era una evidencia del progreso. En la moderna edad revolucionaria el barro era malo.

De aquel modo, los revolucionarios habían transformado la necesidad en virtud. Trabajaban y actuaban en los desiertos, lejos de los sumideros cenagosos y de los refugios ammps, donde el cieno y el líquido eran muy escasos. En medio de aquella austeridad había nacido su credo austero.

Y siguieron hacia delante. Una vez comenzado, Manna Warun desarrolló su programa atacando las creencias establecidas de los utods. Le ayudó en aquella tarea su principal discípulo, Creezeazs. Creezeazs negó que los espíritus de los utods nacieran en los cuerpos infantiles de los ammps, y negó asimismo que el estadio de carroña siguiera a la fase corporal. O, más bien, no negó que los elementos corporales del estadio corpóreo fuesen absorbidos por el barro, para surgir de nuevo en los ammps, pero afirmaba que no existía ninguna transferencia similar para el espíritu. No tenía prueba alguna de ello. Era simplemente una declaración emocional, dirigida a conseguir que el utod se apartase de sus hábitos naturales; pero, con todo, encontró discípulos que le creyeron.

Entre los creyentes comenzaron a desarrollarse unas extrañas leyes morales, prohibiciones e inhibiciones. No podía negarse, sin embargo, que tenían poder. Las ciudades del desierto a las que se retiraron brillaban luminosas en la oscuridad. Cultivaron las tierras con extraños métodos, y obtuvieron de ellas extraños frutos. Comenzaron a cubrir sus orificios casspu. Cambiaron de varones a hembras en proporciones sin precedentes, satisfaciéndose ellos mismos, sin procrear.

Hicieron toda aquello y mucho más. No era, sin embargo evidente que fuesen más felices, aunque no predicaban la felicidad; sus charlas se relacionaban más con los deberes y derechos, y versaban sobre lo que ellos consideraban bueno o malo.

Los revolucionarios lograron en sus ciudades una gran cosa que hizo volar la imaginación de todos.

Los utods tenían muchas cualidades poéticas, como lo demostraba su vastísimo acervo cultural de cuentos, relatos épicos, cantos y narraciones. Aquella característica de la raza quedó afectada cuando los revolucionarios construyeron parte de su maquinaria en un antiguo semillero ammp y lo condujeron más allá de los cielos visibles. Manna Warun se embarcó en ella.

Desde los tiempos prememoriales, antes de que la crianza mental hubiera hecho de la raza de los utods lo que era, los semilleros ammp se habían utilizado para botes en los cuales embarcarse hacia lugares menos superpoblados de Dapdrof. Partir hacia mundos menos superpoblados tenía en sí mismo una loca adecuación. En los sumideros, los complicados nexos de las viejas familias comenzaron a tener la sensación de que tal vez, después de todo, la limpieza tenía su importancia. Los quince mundos que circulaban alrededor de los seis planetas del Grupo Patrio eran todos visibles en varias ocasiones y a simple vista; de aquí que fuesen conocidos y admirados. Para experimentar la excitación de visitarlos, podría incluso valer la pena renunciar a la “suciedad”.

Librodot

La gente, tanto neófitos como apóstatas, comenzó a trasladarse a las ciudades de los desiertos.

Y entonces ocurrió algo singular.

Comenzó a correr la noticia de que Manna Warun no era todo lo que él pretendía ser. Se decía, por ejemplo, que con frecuencia se escapaba en secreto para revolcarse en un sumidero escondido. Los rumores fueron extendiéndose y cobrando intensidad. Por supuesto, Manna Warun no estaba allí para negarlo.

A medida que se extendían tales rumores, la gente comenzó a preguntarse cuándo Creezeazs saldría al paso para limpiar el nombre de su jefe.

Finalmente lo hizo, y con lágrimas en los ojos, hablando sólo por sus orificios ockpu, admitió que las historias y rumores que circulaban por doquier eran ciertas. Manna era un pecador, un tirano, un bañista de lodo. Carecía de cualquiera de las virtudes que había exigido de los demás. De hecho, aunque otros -su amigo y verdadero discípulo Creezeazs en particular- habían hecho todo cuanto estuvo a su alcance para detenerle, Manna se había encaminado hacia lo malo. Y ahora que la triste historia había surgido a la superficie, no había nada que hacer: Manna Waru tendría que marcharse. Se trataba del interés público. Por supuesto, nadie se alegraría de ello, pero era un deber. El pueblo tenía derecho a ser protegido, ya que de otro modo, lo bueno sería destruido por lo malo.

A ningún utod le gustaba todo aquello, aunque comprendían el punto de vista de Creezeazs. Manna tenía que ser expulsado. Cuando el profeta volvió de las estrellas, se formó un comité de recepción para esperarle en el campo de la nave del reino de las estrellas.

Antes de que la nave aterrizara surgió el tumulto. Un utod, cuya piel brillante le delató como un higiénico (como el Cuerpo Revolucionario se denominaba corrientemente) saltó a la plataforma. Sacó fuera sus seis miembros y gritó, con una voz parecida al tremendo silbido de una fuente de vapor, que Creezeazs había estado mintiendo respecto a Manna para servir a sus propios intereses. Todos los que siguieran a Creezeazs eran traidores.

En aquel momento sucedió algo sin precedentes, mientras la nave del reino de las estrellas flotaba todavía en el cielo: estalló la lucha y un utod, utilizando un agudo bastón de metal, precipitó a Creezeazs en el siguiente estadio de su ciclo utod-ammp.

-¡Creezeazs! -exclamó el tercer politano.

-¿Qué te hace pronunciar ese nombre desgraciado? -preguntó el cosmopolitano.

-Estaba pensando en la Edad de la Revolución. Creezeazs fue el primer utod en nuestra historia empujado hacia el ciclo utod-ammp sin buena voluntad -respondió Blug Lugug, retornando al presente.

-Aquéllos fueron malos tiempos. Pero puede que esos piernas delgadas, por el hecho de disfrutar de la limpieza, también empujen a la gente a recorrer su ciclo sin buena voluntad. Como digo, son malos de un modo saludable. Nosotros somos sus víctimas por azar.

Blug Lugug retiró sus miembros cuanto le fue posible. Cerró los ojos, obstruyó sus orificios y procuró adoptar en su apariencia externa la forma de una enorme salchicha extraterrestre. De aquel modo expresaba su alarma sacerdotal.

No había nada en su situación que justificara el lenguaje extremado del cosmopolitano. Era cierto que podría adquirir tintes más bien sombríos si tuvieran que quedarse aún por algún tiempo; necesitaban un cambio de escenario en cinco años, más
o menos. Resultaba impensable la forma en que aquellos piernas delgadas suprimían los signos de su fertilidad. Pero, por otra parte, mostraban la evidencia de su buena voluntad: les suministraban alimentos, y pronto aprendieron a distinguir lo que les disgustaba. Con tiempo y paciencia aprenderían otras cosas útiles.

Por otra parte, estaba aquella cuestión de lo malo. Era muy posible que los piernas delgadas padecieron la misma clase de locura que existió en Dapdrof en la Edad de la Revolución. Con todo, era absurdo pretender que por más extraños que pudieran ser, los

Librodot

piernas delgadas no tuvieran un ciclo evolutivo equivalente al ciclo utod-ammp; y era tan fundamental que les habría causado un profundo respeto; en su estilo peculiar, naturalmente.

Y había otra cosa: la Edad de la Revolución fue una extravagancia, un simple relámpago en el tiempo, que duró solamente quinientos años, la mitad de la duración normal de una vida, dentro de los cientos de millones de años que abarcaba la memoria de los utod-ammps. Sería una tremenda coincidencia que los piernas delgadas tuvieran que sufrir los mismos problemas en aquel momento.

Era notorio que la gente que utilizaba palabras violentas tales como malo y víctima del azar, las mismas palabras de la locura, rayaban por su parte en la locura. Y así, el sagrado cosmopolitano...

El politano se estremeció ante aquel pensamiento. Su gran afecto por el cosmopolitano era aún más profundo porque el anciano utod, durante una de sus fases de hembra, había hecho de madre para él. Ahora necesitaba el consuelo de otros miembros de su sumidero; claramente era ya hora de regresar a Dapdrof.

Aquello significaba que tendrían que hablar con aquellos extraños y urgir su retorno. El cosmopolitano -con mucha razón- había prohibido la comunicación como una cuestión de honor; pero cada vez más era preciso hacer algo. Blug Lugug pensó que tal vez él podría conseguir acercarse a alguno de aquellos extraños e intentar convencerle del sentido de sus propósitos. No sería demasiado difícil; había memorizado todas las frases pronunciadas en su presencia desde que llegó en aquel objeto metálico y, aunque carecían de sentido para él, quizá pudiera utilizarlas de algún modo.

Utilizando uno de sus orificios ockpu, dijo:

-Wilfred, ¿no tendrías por casualidad un destornillador en los bolsillos?

-¿Qué es eso? -preguntó el cosmopolitano.

-Nada. Es la forma de hablar de los piernas delgadas.

Sumergiéndose en un silencio que le mantuvo menos apenado que de costumbre, el tercer politano se puso a pensar en la Edad de la Revolución, por si encontraba algún paralelo útil con el caso presente.

Con la muerte de Creezeazs y el retorno de Manna Warun, comenzaron más problemas y dificultades. Fue entonces cuando creció lo malo hasta el punto máximo. Un gran número de utods fueron arrojados, sin buena voluntad, a la fase siguiente de su ciclo. Manna, por supuesto, volvió de su vuelo en la nave del reino de las estrellas, muy ofendido al encontrarse con que las cosas se habían puesto en contra de las ciudades de los desiertos.

Se comportó con más rigor que antes. Su gente tuvo que renunciar totalmente al baño en el cieno; a cambio se suministró agua en todas las viviendas. Tuvieron que mantener cubiertos sus orificios casspu. Quedaron prohibidos los aceites para la piel. Se exigió la creación de grandes industrias, y así sucesivamente.

Pero las semillas de la insatisfacción habían sido muy bien sembradas por Creezeazs y sus seguidores, y siguieron los derramamientos de sangre. Muchos retornaron a sus ancestrales sumideros, abandonando lentamente las ciudades y los desiertos, que cayeron en la ruina mientras luchaban unos con otros. Todo el mundo lo lamentó, puesto que sentía una auténtica admiración por Manna que nada podía conseguir.

Su viaje por las estrellas en particular fue ampliamente debatido y alabado. Incluso en aquel período, se amplió mucho el conocimiento de los cuerpos celestes conocidos en el Grupo Patrio, y en especial el de los tres soles: Roca Bienvenida, Azafrán Sonriente y Ceñudo Amarillo, alrededor de cada uno de los cuales Dapdrof orbitaba por fin cuando un esod seguía a otro. Aquellos soles, y los restantes planetas del grupo, eran tan familiares -y tan extraños- para la gente como las Montañas Circumpolares del Shukshukkun septentrional de Dapdrof.

Cualesquiera que fuesen las desgracias traídas por la Edad de la Revolución, ésta había brindado, sin duda, la oportunidad de investigar aquellos otros lugares. Era la oportunidad que

Librodot

el utod corriente deseaba.

Los higiénicos ejercían el control de todo viaje por el reino de las estrellas. Las masas de los no conversos, que peregrinaban desde todos los puntos del globo hacia las ciudades de los desiertos, encontraron que podían participar en las nuevas exploraciones de otros mundos, bajo una de dos condiciones: convertirse a las duras disciplinas de Manna Warun, o extraer de las minas los materiales precisos para construir y aprovisionar de combustible los motores de las naves. La mayor parte, prefirió esta última.

La minería resultaba fácil; ¿acaso el utod no había evolucionado a partir de las criaturas que habitaban en madrigueras, parecidas al topo haprafruf del barro? Excavaron gustosamente los minerales, y pronto el proceso completo de construir las naves estelares se convirtió en una rutina; casi tanto como las artes populares de tejer, niquelar
o cualquier otra. El viaje estelar se convirtió así en algo igualmente informal, particularmente cuando se descubrió que los Triples Soles y sus tres vecinos cercanos contenían otros siete mundos en los que se podía vivir tan felizmente como en Dapdrof.

Después, vino un tiempo en que la vida resultaba, ciertamente, más agradable en alguno de los otros mundos, como por ejemplo en Buskey y en Clabshub, donde el sistema utod ammp quedó rápidamente establecido. Entre tanto, los higiénicos se escindieron en sectas rivales, la de aquellos que retraían todos sus miembros y los que consideraban el hecho como inmoral. Finalmente, estallaron las tres guerras nucleares del Sabio Comportamiento, y la grata faz del planeta patrio tuvo que soportar un bombardeo duramente antihigiénico que destrozó muchísimas millas de bosques que habían sido cuidadosamente atendidos, así como terrenos de marismas y ciénagas, lo cual cambió realmente las condiciones climáticas durante un período de casi un siglo.

Los cataclismos subsiguientes sufridos por el clima fueron seguidos por una cadena de terribles inviernos, que terminaron con las guerras del modo más radical: convirtiendo al estadio de carroña a casi todos los higiénicos supervivientes, sin importar su credo. También desapareció el propio Manna, cuyo fin nunca se conoció bien, aunque, según la leyenda, un ammp particularmente hermoso que vivía en medio de las ruinas de la mayor de las ciudades de los desiertos constituía la siguiente fase de su existencia. Lentamente fueron retornando los antiguos y más razonables modos de existencia.

Ayudada por los utods que volvían de otros planetas, la población autóctona fue restableciéndose. Se reconstruyeron las ciénagas, se restauraron las marismas y volvieron a introducirse los sumideros sometidos a las pautas tradicionales; los ammps se implantaron por doquier. Las ciudades de los desiertos fueron condenadas a la decadencia y nadie volvió a interesarse más por la ética de la limpieza. La ley y la basura quedaron restablecidas.

Con todo, cualquiera que fuese el precio que se pagó por ella, la revolución industrial había aportado sus frutos y no se permitió que todos ellos murieran. Las técnicas básicas necesarias para el mantenimiento del viaje estelar pasaron al antiguo sacerdocio dedicado a mantener la felicidad del pueblo. El sacerdocio simplificó las prácticas ya suavizadas por el hábito y convertidas casi en rituales, y vieron que aquellas técnicas se transmitían de madre a hijo por la crianza mental, y con el resto de la cultura racial.

Todo aquello quedaba ya a tres mil generaciones y casi doscientos esod de distancia. Mediante las disciplinas de la fuerza mental, sus líneas generales permanecieron claras. En los cerebros de Blug Lugug estaba vívamente presente el recuerdo de las horribles enseñanzas de Manna y los higiénicos. Se sentía orgulloso de ser el más inmundo y saludable de su generación de sacerdotes. Y sabía, por las absurdas frases de condena moral que el cosmopolitano había pronunciado, que la limpieza infligida a su anciano cuerpo por las piernas delgadas estaba afectando a sus cerebros. Había llegado el momento de hacer algo.

Un sabio norteamericano del siglo XIX acuñó una frase que desde entonces se utilizó con

Librodot

gran éxito en las envolturas de cada tableta de Hipersueño Feliz: "*La masa de los hombres está viviendo una vida de tranquila desesperación*". Thoreau acertó, evidentemente, cuando observó esa ansiedad e incluso la miseria alimentada en el pecho de aquellos que con frecuencia muestran una mayor preocupación por aparentar felicidad. Con todo, la condición de la naturaleza humana es tal, que lo contrario aparece igualmente como verdadero y, bajo condiciones consideradas comúnmente como más adecuadas para engendrar miseria, un hombre puede llevar una vida de tranquila felicidad.

Las puertas de la prisión de San Albano se abrieron de par en par para dejar salir el autobús de la institución penitenciaria. Pasó bajo el letrero de aluminio colocado sobre el portal, donde se leía "*Comprender es perdonar*", y se dirigió hacia la región de la metrópolis denominada Ghetto Gay.

Aquel era el nombre con que se conocía más generalmente la zona. Sus habitantes la llamaban Las Castañuelas o Joburg, El País de las Maravillas o la Ciudad de los Novatos o le daban cualquier otro nombre menos afortunado que se les ocurriera. La zona había sido establecida por un Gobierno bastante ilustrado como para darse cuenta de que algunos hombres, aunque lejos de tener intenciones criminales, eran incapaces de vivir dentro del marco establecido de la civilización (lo que equivalía a decir que no compartían los objetivos ni los incentivos de la mayoría de los ciudadanos, lo que, a su vez, significaba también que no veían la finalidad de trabajar desde las diez hasta las cuatro, día tras día, por el privilegio de mantener a una mujer en matrimonio y a un determinado número de hijos).

Este grupo de hombres, que comprendía a los genios y los neuróticos en iguales proporciones (y frecuentemente bajo una misma anatomía) tenía permiso para establecerse dentro del Ghetto Gay. Éste, al no estar supervisado en modo alguno por las fuerzas de la ley, pronto se convirtió en un terreno de cultivo apropiado para criminales. Se formó así una sociedad única dentro de la ruinosa milla cuadrada de aquella reserva humana; sociedad que miraba hacia la monstruosa maquinaria que existía más allá de sus muros con la misma mezcla de temor y desaprobación moral con que la monstruosa maquinaria miraba hacia ella.

El coche de la prisión se detuvo al final de una empinada calle de ladrillo. Los dos prisioneros que habían dejado en libertad, Rodney Walthamstone y su ex compañero de celda, saltaron fuera. En seguida. el automóvil dio la vuelta y se alejó, mientras se cerraban automáticamente las puertas traseras.

Walthamstone miró en torno suyo con desasosiego. Las melancólicas casas de muñecas a ambos lados de la calle parecían esconder sus fachadas detrás de verjas ensuciadas por los perros, apartando su contemplación de la fila de escombros que

5
7

comenzaba donde ellas terminaban. Más allá de los escombros se levantaba el muro del Ghetto Gay. Sólo en parte era realmente una pared, el resto estaba constituido por pequeñas casas viejas sobre las que se había vertido cemento hasta que quedaron sólidamente unidas.

-¿Es esto? -preguntó Walthamstone.

-Sí, es esto, Wal. Esto es la libertad. Aquí podemos vivir sin que nadie nos moleste.

El sol de la mañana, un viejo embaucador de dientes hacia afuera, derramaba su oro fugaz, rompiendo las sombras en aquel inhóspito flanco del Ghetto, de Joburg, del Paraíso, del monte de los Granujas, de la calle del Misterio o de los Fracasados. Tid se dirigió hacia allí y, al ver que Walthamstone vacilaba, le agarró de la mano y tiró de él.

-Debería haber escrito a mi vieja tía Flo y a Harry Quilter y decirles lo que voy a hacer -dijo Walthamstone.

Se encontraba entre la vida pasada y la nueva y, naturalmente, tenía miedo. Aunque Tid tenía su misma edad, estaba mucho más seguro de sí mismo.

-Ya pensarás en eso más tarde -le dijo Tid.

-Había otros individuos en la nave estelar...

-Como te he dicho, Wal, sólo los novatos se alistan en las naves espaciales. Tengo un primo, Jack, que firmó para ir a Charon; y allí lo tienes, preso en aquella miserable bola de billar luchando contra los brasileños. Vamos, Wal.

Y de nuevo le sujetó fuertemente la muñeca.

-Tal vez soy un estúpido. Tal vez lo he mezclado todo en la cárcel -dijo Walthamstone.

-Eso es lo que se espera de la cárcel.

-Mi pobre tía... Ella ha sido siempre muy cariñosa conmigo.

-No me hagas llorar. Ya sabes que yo también seré cariñoso contigo.

Renunciando al penoso trabajo de explicarse a sí mismo, Walthamstone siguió hacia delante, conducido como un alma perdida hacia la entrada del averno. Pero la subida a aquel averno no era fácil. No existían portales abiertos de par en par. Treparon por los escombros y desperdicios hacia las casas sólidas.

La puerta de una de las casas crujió al abrirse cuando Tid tiró de ella. Una lengua de luz penetró con ellos, que miraron desconfiadamente el interior. El cemento solidificado había formado una especie de chimenea con peldaños a un lado. Tid comenzó a trepar sin dirigir palabra alguna a su amigo. Walthamstone, al no tener otra opción, le siguió.

En la oscuridad, observó la existencia de diminutas cuevas, algunas tan pequeñas como una boca abierta. Allí había huellas y burbujas, parches y abultamientos, todo formado por un elemento líquido que había sido inyectado desde arriba para endurecer toda la estructura de la vieja casa.

La chimenea les llevó hacia una ventana superior de la parte trasera. Tid dejó escapar un grito de alegría y se volvió para ayudar a Walthamstone.

Se sentaron sobre el antepecho de la ventana. Desde allí el terreno se inclinaba hacia abajo, formando un terraplén sin otro propósito aparente que servir de terreno abonado para que creciera el perejil, las altas hierbas silvestres y los matojos, tan antiguos como uno pudiera desear. Aquella especie de pequeña jungla urbana estaba dividida por senderos, algunos de los cuales rodeaban las ventanas exteriores de las casas sólidas, y otros conducían al interior del Ghetto. La gente ya se movía por allí. Un chiquillo de unos siete años corría como una cabra loca, completamente desnudo, tocándose con un gorro hecho de papel de periódico y yendo de puerta en puerta. Las antiguas farolas aparecían recubiertas por la pátina del polvo antiguo y la acción del sol.

-¡Mi querida y vieja ciudad de las cabañas! -gritó Tid. Y comenzó a correr por uno de los senderos, con las plantas silvestres cubriéndole hasta las rodillas. Walthamstone vaciló sólo un momento, y luego echó a correr siguiendo a su amante.

Bruce Ainson se puso la chaqueta con un leve aire de desesperación. Enid se hallaba al otro extremo del salón con las manos entrelazadas. Al principio, Ainson pretendía que fuera su esposa quien comenzase a hablar, pero pronto le dijo:

-¡No digas nada!

Ella no tenía ciertamente nada que decir. Ainson la miró de soslayo y sintió una súbita compasión.

-No te preocupes.

Enid sonrió e hizo un gesto de agradecimiento. Bruce Ainson subió, cerrando tras de sí la puerta.

Ya en la calle, colocó las monedas en la ranura del elevador de la esquina, que le subió hasta el nivel del tráfico local. Profundamente abstraído, se sentó en una silla móvil para acceder a la zona de tránsito ininterrumpido, y una vez allí tomó uno de los monobuses robot. Mientras salía disparado para el distante Londres, Ainson volvió a sumergirse en las

emociones que le habían agarrotado y revivió la escena que había tenido con Enid al leer las noticias del periódico.

Sí, se había comportado muy duramente. Pero la verdad era que no habría podido comportarse mejor. Se podía ser tan moral, tan bienintencionado, tan bien controlado, tan inteligente y tan decente como él; pero luego, en un momento, la corriente de los días acababa con todo, como si algo vil y fétido procedente de unas aguas fantasmales e invisibles se viniera encima. Era algo a lo que había que hacer frente y vencer. ¿Por qué tendría que comportarse de forma diferente ante una bestialidad semejante?

El profundo mal humor, que ya había descargado sobre Enid, se fue disipando. Tendría que conducirse mejor ante Mihaly.

¿Por qué la vida tendría que proporcionar tales sinsabores? Sombríamente, reconoció que uno de los impulsos que le habían llevado a estudiar durante años para obtener su diploma de jefe explorador se había debido a la esperanza de encontrar un mundo escondido, fuera del alcance terrestre, entre el inmenso espacio de los tenebrosos años luz; un mundo de seres para quienes la existencia diurna no fuese una carga tan pesada

sobre el espíritu. Deseaba saber cómo estaría formado.

Ahora parecía como si jamás fuese a tener la oportunidad de conseguirlo.

Al llegar hasta el enorme y nuevo cinturón exterior, que circundaba las afueras del gran Londres, Ainson cambió a otro nivel de distrito y se encaminó al edificio donde trabajaba sir Mihaly Pasztor. Diez minutos después esperaba con impaciencia ante la secretaria del director del Exozoo.

-Dudo que pueda verle esta mañana, señor Ainson, ya que no está usted citado.

-¿Qué?

Mirándose indecisa las uñas nacaradas de sus finos dedos la joven desapareció en la oficina interior. Poco después reapareció y se hizo a un lado para dejar paso a Ainson.

5
9

Éste cruzó irritado frente a ella. Era una chica la que siempre había saludado y sonreído con deferencia; la amabilidad con que ella le había respondido no había sido sincera.

-Lamento interrumpirte en un momento en que te encuentras tan ocupado -dijo a Mihaly. Éste no respondió inmediatamente. Luego aseguró a su viejo amigo que todo estaba bien. Se acercó a la ventana y finalmente preguntó:

-¿Qué es lo que te trae por aquí, Bruce? ¿Cómo está Enid?

Ainson ignoró la impertinencia de la segunda pregunta y repuso:

-Ya debes de imaginar qué es lo que me ha traído aquí.

-Es mejor que tú me lo digas.

Ainson sacó un periódico del bolsillo, y lo arrojó sobre la mesa de Pasztor.

-Deberías haber visto este periódico. Esa maldita nave americana, la “Gansas”, o como la llamen, sale la semana próxima para inspeccionar el planeta de los ETA.

-Espero que tengan buena suerte.

-Pero... ¿es que no te das cuenta de la ofensa que eso supone? No he sido invitado

a ir en esa expedición. He estado esperando, día tras día, sus noticias. Pero no han llegado. Seguramente se trata de un error, ¿no crees?

-No creo que se trate de una equivocación, Bruce.

-Comprendo. Entonces, es una ofensa pública.

Ainson se quedó mirando fijamente a su amigo. ¿Era realmente un amigo? ¿No estaría desvirtuando el significado de esa palabra? ¿Eran amigos sólo porque se habían conocido hacía un buen número de años? Ainson había admirado los aspectos positivos del carácter de Pasztor, le había admirado por el éxito de sus tecnidramas, por su éxito como jefe de la

Librodot

primera expedición al planeta Charon. También porque era un hombre de acción. Pero ahora que ahondaba más en el problema comprendía que era solo un aficionado de la acción, la idea lisa y llana de un hombre de acción, una falsa imitación, como revelaba la calma con que desde su seguro puesto en el Exozoo observaba el desconcierto de su amigo.

-Mihaly, aunque soy un año mayor que tú, todavía estoy dispuesto para ostentar un puesto de seguridad en la Tierra; soy un hombre de acción, y aún tengo capacidad para entrar en acción. Puedo decir, sin falsa modestia, que todavía necesitan de hombres como yo en las fronteras del universo conocido. Yo descubrí a los ETA y no lo he olvidado, aunque otros lo hayan hecho. Debería estar en la "Gansas" cuando la nave salga al espacio la semana próxima en vuelo transponencial. Si tú quisieras podrías mover tus influencias y conseguir que yo participe en ese viaje. Te ruego que hagas esto por mí y juro que jamás volveré a pedirte otro favor. No puedo soportar la ofensa de quedar marginado en un momento vital como éste.

Mihaly puso una cara de circunstancias, miró a Ainson y se rascó la barbilla.

-¿Qué te parece un trago, Bruce?

-No, gracias. ¿Por qué insistes siempre en ofrecerme un trago, cuando sabes que no bebo?

-Bien, permíteme que me sirva un poco, aunque no tengo por costumbre beber a estas horas de la mañana -mientras abría las puertas dobles del mueble bar siguió diciendo-: No sé si te sentirás mejor o peor si te digo que no estás solo en ese olvido. Aquí, en el Exozoo, tenemos también nuestras decepciones. No hemos hecho ningún progreso con esos pobres ETA, nada de lo que esperábamos obtener.

-Pues tenía entendido que uno de ellos ha comenzado súbitamente a chapurrear en inglés...

-Sí, chapurrear es la palabra justa. Una serie de frases entrecortadas, con una sorprendente y precisa imitación de las voces que originalmente se las han dirigido. Yo reconocí perfectamente mi propia voz. Por supuesto, todo eso ha sido grabado en cinta magnetofónica. Pero, desgraciadamente, este progreso no ha llegado lo bastante pronto para evitar que todo se venga abajo. Ya he recibido noticias del ministro de Asuntos Extraterrestres en el sentido de que toda la investigación sobre los ETA está próxima a cerrarse.

Ainson estaba un tanto abstraído en sus propios pensamientos, pero al oír esto se quedó perplejo y asombrado.

-¡Por el universo busardiano! ¡No pueden cerrarla!. Tenemos entre manos lo más importante que haya podido ocurrir en toda la historia del hombre. Ellos... Bueno, no lo comprendo. No pueden archivar el caso así como así.

Pasztor se había servido un poco de whisky y lo paladeó con lentitud.

-Desgraciadamente, la actitud del ministro es bastante incomprensible. Estoy tan sorprendido como tú, querido Bruce, por el cariz que han tomado las cosas, pero adivino cómo ha ocurrido. No es fácil hacer que el público en general, incluso el ministro, vean que la cuestión de comprender a otra raza, o incluso decidir cómo tiene que medirse su inteligencia en comparación con la nuestra, es algo que no puede realizarse en un par de meses. Déjame decírtelo brutalmente, Bruce: sospechan que eres indisciplinado e inepto, y la sospecha se ha ido extendiendo como una sensación en el aire, si tú quieres, pero es así, y todos tenemos parte de culpa. Esa sensación ha vuelto la tarea del ministro un

tanto más fácil, eso es todo.

-Pero no puede detener el trabajo que Bodley Temple y los demás están haciendo.

-Fui a verle anoche. Ha detenido todo el trabajo. Esta noche, los ETA serán llevados al Departamento de Exobiología.

-¡A Exobiología! Pero, ¿por qué, Mihaly? ¿Por qué? ¡Esto es una conspiración!

-El ministro razona así, con un optimismo que, personalmente, considero infundado. Dentro de un par de meses, la "Gansas" habrá localizado más ETA. De hecho, todo un planeta lleno de ellos. Se aclararán muchas de las cuestiones básicas, tales como en qué medida están

Librodot

avanzadas esas criaturas. Se obtendrán respuestas y, sobre la base de tales respuestas, se llevará a cabo un nuevo y efectivo intento de comunicar con estas criaturas.

Un fuerte estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Ainson. Aquello confirmaba lo que había estado sospechando acerca de las fuerzas desatadas contra él. Mecánicamente, tomó uno de los cigarrillos de mezcal, lo encendió y, aspiró su fragancia. Su visión se aclaró lentamente.

-Supongamos que todo esto ha sido así; tiene que haber algo más tras la decisión del ministro.

Mihaly se sirvió otro trago.

-Anoche obtuve una deducción muy aproximada. El ministro me dio una razón que, nos guste o no, tenemos que aceptar.

-¿Cuál es esa razón?

-La guerra. Nos hallamos aquí muy confortablemente, y no podemos olvidar la tremenda guerra que el Brasil ha mantenido por tanto tiempo. El Brasil ha capturado la

estación Cinco Cero Tres de Charon y parece que nuestras bajas han sido mucho mayores que las anunciadas. Lo que interesa ahora al Gobierno, mucho más que la posibilidad de comunicarse y hablar con los ETA, es el hecho de que no experimentan el dolor. Si hay alguna sustancia que circula por sus arterias y les confiere una completa analgesia, el Gobierno quiere conocerla. Sería un arma de guerra potencial. Siguiendo ese razonamiento oficial, tenemos que descubrir, por tanto, cómo responden esos seres. Es preciso que hagamos el mejor uso de ellos.

Ainson se frotó la cabeza. ¡La guerra! ¡Más locura! Aquello nunca le había cabido en la cabeza.

-¡Sabía que ocurriría! ¡Sí, tenía que suceder! Así es como van a despedazar a nuestros dos ETA -y su voz chirrió como una puerta de goznes oxidados.

-Van a manipularlos de la manera más refinada. Les insertarán electrodos en sus cerebros para ver si es posible inducir el dolor. Intentarán, igualmente, recalentarlos o enfriarlos. En pocas palabras: tratarán de descubrir si los ETA están realmente libres del dolor y, en caso contrario, comprobar si se debe a una insensibilidad natural o es algo producido por un anticuerpo. Yo he protestado contra todo el programa, pero hubiera sido mejor no haberlo hecho. Estoy tan trastornado como tú.

Ainson apretó vigorosamente un puño contra su estómago.

-Lattimore está detrás de todo esto. ¡Supe que era mi enemigo desde que le vi! No deberías haberle dejado que...

-Oh, vamos, Bruce, no seas tonto. Lattimore no tiene nada que ver con todo esto. ¿No comprendes que esto se produce cada vez que surge algo importante? Son los políticos, no los que sólo disponen del conocimiento, quienes tienen la última palabra. A veces pienso que el género humano está un poco loco.

-Todos están locos. Sólo de imaginar que no me han dejado que vaya en la “Gansas”... ¡Yo he descubierto a las criaturas, las conozco! ¡La “Gansas” me necesita!

Tienes que hacer cuanto puedas, Mihaly. ¡Hazlo por nuestra amistad !

Pasztor meneó la cabeza con aire sombrío.

-No puedo hacer nada por ti. Ya sabes por qué. Yo tampoco gozo ahora del favor del poder público. Tienes que hacerlo por ti mismo, como todos. Además, hay una guerra que continúa adelante.

-Estás utilizando la misma excusa. La gente ha estado siempre contra mí. Lo estuvo mi padre, lo están mi esposa y mi hijo... Y ahora tú. Tenía mejor concepto de ti, Mihaly. Es una deshonra pública que yo no me encuentre a bordo del “Gansas” cuando se lance al vacío. No sé qué debo...

Mihaly se removió inquieto en su asiento, levantó su vaso de whisky y miró fijamente al suelo.

-Bruce, realmente no tenías que haber esperado nada de mi parte. Con el corazón en la mano, sabes muy bien que no se puede esperar nada bueno de nadie.

-No lo esperaré en el futuro. No te imaginas lo amargado que un hombre puede volverse... ¡Dios mío, qué queda entonces digno de vivirse!

Ainson se puso en pie y dejó la colilla del cigarro de mezcal en el cenicero.

-Estoy acabado.

Y en un estado de completo desquiciamiento abandonó la habitación de Pasztor. Pasó sin mirar a la secretaria, aunque con ella no se sentía tan mal como en presencia de aquel engreído húngaro, capaz de contemplar con toda calma el sufrimiento de los demás.

Su pensamiento retrocedió para considerar mejor la situación. Uno no se lanza a la terrible aventura de buscar nuevos planetas, con todo el esfuerzo que ello supone, sólo porque se confía en descubrir algún día una especie de seres para quienes la vida no sea una carga tan pesada; pero la moneda tiene otra cara. Uno se embarca en la aventura porque la vida en la Tierra es un infierno y porque convivir con otros seres humanos es algo terrible.

No era tan maravilloso hallarse a bordo de una nave espacial (aquel bastardo de Bargerone, a quien tenía que culpar de todos los problemas surgidos), pero por lo menos en una nave todo el mundo ocupaba una posición: la que le correspondía; había reglas que obedecer y observar, y en caso contrario existía el castigo. Tal vez aquél fuera el secreto del espíritu explorador. Sí, tal vez aquél había sido siempre el conocimiento existente en los corazones de los grandes exploradores. Por muchos que fueran los peligros del reino de lo desconocido, no eran comparables a los que se escondían en el corazón de los amigos y los miembros de la familia. Eran preferibles los males desconocidos; los que ya se conocían...

Se dirigió a casa con una especie de irritada satisfacción. ¡Jamás habría podido imaginar que las cosas se presentaran así!

Cuando el jefe explorador abandonó su oficina, sir Mihaly Pasztor apuró su vaso, lo dejó sobre la mesa y caminó preocupado hacia la sala contigua a su despacho.

Un joven permanecía sentado en una cómoda butaca. Estaba fumando un mezcal y parecía como si estuviera comiéndoselo. Era un tipo esbelto, con una barba incipiente que le hacía aparentar más edad que sus dieciocho; su rostro inteligente tenía un aspecto sombrío y preocupado cuando se volvió interrogativamente hacia Mihaly.

-Tu padre acaba de marcharse, Aylmer.

-Sí, ya he reconocido su voz. Sonaba tan estentórea como siempre.

Ambos se dirigieron a la oficina.

Aylmer aplastó su cigarro de mezcal en el cenicero de sobremesa.

-¿Qué le ocurre? ¿Es algo que tenga que ver conmigo?

-Pues no, realmente no. Quería que yo hiciese todo lo posible para que le admitan en la "Gansas".

Los ojos de padrino y ahijado se encontraron. El joven rostro de Aylmer esbozó una sonrisa, y ambos estallaron en una sonora carcajada.

-¡Tal padre, tal hijo! Espero que no le hayas dicho que he venido aquí con idéntica pretensión, ¿verdad?

-Por supuesto que no. Ya tiene bastante para sentirse desgraciado por todo el día. Y ahora, jovencito, no te ofendas si te despacho pronto, pero tengo muchísimas cosas que resolver. ¿Estás seguro de que todavía sigues queriendo alistarte en el Cuerpo de Exploración?

-Ya sabes que sí, tío Mihaly. Siento que no puedo permanecer en la Tierra por más tiempo. Mis padres me lo han estado haciendo imposible, por lo menos hasta ahora. Quiero ir al espacio, alejarme.

Mihaly hizo un gesto de asentimiento con simpatía. Había oído expresar aquellos mismos sentimientos con mucha frecuencia, sin desalentarlos nunca, aunque sólo fuera porque, una vez, él mismo los había experimentado. Cuando eres joven nunca se

3

comprueba que no existe la lejanía -incluso la más distante galaxia- lugares sin fin capturados por el ego. Puso algunos documentos sobre la mesa.

-Éstos son los papeles que necesitarás. Un amigo mío, Grant Lattimore, del Consejo de la Fuerza Aérea de la JN, ha explicado las cosas a David Pestalozzi, que capitanea la "Gansas" en este viaje. Puesto que tu padre es muy conocido, será más prudente que te embarques con nombre supuesto. De acuerdo con esto, te llamarás Samuel Melmoth. Espero que no te importe...

-¿Por qué tendría que importarme? Te estoy muy agradecido por haberlo hecho, y no siento ninguna particular simpatía por mi propio nombre.

El joven levantó los puños por encima de la cabeza y lanzó un grito de triunfo.

¡Qué fácil resultaba sentirse excitado cuando se era joven!, pensó Mihaly. Y qué duro mantener una verdadera amistad entre dos generaciones. Con frecuencia era como dos especies distintas haciéndose señales recíprocamente; a través de un abismo.

-¿Qué ocurrió con esa chica con la que andabas mezclado? -preguntó Mihaly a su ahijado.

-Ah, ella... -Por un momento, a sus ojos volvió la mirada sombría de antes-. Fue tiempo perdido.

-Espero que perdones mi curiosidad, Aylmer, pero ¿no fue ella la causa de que tu padre te echara de casa? ¿Qué hicisteis para que tu padre lo considerase algo imperdonable?

Aylmer parecía molesto e intranquilo.

-Vamos, hijo, cuéntamelo -insistió Mihaly, con impaciencia-. Soy un hombre de mentalidad abierta, un hombre de mundo que no se parece a tu padre.

Aylmer sonrió.

-Resulta divertido. Siempre creí que tú y mi padre os parecíais mucho. Tenéis una experiencia parecida en viajes espaciales; ninguno de los dos tomáis alimentos sintéticos, seguís aferrados a comer cosas pasadas de moda, como esos trozos de animal cocido... -Aylmer hizo un gesto de disgusto y continuó-: Pero si eso satisface tu curiosidad, te diré que mi padre llegó una noche a casa, inesperadamente, cuando tenía a mi chica en la cama. La estaba besando entre los muslos, cuando él abrió la puerta. ¡Aquello casi le hizo perder la cabeza! ¿Te sorprende a ti también?

Mihaly desvió la vista y contestó:

-Mi querido Aylmer, lo que me sorprende es que me creas parecido a tu padre. Eso de la comida... ¿no te das cuenta de que generación tras generación nos estamos divorciando cada vez más de la naturaleza? Este deseo exagerado de tomar los alimentos sintéticos, por ejemplo, es la negación de la naturaleza animal del hombre. Somos una mezcla de animal y de espíritu, y negar un lado de nuestra naturaleza es empobrecer el otro.

-Supongo que los hombres de la Edad de Piedra utilizaron ese mismo argumento contra cualquiera que comenzara a cocinar sus alimentos. Pero ahora vivimos en un universo busardiano, y tenemos que pensar de acuerdo con él. Tienes que comprender,
tío, que ya no estamos en condiciones de discutir qué es "natural" y qué no lo es.

-Ah... ¿Y por qué te disgusta que coma... "trozos de animal" ?

-Porque eso va inevitablemente ligado a... Bueno, sencillamente es desagradable.

-Será mejor que te vayas, Aylmer. Tengo que resolver la cuestión de mis dos extraterrestres con los vivisectores. Te deseo lo mejor, hijo.

-Adiós, tío. Te traeremos muchos más para que sigáis experimentando.

Y con aquellas palabras pronunciadas sin pensar, como aliento para su padrino, Aylmer Ainson se guardó los documentos en el bolsillo, hizo un alegre gesto de despedida con la mano y se marchó.

Vista desde el espacio, en una escala acelerada del tiempo, la Tierra y sus habitantes

Librodot

podrían haber sido tomada por un organismo que hubiera sufrido una convulsión. Moviéndose como microbios por las arterias de un cuerpo, las motas humanas se habrían deslizado a sus pasajes de tráfico para converger en diversos puntos del globo, hasta que aquellos puntos comenzaron a parecer como úlceras sobre la superficie de la esfera.

La inflamación iría creciendo, convirtiendo el globo en una masa enfermiza, hasta que se produjese un cambio. Las motas humanas retrocederían hasta un punto central con una apariencia de orden. Este objeto central sería como una pústula, el principio de una infección. Entonces estallaría y saldría disparada al exterior. Como si hubiera sido librada de una intolerable presión, la gente que diera la impresión de motitas a un observador cósmico posiblemente se dispersaría, para volver a reunirse más tarde en otro lugar de infección. Mientras tanto, la burbuja de materia proyectada, haría que el ojo cósmico se apartase de la observación y atendiera a sus propios asuntos.

Aquella particular burbuja de materia proyectada se denominaba “S. S. Gansas”. Este nombre estaba grabado con letras de reluciente berilio de tres yardas de altura en sus costados. Sin embargo, una vez fuera del sistema solar, el nombre se haría completamente ilegible, incluso para el hipotético observador, ya que la nave entraba en vuelo transponencial.

EI vuelo transponencial es una de esas ideas que han estado presentes en el límite de la mente humana desde que el hombre descubrió que podía expresarse con la lengua, y probablemente antes, puesto que el menos poderoso es quien sueña más intensamente con la omnipotencia. Desde un punto de vista semántico, el vuelo transponencial consiste, precisamente, en lo más opuesto al viajar: la nave permanece inmóvil y es el universo el que se mueve en la dirección deseada.

EI doctor Chosissy lo explicó mejor y con mayor precisión en su conferencia del Congreso Mundial del año 2033, cuando dijo: “Por muy sorprendente que parezca a quienes han sido educados en la cómoda certidumbre de la física de Einstein, el factor variable de las nuevas ecuaciones tardianas demuestra ser el propio universo. Puede demostrar que la distancia ha quedado aniquilada, reducida a cero. Reconocemos al fin que la distancia es solamente un concepto matemático, sin existencia real en el universo tardiano. Durante el vuelo TP (transponencial) ya no es posible seguir afirmando que el universo rodea a la nave espacial. Diríamos, con mayor precisión, que la nave es la que rodea al universo”.

Se habían logrado los antiguos sueños de poder, y la montaña había venido obedientemente hacia Mahoma.

Hank Quilter, con la alegre inconsciencia de la injusta idea que tenía sobre el universo, refería las aventuras de su último permiso a sus nuevos compañeros de tripulación.

-Hank, ciertamente tienes toda la suerte del mundo -dijo un hombre cuya sonrisa siempre dulzona le había proporcionado el apodo de Piña de Miel-. Te envidiaría esa suerte si no pensara que estás inventando la mitad de las cosas que cuentas sobre ella... ¡Ja! ¡Ja!

-Si no aceptas mi palabra, te voy a dar de palos hasta que lo hagas -dijo Quilter.

-¡La verdad mediante la violencia! -se oyó decir a alguien con una risotada.

-Mostradme una forma mejor -repuso Quilter, haciendo un guiño y riendo a su vez.

Puesto que lo que había dicho era muy poco exagerado, no le molestaba que hubiesen puesto en duda sus palabras. Si hubiera mentido, habría sido diferente.

-Os contaré otra cosa divertida que me ocurrió -continuó Quilter-. Un día antes de subir a bordo de la nave recibí la carta de un tipo que había servido conmigo en la “Mariestopes”, un simpático individuo llamado Walthamstone, un británico. En su primera noche en la Tierra se emborrachó y armó un escándalo. Los policías le cogió y le enviaron una pequeña temporada a la sombra. Parece que estaba un tanto chiflado en aquel entonces. De cualquier forma, se encontró en la cárcel con un marica, el cual pervirtió al pobre Walthamstone; le trabajó, ya sabéis... Y cuando les soltaron, Wal se fue

Librodot

a vivir con su marica Ghetto Gay. ¡Ahora parece que se han casado y son felices!

Quilter estalló en una carcajada al pensar en lo sucedido.

Un joven barbudo, que hasta entonces no había dicho palabra, llamado Samuel Melmoth, dijo entonces:

-Pues a mí no me parece tan divertido. Todos necesitamos el amor de una forma u otra, como han demostrado tus historias anteriores. Creo que deberías ser más considerado con tu amigo.

Quilter dejó de reír y miró fijamente a Melmoth. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

-¿Qué intentas decirme, Mac? Yo sólo me río de las cosas que les ocurren a la gente. Y... ¿por qué Walthamstone merece algún tipo de consideración? Es libre para elegir, ¿no? Hizo lo que le dio la gana al salir de la cárcel ¿no?

Melmoth comenzó a parecer tan testarudo y ofendido como su padre, cuyo nombre era diferente.

-Por lo que has dicho, le sedujeron.

-Está bien, está bien, le sedujeron. Y ahora, dime si todos nosotros no somos seducidos en una ocasión u otra de una u otra manera. Por ejemplo, cuando nuestros principios son traicionados. Pero si fueran más fuertes no nos entregaríamos, ¿verdad? Así que lo ocurrido a Wal es de su propia incumbencia.

-Pero si hubiera tenido algunos amigos...

-No tiene nada que ver el tener amigos, enemigos, ni nada parecido. Es lo que intento aclarar. Incumbe únicamente al propio Wal. Todo cuanto nos sucede es de nuestra propia incumbencia.

-Ah, vamos; todo eso no es más que basura -protestó Piña de Miel.

-Vuestro problema es que estáis todos enfermos -dijo Quilter.

-Piña de Miel tiene razón -insistió Melmoth-. Todos comenzamos a vivir con más problemas de los que podemos resolver nunca.

-Mira, amigo, en primer lugar nadie te ha pedido tu opinión. Habla por ti mismo -dijo Quilter.

-Es lo que hago.

-Bien, entonces haz el favor de no abrir la boca en mi nombre. Yo llevo mis problemas sobre mi propia espalda; además, creo que el hombre posee el libre albedrío. Hago lo que quiero hacer, ¿entiendes?

En aquel momento, el sistema de altavoces dejó sentir su voz fuerte y mecánica:

-¡Atención! Hank Quilter, tripulante Tres Cero Siete, Quilter, tripulante Tres Cero Siete, proceda inmediatamente a presentarse en la oficina del consejero de vuelo en la cubierta de reconocimiento. Repetimos: oficina del consejero de vuelo, cubierta de reconocimiento. Eso es todo.

Refunfuñando, Quilter se dispuso a obedecer la orden.

El consejero de vuelo Bryant Lattimore estaba descontento de su oficina situada en la cubierta de reconocimiento. Estaba decorada al estilo moderno Ur-Organic, con paredes, suelo y techo llenos de bajorrelieves de plástico en dos tonalidades. El diseño representaba la superficie de los cristales de óxido de molibdeno aumentados setenta y cinco mil veces. Un diseño para ponerle a uno en armonía con el universo busardiano.

Al consejero de vuelo, Bryant Lattimore, le agradaba su trabajo.

Cuando oyó tocar en la puerta y entró el tripulante Quilter, Lattimore le hizo un gesto amigable, invitándole a tomar asiento.

-Quilter, usted sabe por qué vamos al vacío. Intentamos descubrir el planeta de origen de esos extraterrestres, vulgarmente conocidos por los hombres-rinoceronte. Mi misión consiste en formular por anticipado las líneas de comportamiento a seguir cuando hayamos llegado a

ese planeta. He repasado la lista de la tripulación y me he fijado en su nombre. Usted estaba en el "Mariestopes", cuando el primer grupo de hombresrinoceronte fue descubierto, ¿no es así?

-Estaba en el cuerpo de exploración, señor. Fui uno de los que encontraron a esas criaturas. Maté a tres o cuatro de ellas cuando cargaron sobre nosotros. Verá usted…

-Esto es muy interesante, Quilter, pero ¿no cree que será mejor que vayamos más despacio?

Quilter relató su historia con todo detalle, mientras Lattimore escuchaba y miraba los cristales de molibdeno entre los cuales se hallaba aprisionado. Afirmaba con la cabeza, quitándose intermitentemente un poco de moco seco del interior de su nariz.

-¿Está usted seguro de que esas criaturas le atacaron? -preguntó Lattimore.

Quilter vaciló, sopesó la autoridad de Lattimore y decidió contar la verdad de lo ocurrido tal como él lo vio. -Digamos que venían sobre nosotros, señor. Por tanto, decidimos crear un comité de recepción.

Lattimore sonrió.

Cuando hubo despedido al tripulante, presionó un botón y apareció la señora Hilary Warhoon. Estaba muy elegante con su resplandeciente uniforme que simulaba el de un hombre, pero con unos claveles estampados; y el brillo de su mirada reflejó lo encantada que se encontraba, inmersa en el universo busardiano.

-¿Ha dicho Quilter algo interesante? -preguntó, sentándose en la mesa, cerca de Lattimore.

-Sólo sin darse cuenta. Superficialmente su actitud es honrada. No se sabe mucho de los hombres-rinoceronte, como les llaman, y a los que concedemos el beneficio de la duda hasta que descubramos si son o no unos cerdos educados. Por debajo de su charla se advierte que él los considera como piezas de caza mayor, porque les ha disparado como si fueran tales. Creo que si luego resulta que son unos brillantes pensadores y todo lo demás, nuestra relación con ellos va a ser condenadamente difícil.

-Sí, comprendo. Si son pensadores brillantes, su pensamiento debe ser notablemente diferente del nuestro.

-¿Jaque! Y no solamente eso. Los filósofos que viven en el barro no van a hacer muy buenas migas con los que viven en la Tierra. Las masas se sienten siempre mucho más apasionadas por el barro que por los filósofos.

-Afortunadamente, lo que piensen las masas no va a importarnos aquí.

-¿Cree que no? Diablos, usted es la cosmoclética, Hilary. Pero yo he estado antes en vuelo TP y conozco las extrañas reglas psicológicas que rigen a bordo. Es como una condenada versión del libro *Al este de Suez*, de Rudyard Kipling. ¿Cómo sería ahora? "Llévame a alguna parte al este de Suez, donde lo mejor es como lo peor, donde no hay los mandamientos…" Lo mejor viene a ser como lo peor cuando se pone el pie sobre un planeta que recibe luz del sol, Hilary. Y usted siente que... Bueno, es como una especie de irresponsabilidad... uno siente que puede hacer cualquier cosa porque nadie de la Tierra va a juzgarle luego; mientras que, al mismo tiempo, "lo que le gusta" es parte de lo que las masas de la Tierra desearían hacer, si tuvieran licencia para ello.

La señora Warhoon tamborileó sobre la mesa con cuatro dedos.

-Eso suena algo siniestro.

-¡Diablos, los impulsos irracionales del hombre son siniestros! No piense que estoy generalizando. He visto cómo ese talante aparece en un hombre con demasiada frecuencia. Probablemente eso fue lo que arruinó a Ainson. Y lo siento en mí mismo.

-Ahora creo que no entiendo qué quiere decir.

-No se sienta ofendida. Yo podría sentir lo que Quilter disfrutó al disparar a nuestros

Librodot

amigos. ¡Es la excitación de la caza! Si yo viese a un puñado de ellos por la pradera no me importaría dispararles.

La voz de la señora Warhoon sonó ligeramente helada.

-¿Qué pretende hacer si encontramos el planeta de origen de los ETA?

-Usted ya lo sabe: actuar de acuerdo con la lógica y la razón. Todo este equipo está hecho para los negocios, no para el placer. Pero también soy consciente de que hay una parte de mí mismo que dice: "Lattimore, esas criaturas no sienten el dolor, ¿cómo puede algo tener un espíritu, un alma, o ser inteligente, o apreciar algo inimaginable, equivalente a los poemas de Byron o a la segunda sinfonía de Borodin, si no sufre?" Y me digo a mí mismo que cualesquiera que sean los dones que tengan, si no poseen el sentido del dolor están para siempre más allá del alcance de mi comprensión.

-Pero ése es precisamente el reto. Por eso debemos tratar de comprender ese...

Ella parecía mucho más atractiva con los puños cerrados.

-Sí, ya sé. Pero usted me está hablando con la voz del intelecto -dijo Lattimore, retrepándose en su sillón. Resultaba placentero disparar contra Hilary con su especial mentalidad varonil-. Estoy escuchando también una especie de voz de Quilter, una vox populi, un grito, no sólo salido del corazón, sino de las entrañas. Y esa voz dice que sea cual sea el talento de esos animales, son menos que búfalos, cebras o tigres, y el impulso primitivo surge en mí al igual que lo hizo en Quilter, y también deseo dispararles.

Ahora Hilary tamborileaba con ocho dedos sobre la mesa, pero se las arregló para mirarle a la cara y sonreír.

-Bryant, está usted jugando a una partida intelectual contra sí mismo. Estoy segura de que incluso Quilter presentó excusas por su acción. En consecuencia, incluso sintió la culpabilidad de sus acciones, y usted, que es más inteligente, puede saborear su culpabilidad de antemano y, ante todo, controlarse.

-Al este de Suez un hombre inteligente puede encontrar más disculpas para sí mismo que un cretino -Lattimore cedió al ver la vejación en el rostro de la señorita oon- . Como usted dice, probablemente estoy jugando una partida conmigo mismo. O con usted.

Abandonó una mano sobre los dedos de Hilary como si fueran cristales de molibdeno. Ella se apresuró a retirarlos.

-Bryant, cambiemos de tema. Tengo una sugerencia que puede resultar más fructífera. ¿Cree usted que podría encontrarme un voluntario?

-¿Para qué?

-Para abandonarle en un planeta extraño.

Muy lejos, en el extraño planeta Tierra, el tercer politano llamado Blug Lugug, se hallaba en un terrible estado de confusión. Estaba amarrado a un banco con una serie de fuertes correas de lona que sujetaban lo que quedaba de su cuerpo. Numerosos cables y alambres surgían de unas máquinas, que unas veces permanecían silenciosas y otras emitían ruidos desde un lado de la habitación y subían sobre su cuerpo o se introducían por sus varios orificios. Un cable en particular discurría desde un instrumento también similar, manejado por un hombre en particular. El hombre iba vestido con una especie de traje blanco y cuando movía una palanca, algo sin significado sucedía en el cerebro del tercer politano. Aquella cosa sin significado era la más espantosa de cuantas había conocido. Veía entonces cuánta razón había tenido el sargento cosmopolitano al utilizar la expresión malo para describir a los piernas delgadas. Aquella cosa era malo, malo, malo: era algo que se le aparecía duro, fuerte, higiénico y que absorbía su inteligencia, destrozándola poco a poco.

Aquel algo sin significado llegó nuevamente. Se abrió un hueco donde había existido algo en crecimiento, algo delicioso como recuerdos y promesas, ¿quién sabe?, pero que nunca podría ser reemplazado.

Habló entonces uno de los piernas delgadas. El politano intentó imitar con esfuerzo lo que había dicho: "¡Tampoco tieneahírespuestasneurales / Notiene / respuestadolorosa /en /ningunapartedesucuerpo!"

Todavía se aferraba a la idea de que cuando ellos comprobasen que podía imitar su habla serían lo bastante inteligentes como para detener las cosas que estaban haciendo.

Cualesquiera fuesen las cosas que estaban haciendo o que imaginaban en sus pequeñas mentes malignas, estaban echando a perder sus posibilidades de pasar a la fase de carroña. Ya que le habían separado del cuerpo dos miembros con una sierra - por el rabillo de uno de sus húmedos ojos contemplaba el recipiente donde habían sido depositados-, y puesto que allí no existían árboles dammp, la posibilidad de continuar con sus ciclos vitales eran muy remotas, y se enfrentó con la nada.

Gritó con una imitación de las palabras de los piernas delgadas pero, olvidando sus limitaciones, emitió los sonidos en una banda ultrasónica. Los sonidos surgieron distorsionados: sus orificios ockpu estaban obturados con diminutos instrumentos como ventosas.

Necesitaba el consuelo del sagrado cosmopolitano reverenciado padre-madre. Pero el cosmopolitano había desaparecido. No existía duda de que había sufrido el mismo desmembramiento. Los grorgs habían desaparecido también, aunque oyó sus gritos casi supersónicos contestándole con un largo lamento desde una distante parte de la habitación. Entonces algo, algo sin significado estalló nuevamente sobre él, ya no pudo oír más, pero... Algo más había desaparecido.

En su confusión, todavía vio cómo se unía al grupo de las figuras vestidas de blanco otra a la que creyó reconocer. Era, o cuanto menos se parecía mucho, la figura que había llevado a cabo el ritual del estiércol hacía poco tiempo.

Entonces aquella figura gritó algo, y dentro de la creciente debilidad y terrible confusión que sufría, el politano intentó gritar en respuesta a la misma cosa, para mostrar que le había reconocido: "¡Nopuedosoportarqueestéishaciendoloquejamásdebieraishaberhecho! "

Pero el piernas delgadas, si se trataba de aquel individuo pacífico, no dio el menor signo de reconocimiento. Se cubrió la parte delantera de su cabeza con las manos y se marchó rápidamente de la habitación, casi como si...

Aquel algo sin significado volvió nuevamente, y todas las figuras vestidas de blanco se dispusieron nuevamente a usar sus instrumentos.

Se tumbó hacia atrás hasta que tubo los dedos de los pies al nivel de la cabeza. El director del Exozoo se hallaba acostado sobre su almohada terapéutica, chupando una mezcla de mucosa mediante un pezón artificial. Le asistía para calmarle un joven miembro del Cuerpo de Exploración, con certificado de explorador que él había entregado en el Exozoo. Gussie Phipps, que había venido volando desde Macao, le daba ayuda y consuelo.

-No está usted tan fuerte como antes, sir Mihaly. Debería probar a los alimentos sintéticos; creo que son mucho mejores para usted. ¡Y pensar que la contemplación de una vivisección le ha trastornado! ¿Cuántas vivisecciones ha llevado a cabo usted mismo?

-Sí, ya sé, ya sé. No tiene por qué recordármelo. Ha sido precisamente la contemplación de esa pobre criatura, sobre la piedra, cortada a trozos lentamente, sin registrar el menor signo de miedo o de dolor.

-Lo cual ha sido mejor en vez de peor.

-¡Cielos, ya sé que ha sido mejor! Pero fue algo tan carente de resentimiento... Por un

momento he tenido la premonición de cómo el hombre tratará a cualquier intento de oposición que encuentre allí afuera -Y señaló vagamente hacia el techo-. O tal vez bajo la etiqueta científica de vivisección estoy oyendo los salvajes tambores del hombre antiguo, que baten como locos para una sesión de derramamiento de sangre. ¿De dónde viene el hombre, Gussie?

-Semejante estallido de pesimismo es impropio de usted. Procedemos del barro, y nos alejamos de la ciénaga primitiva y animal encaminándonos hacia lo espiritual. Tenemos aún un largo camino que recorrer, pero...

-Sí, es una respuesta. Con frecuencia la he utilizado yo mismo. Puede que ahora no seamos muy buenos, pero seremos mejores en algún futuro indeterminado. Pero... ¿Es cierto? ¿No deberíamos habernos quedado en el barro y podríamos haber sido más saludables y buenos allí? ¿No nos estaremos dando excusas a nosotros mismos por la forma en que nos conducimos y siempre nos hemos conducido? Piensa en la cantidad de ritos primitivos que todavía llevamos a cabo en una forma apenas disfrazada: la vivisección, el matrimonio, los cosméticos, las guerras, la circuncisión. No, no quiero seguir pensando. Cuando avanzamos a veces lo hacemos en una dirección fantasmal y falsa, como el dicho de los alimentos sintéticos, inspirado en una moda dietética del siglo y los temores de la trombosis. Creo que ha llegado la hora de que me retire, Gussie, que me aleje ahora que todavía no soy demasiado viejo, y me marche a cualquier clima más agradable donde brille el sol. Siempre he creído que la cantidad de pensamientos que existen en la cabeza de un hombre se halla en proporción inversa a la del sol que hay en el exterior.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

-No espero a nadie -dijo Pasztor, con una irritación que raramente solía mostrar-. Mira quién viene a verme y dile que se marche. Quiero que me expliques todo eso que ha ocurrido en Macao.

Phipps desapareció y regresó con Enid Ainson, que estaba llorando.

Pasztor chupó con una furia momentánea el resto de glucosa que contenía el pezón de goma, se colocó en una postura menos relajada y retiró una pierna de la almohada terapéutica.

-¡Es Bruce, Mihaly!-gritó Enid-. Bruce ha desaparecido. Estoy segura de que se ha ahogado. ¡Oh, Mihaly! Se ha puesto tan difícil... ¿Qué puedo hacer?

-¿Cuándo le has visto por última vez?

-No pudo soportar verse marginado del vuelo en la “Gansas". Sé que se ha ahogado. A menudo amenazaba con hacerlo.

-Enid, por favor, ¿cuándo le has visto por última vez?

-¿Qué hacer? Tendría que hacérselo saber al pobre

Pasztor saltó de la almohada terapéutica. Agarró a Gussie por el codo mientras se dirigía al aparato de tecnivisión.

-Gussie, ya charlaremos otro día sobre todo eso de Macao.

Empezó a tecnillamar a la policía, mientras Enid lloraba desconsoladamente detrás de él.

-Bruce Ainson se encontraba ya a una buena distancia del alcance de la policía de la Tierra.

El día anterior al lanzamiento de la “Gansas” al espacio se lanzó un vuelo que tuvo mucha menos publicidad. Lanzada desde un pequeño puerto espacial de operaciones situado en la costa oriental de Inglaterra, una nave sistemática empezó su largo viaje a través de la eclíptica. Las naves sistemáticas eran unas naves espaciales totalmente distintas a las naves estelares. Carecían de la propulsión TP. Se movían con plasma iónico, consumiendo la mayor parte de su masa mientras viajaban. Estaban construidas sólo para prestar servicio dentro del sistema solar y, en su mayor parte en la Inglaterra de aquel tiempo, se trataba de vehículos militares.

El “I. S. Brunner” no era una excepción. Se trataba de un transporte de tropas, atestado de personal militar que se enviaba como refuerzo a la guerra anglo-brasileña en el planeta Charon. Entre aquellos refuerzos se encontraba un individuo de cierta edad, lleno de

problemas y sin apenas entidad, llamado Bruce Ainson, alistado como auxiliar de oficinas.

Aquel planeta situado a tanta distancia del sistema solar, Charon, conocido por los soldados como el Planeta Congelado, había sido descubierto telescópicamente por el laboratorio lunar Wilkins-Pressman casi dos décadas antes de ser visitado por el hombre. La primera expedición a Charon (donde estuvo presente el biólogo y brillante dramaturgo húngaro llamado Mihaly Pasztor) descubrió que este planeta era el padre de todas las bolas de billar, un globo de unas trescientas millas de diámetro (de 307 a 550 de acuerdo con la última edición del Manual Militar Brasileño, y de 309 a 567 según el equivalente británico). Aquel globo carecía de accidentes superficiales, y tenía una superficie suave en su textura, de color blanco, resbaladiza y carente de propiedades químicas. Era dura, aunque no de modo excesivo. Podía ser taladrada utilizando barrenas de alta velocidad.

Decir que Charon carecía de atmósfera, sería poco preciso. La atmósfera consistía precisamente en su suave y única superficie, helada a lo largo de los tediosos e inimaginables eones de tiempo transcurridos. Durante éstos, Charon fue depósito de cadáveres itinerante, arrastraba su masa alrededor de su órbita, conectada de modo que parecía más bien coincidencia, con una estrella de primera magnitud llamada Sol. Cuando se analizó su atmósfera, se encontró que consistía en una mezcla de gases inertes reunidos en una forma desconocida e irreproducible en los laboratorios de la Tierra. En alguna parte, bajo su superficie, los informes sismográficos revelaron lo que realmente era Charon: un corazón rocoso y sin pulso de doscientas millas de diámetro.

El Planeta Congelado era el lugar ideal para sostener las guerras.

A pesar de sus excelentes efectos en el comercio, las guerras tienen un pernicioso efecto sobre el cuerpo humano, por lo que durante la segunda década del siglo XXI se convirtieron en algo codificado, regulado y arbitrado, y, como tal, sujeto a la destreza de un partido de pelota base, o a la ley por boca de un juez. Y puesto que la Tierra estaba demasiado superpoblada, las guerras se desterraban a Charon. Allí, el globo estaba marcado con unas tremendas líneas de longitud y latitud, como si se tratase de un tablero de damas celestial.

La Tierra no estaba, en modo alguno, inclinada a la paz. En consecuencia, a menudo había listas de países que esperaban su turno de espacio en Charon, principalmente naciones beligerantes que deseaban solicitar zonas del ecuador, donde la luz para la lucha y los combates resultaba ligeramente mejor. La guerra anglo-brasileña ocupó los sectores 159-260, vecina a la guerra javanesa-guineana que había comenzado ya en el año 1999. Se la conocía como un conflicto contenido.

Las reglas del conflicto contenido eran muchas y complicadas. Por ejemplo, las armas de destrucción estaban rígidamente definidas. Y ciertos rangos sociales altamente calificados -que podían llevar a su lado ventajas desleales- estaban prohibidos en Charon. Los castigos por alterar aquellas estipulaciones eran muy considerables. Y, a pesar de todas las precauciones adoptadas, las bajas entre los combatientes resultaban también muy elevadas.

Como consecuencia, en Charon se necesitaba a la flor de la juventud inglesa, por no mencionar a los hombres de edad madura: Bruce Ainson se había aprovechado del

7
2

hecho para alistarse sin rango social, y así apartarse tranquilamente de la mirada pública. Un siglo antes probablemente se hubiera alistado a la Legión Extranjera.

Mientras el pequeño transporte de tropas impulsado por gas le llevaba a través de las ocho horas luz de distancia que separaban a la Tierra de Charon, habría podido reflexionar -si lo hubiera sabido-sobre la voluble opinión de sir Mihaly Pasztor de que la cantidad de pensamiento en la cabeza de un hombre se halla en proporción inversa a la cantidad de sol en el exterior. Podría haber reflexionado en aquello, si las condiciones de la “Brunner” hubieran permitido la reflexión de los hombres empaquetados entre las cubiertas del navío espacial, de cabeza a cola. Pero Bruce Ainson, al igual que todos sus compañeros, se dirigía profundamente congelado al Planeta Congelado.

Librodot

Una de las formas de demostrar que uno no era un intelectual -en el caso de que lo fuera- consistía en pasear de un lado a otro por la cubierta de reconocimiento con las mangas de la túnica enrolladas desaliñadamente hasta el codo, un mezcal entre los labios, y riéndose abiertamente de sus propios chistes y de los de sus compañeros. De ese modo, los cosmonautas que acudían a contemplar el universo podían ver por sí mismos que uno era un ser humano.

El ingrediente que faltaba en esta receta, pensó Lattimore, era su compañero habitual Marcel Gleet, el oficial segundo de navegación. Habría constituido una gran incongruencia, casi una incongruencia solar, si se hubiera reído de lo que decía Gleet, hombre desposado con la seriedad, pero cuyo matrimonio parecía más bien un funeral.

-...Parecería una posibilidad sustancial -estaba diciendo- que el enjambre estelar, cuyas coordenadas ya he mencionado anteriormente, pueda ser el lugar de origen de nuestras especies extraterrestres. Hay seis estrellas en el enjambre que tienen entre sí quince planetas en órbita. Estuve hablando con Mellor de Geocred, durante el último turno de guardia, y él infiere que, por lo menos, seis de tales planetas son verosímilmente del tipo de la Tierra.

Ciertamente, uno no se podía reír de aquello, aunque había varios tripulantes que se reían en la cubierta, principalmente del aviso de la señora Warhoon, cuidadosamente colocado en el gran tablero de avisos y anuncios de a bordo.

-Puesto que esos cuerpos celestes de tipo terrestre -continuó diciendo Gleet- están dentro de la distancia de tres años luz de Clementina, parece constituir una medida razonable para continuar nuestra investigación. Otra ventaja es que esos seis cuerpos celestes se hallan a días luz de distancia unos de otros, una inmensa ayuda por lo que respecta a la prontitud del lanzamiento...

Cuando menos, allí sí podría insertarse una risita de asentimiento.

Gleet continuó su disertación, pero el timbre anunció un nuevo turno de guardia y le recordó la razón por la que había subido hasta la cubierta de reconocimiento a continuación se dirigió a la anconada de Navegación. Lattimore se volvió hacia uno de los profundos portillos ovales y miró el casco de la nave, mientras escuchaba los comentarios de los hombres que permanecían a sus espaldas.

-¡La contribución al futuro del género humano! ¡Ya le gustaría! -exclamó uno de ellos mientras leía el anuncio.

-Sí, pero has de tener en cuenta que tras esa llamada a lo mejor de nuestra naturaleza ellos se cubren con el ofrecimiento de una pensión vitalicia -dijo otro de los compañeros.

-Pues tendría uno que tener mejores ventajas para quedarse abandonado en un planeta extraño por cinco largos años -dijo el tercero.

-Yo lo haría, aunque sólo fuera para librarme de ti -contestó el primero.

Lattimore asintió con un gesto a su espectral reflexión mientras la vieja usanza de utilizar las bromas para el insulto seguía su curso predecible. Con frecuencia se asombraba de aquel método aceptado en el que el asalto verbal que se disfrazaba de ingenio, sin duda, era una forma de sublimar el odio de un hombre hacia sus compañeros... ¿qué otra cosa podía ser? No estaba en absoluto perturbado por los comentarios que le hacían sobre el anuncio puesto por la señora Warhoon. Ella podía ser todo lo frígida que quisiera, pero había tenido una buena idea; existía tal variedad de hombres que su aviso tal vez diese fruto.

Se quedó mirando fijamente el universo que la “Gansas”, inmersa en su impulsión busardiana, estaba entonces paleando. Contra una negrura uterina, aparecían unas ristras de luz próximas y desflecadas. Era como la visión que una mosca borracha pudiera tener de un peine, falta de definición, constituiría una afrenta para el nervio óptico.

Pero -como los científicos ya habían puesto en relieve- el nervio óptico humano no se ajusta a la realidad. Y puede que la auténtica naturaleza del universo sólo pueda ser comprendida mediante las ecuaciones transponenciales; se sabía que aquella parrilla desflecada (que le infundía a uno la sensación de que era como un pequeño crustáceo en el

interior del vientre de una ballena) era lo que las estrellas “realmente” parecían. Lattimore pensó con nostalgia que el divino Platón tendría que estar vivo, y allí, en aquel momento.

Se alejó y sus pensamientos se centraron en los alimentos. De todos modos, no había nada como un buen codillo sintético para poner una tregua entre un hombre y su universo.

-Pero Mihaly -decía Enid Ainson-. Durante años, desde que Bruce nos presentó, he estado pensando que te sentías secretamente atraído hacia mí. Quiero decir, por la forma en que me mirabas. Y cuando consentiste en ser el padrino de Aylmer... Siempre me has inducido a pensar... -Enid se apretó las manos, nerviosa e inquieta-. Y tú sólo estabas divirtiéndote...

Mihaly se había retraído en sí mismo, como un arrecife contra la creciente marea de los sentimientos de la mujer.

-Quizá se deba a una caballerosa actitud hacia las señoras -repuso Pasztor-. Enid, creo que has exagerado en tus apreciaciones sobre mí. Tengo que agradecerte profundamente tu halagadora sugerencia, pero en realidad...

De pronto, ella levantó la cabeza. Ya se había tragado bastante la manzana de la humillación, y ya era hora de destapar toda la rabia que sentía. Imperiosamente, hizo un gesto a Pasztor.

-No es preciso que continúes. ¡Con cuánta frecuencia he imaginado tontamente que era sólo tu amistad con Bruce la que te impedía continuar avanzando hacía mí! Sólo temía que la idea de tu imaginaria inclinación hacia mí... ha sido el único factor que me ha mantenido mentalmente juiciosa en todos estos años imposibles...

-Vamos, estoy seguro de que exageras.

-¡Te digo lo que siento! Ahora sé que todos tus galanteos, todas tus gracias, y todo ese falso encanto húngaro con que lo adornabas no ha significado nada. No eres más que un fantoche, un mujeriego que teme a las mujeres, un romántico que huye del romance amoroso. ¡Adiós, Mihaly! ¡Maldito seas! Por tu causa he perdido tanto a mi esposo como a mi hijo.

Enid se marchó furiosa, dando un portazo al salir.

Habían estado hablando en el vestíbulo, y Mihaly se cubrió con las manos las mejillas que le ardían: estaba temblando. Evitó que sus ojos tropezaran con la imagen que reflejaba el espejo.

Lo terrible era que sin haber tenido el menor interés por el físico de Enid, la había admirado por su espíritu. Sabía que Bruce era un hombre difícil, y había intentado alentarla con miradas cálidas y ocasionales apretones de manos, sólo para darle a conocer que existía alguien que admiraba sus virtudes. “¡Ah! ¡Guárdate, realmente

guárdate de la piedad!”

-Querido, ¿se ha marchado ya?

Pasztor oyó la voz felina y suave de su amante, que procedía de la sala de estar. Sin duda había estado escuchando toda la conversación con Enid. Sin prisas, se dirigió a su encuentro para escuchar todo cuanto ella tuviera que decirle. No había duda de que la encantadora Ah Chi, tras las vacaciones que había pasado pintando en el golfo Pérsico, o dondequiera que hubiera estado, sería terriblemente inquisitiva sobre todo el incidente.

Sólo un turno de guardia después de que Lattimore se hubiera sentido como un pequeño crustáceo, la señora Warhoon consiguió un voluntario. El descubrimiento la llevó un instante al centro del cinturón de cristales de molibdeno. Lattimore aprovechó la oportunidad para sujetarla por sus redondos hombros.

-¡Cálmese ahora, Hilary! Detesto ver a una preciosa cosmocléctica aturdida. Quería un voluntario y ya lo tiene. Ahora, adelante y déle su premio.

La señora Warhoon se libró del abrazo de Lattimore, aunque no sin quedar apeteciblemente desarreglada. ¡Qué grandes brutos eran los hombres! Sólo los cielos sabían cómo se comportaría aquel hombre en particular, cuando llegase metafóricamente al este de Suez, en el próximo desembarco en un planeta. Bien, una mujer al menos tenía sus propias defensas: ella podría siempre rendirse.

-Ese voluntario es algo especial, señor Lattimore. ¿Es que el nombre de Samuel Melmoth no significa nada para usted?

-Ni lo más mínimo. ¡No, espere! ¡Por todos los diablos ¡Es el hijo de Ainson! ¿Quiere decir que él se ha presentado voluntario?

-Se las ha arreglado para hacerse un tanto impopular allá abajo, en la cubierta del rancho y, en consecuencia, se siente más bien antisocial. Un amigo suyo llamado Quilter le ha puesto un ojo morado.

-Con que Quilter de nuevo, ¿eh? Creo que tendré que hablar de ese tipo con el capitán.

-Me gustaría que me acompañase mientras sostengo una breve entrevista con el joven Ainson, si no está usted demasiado ocupado.

-Hilary, yo estaría a su lado en todo momento.

El estilo Ur-Orgánico (que, como todas las etiquetas que se ponen a los movimientos artísticos, resultaba inapropiado hasta llegar al absurdo), había perpetrado una repelente fantasía en la oficina de la señora Warhoon. Aumentado doscientas mil veces, el tejido fibroso corría y se anudaba en el bajorrelieve sobre el techo, el suelo y las paredes, y en el centro, solitario, con un ojo morado, estaba Aylmer Ainson. Se puso en pie cuando entraron la señora Warhoon y Lattimore.

"Pobre diablo", pensó Lattimore. Aquella señora era de algún modo tan ilusa como para llegar a la conclusión de que algo tan sencillo como tener un ojo morado era lo que impelía a aquel muchacho a desear quedar abandonado sobre un extraño planeta. Toda su historia, como la de sus padres y abuelos y, mirando hacia atrás, la de todos sus antepasados, no había tenido por objeto más que decidir que la vida real no era bastante buena para ellos, y todo había concluido en aquel acto; el ojo morado no era más que un clavo ardiendo al que agarrarse. Pero ¿quién, aunque fuese sólo un pequeño dios del tamaño de una mosca, podría pensar que aquella excusa fuese tan sólo accidental? Tal vez el pobre muchacho tuvo que provocar el asalto para asegurarse de que el mundo externo era el agresor.

En algún momento, pensaba Lattimore (pero con tanta complacencia como preocupación), su educación había tomado el camino equivocado: de lo contrario no extraería tanto implicado de la postura orgullosa y arrogante que el chico manifestó ante ellos.

-Siéntese, señor Melmoth -le dijo la señora Warhoon, con voz agradable, aunque a Lattimore le pareció lo contrario-. Le presento al consejero de vuelo, señor Lattimore. Él conoce tanto como el mejor los problemas de la comunidad con los que tendrá usted que enfrentarse, y puede administrarle sugerencias muy valiosas.

-¿Cómo está usted, señor? -repuso el joven Ainson, sonriendo.

-Primero, el programa mayor -dijo la señora Warhoon, adoptando un término militar-. Precisamente para ponerle a usted en escena, como se suele decir. Cuando salgamos del vuelo TP nos encontraremos en un enjambre estelar que contiene, cuanto menos, quince planetas, de los cuales seis, a juzgar por un lejano reconocimiento tecnivisivo llevado a cabo por la "Mariestopes", tienen atmósfera de tipo terrestre. Nuestros extraterrestres, como ya sabe, fueron encontrados junto a un vehículo espacial, aunque si pertenecía a ellos o a otra especie aliada es algo que esperamos poder determinar muy pronto. Pero sugiere que podríamos encontrar vuelos espaciales en este enjambre. En tal caso, necesitaremos inspeccionar todos los planetas visitados. Se decidió, antes de abandonar la Tierra, que en el primer planeta deberíamos instalar un puesto de observación no tripulado. Desde entonces, sin embargo, he tenido una idea más avanzada, que el capitán Pestalozzi ha convenido conmigo en llevar adelante. Mi idea es, sencillamente, dejar un voluntario en el puesto de observación. Puesto que podemos suministrarle toda clase de provisiones y sintetizadores de alimentos, y los

nativos, como ya sabemos por nuestros especímenes cautivos, no son hostiles, la persona voluntaria estará completamente a salvo del peligro. De momento le tenemos a

usted, que ha consentido en presentarse voluntario.

Los tres sonrieron recíprocamente.

Lattimore se preguntó si el muchacho detectaría la mentira en las palabras de la señora Warhoon ¿Quién podía imaginar el infierno que los hombres-rinoceronte serían capaces de crear en su planeta de origen? ¿Quién podría saber si allí no existía alguna forma de hombre caníbal que utilizara a los hombres-rinoceronte tan codiciosamente como los terrestres utilizan el cerdo danés? Por supuesto, también estaba la vieja

7
6

cuestión lattimorénica: ¿Quién sabe qué infiernos podría crear para sí aquel nuevo San Antonio en la soledad extraterrestre? No podría refugiarse de aquel puesto enfermizo pero los otros sí.

-Y, naturalmente, estará bien armado -dijo en fin Lattimore.

Se volvió hacia Ainson con los labios apretados.

-Veamos ahora lo que esperamos de usted. Tiene que aprender a comunicarse con los extraterrestres.

-Pero los expertos no pudieron hacerlo en la Tierra. ¿Cómo esperan que yo...?

-Le entrenaremos, señor Melmoth. Quedan nueve días antes de que salgamos del vuelo transponencial, y en ese tiempo puede aprender mucho. En la Tierra ha sido una tarea imposible, pero en el planeta de origen podemos verlos en su propio contexto, y la labor será mucho más fácil; evidentemente, tienen que ser mucho más comunicativos en su propio entorno vital. Probablemente las maravillas hayan paralizado parcialmente sus respuestas. Como sabrá, hemos diseccionado a seis de ellos. Nuestros especímenes eran de diversas edades, unos jóvenes y otros viejos. El análisis de los tejidos, en especial de los tejidos óseos, ha llegado a la conclusión de que alcanzan edades de miles de años; su falta de dolor apoya mi teoría. Si es así, hay que suponer que tienen una infancia muy prolongada. Ahora, el punto siguiente. El tiempo de aprendizaje de cualquier especie se encuentra en los primeros años, y dondequiera que vayamos por toda la galaxia, esta regla tiene la misma aplicación. Así, los niños de la Tierra que por cualquier desgracia no aprenden ningún lenguaje, a los doce o trece años son ya demasiado viejos para aprenderlo. Eso ya se ha experimentado muchas veces con los niños, por ejemplo en la India, donde han sido atendidos y cuidados por los monos o los lobos. Una vez transcurrida la infancia, finaliza el don de adquirir el lenguaje. Por tanto, señor Melmoth, creemos que la única ocasión de que los extraterrestres aprendan nuestro lenguaje es durante los primeros años. Su labor consistirá, pues, en vivir tan cerca como pueda de uno de los extraterrestres en estado infantil. Pudiera suceder, no vamos a negarlo, que se demostrara la imposibilidad de comunicarse con esas criaturas. Pero la prueba tiene que ser concluyente. Después de que le hayamos dejado, nos pondremos a investigar en los demás planetas del enjambre. Sólo hay que capturar un grupo de extraterrestres y llevárselos a la Tierra, o tal vez estableceremos una base en cualquiera de esos planetas. Pero eso sólo son proyectos parciales. Usted es mi proyecto número uno.

Por un momento, Aylmer no dijo nada. Pensaba acerca de las formas con que el azar impulsa sus vientos, y cómo soplan tan salvajemente. Tan sólo muy poco antes se hallaba sólidamente implicado en una relación personal formada por su padre, su madre, su chica y, en menor grado, su tío Mihaly. Ahora se encontraba milagrosamente libre, con una cuestión que le interesaba plantear.

-¿Cuánto tiempo van a dejarme ustedes sobre ese planeta?

-Bien, no será más de un año; se lo prometo -dijo la señora Warhoon.

Aliviada, vio cómo se diluía el ceño que se había formado en el rostro del joven.

Volvieron a sonreír aunque ambos hombres parecían sentirse un tanto incómodos.

-¿Qué le parece todo esto? -preguntó la señora Warhoon a Aylmer con aire de simpatía.

Lattimore pensó en aquel momento que Aylmer debía responder que su propuesta era demasiado arriesgada para aceptarla, y no podía permitirse pagar un precio tan alto por la catarsis que necesitaba. O bien mirar a Lattimore en busca de ayuda, y él se la daría.

E1 joven miró a Lattimore, pero en su mirada sólo brilló el orgullo y la excitación.

Lattimore siguió pensando que su diagnóstico era un completo fracaso. Era un héroe, en absoluto un cobarde. El hombre, a fin de cuentas, es su propia responsabilidad.

-Me siento muy honrado de que se me asigne tal misión -concluyó Aylmer Ainson.

Como un perro al que se le ordena algo a voces, el universo volvió a su posición acostumbrada. Ya no estaba rodeado por la "Gansas", sino que rodeaba a la nave espacial que había llegado al planeta y permanecía con el morro hacia arriba.

En honor del capitán de la nave, el planeta había sido bautizado con el nombre de Pestalozzi, aunque el oficial navegante Gleet había sugerido toda una serie de nombres más agradables.

Todo era magnífico en Pestalozzi.

Su atmósfera era una correcta mezcla de oxígeno a nivel del suelo. No existía ningún gas que ofendiera los pulmones terrestres y, mejor aún, según la afirmación hecha por la dotación médica no contenía ninguna bacteria ni virus.

La "Gansas" se había posado en las proximidades del Ecuador. La temperatura al mediodía no subía por encima de los veinte grados Celsius, y en la noche no bajaba de los nueve grados.

El período de rotación axial correspondía al de la Tierra, exceptuando una completa revolución sobre su eje en veinticuatro horas y nueve minutos aproximadamente. Esto significaba que un punto del ecuador viajaba con más rapidez que el equivalente en la Tierra, ya que una gran desventaja del planeta Pestalozzi era su considerable masa.

Se establecieron períodos de descanso tras la comida del mediodía. La mayor parte de los hombres de la tripulación había comenzado a rebajar peso, ya que siete kilos escasos sobre Pestalozzi pesaban veintiuno en el ecuador.

Pero aquellas molestias tendrían sus compensaciones, sobre todo la de descubrir a los extraterrestres.

Una vez terminadas las tareas de análisis del aire, las observaciones solares, la radiactividad del suelo, las comprobaciones magnéticas y batitérmicas y otros fenómenos que se prolongaron durante dos días, la "Gansas" dejó en libertad un pequeño vehículo auxiliar. Se inició una serie de vuelos que tenían por objeto tanto la exploración como el alivio de la cosmofobia.

Piña de Miel pilotaba uno de aquellos aparatos auxiliares, volando de acuerdo con las instrucciones de Lattimore. Éste se encontraba en un estado de gran excitación, que transmitía al tripulante sentado a su lado: Hank Quilter. Ambos se agarraron al raíl, mirando fascinados las tierras oscuras que pasaban bajo el vehículo, como el flanco de una inmensa bestia galopante...

Lattimore pensaba que aprendería a cabalgar sobre aquella bestia y dominarla, mientras intentaba analizar la tremenda sensación que experimentaba. Aquello era lo que tantos escritores mediocres intentaron explicar un siglo antes de que comenzase el viaje espacial, y vaya si lo habían logrado.

Aquélla era la auténtica realidad: sentir el apretón de la gravedad diferente en todas las células del cuerpo, cabalgar sobre una tierra aún virgen de todo pensamiento humano, ser el primer hombre que experimentara jamás aquellas sensaciones.

Era como regresar a la infancia, una infancia extensa y salvaje. Una vez, hacía ya mucho

tiempo, se habían internado en los matorrales de lavanda del fondo del jardín y fue como poner el pie en el umbral de un mundo desconocido. Y allí estaba de nuevo, con toda la hierba y los matorrales de lavanda de su niñez.

Lattimore hizo las comprobaciones precisas.

-¡Alto! -ordenó-. ¡Vida extraterrestre ante nosotros!

Permanecieron volando sobre el lugar. Bajo ellos, un ancho y perezoso río aparecía bordeado de vegetación. Los hombres-rinoceronte, en grupos aislados, trabajaban o se retiraban tras los árboles.

Lattimore y Quilter se miraron.

-Aterrice -ordenó Lattimore.

Piña de Miel maniobró con exquisito cuidado para posar el aparato en el suelo.

-Será mejor que tomen sus rifles, por si se presentan problemas.

Agarraron sus armas y descendieron al suelo con cuidado. Pesaban tanto que los tobillos corrían peligro de romperse a pesar de los dispositivos de seguridad fijados en las piernas, a la altura de los muslos.

Una línea de árboles se extendía a unos cien metros al norte del lugar en que se encontraban. Los tres hombres se dirigieron a los árboles, atravesando las hileras de plantas elevadas que parecían lechugas, sólo que sus hojas eran más grandes y bastas como hojas de ruibarbo.

Los árboles eran enormes, pero lo más notable era lo que parecía ser una malformación en sus troncos. Se extendían enormemente lobulados, y adoptaban aproximadamente la forma de los extraterrestres, con sus cuerpos rechonchos y dos cabezas. De la copa surgía una serie de raíces aéreas, muchas de las cuales semejaban dedos rudimentarios. El follaje encrespado que surgía del tronco, en la bifurcación de las ramas, crecía en una especie de rígida turbulencia que hizo que Lattimore sintiera el estremecimiento de lo maravilloso. Allí existía algo con lo que su cansada inteligencia no se había enfrentado jamás.

Mientras los tres hombres se dirigían hacia los árboles, los rifles apoyados en la cadera, al estilo tradicional, cuatro aves provistas de cuatro alas cada una -mariposas del tamaño de águilas- surgieron aleteando del follaje, volaron en círculos y se dirigieron hacia las bajas colinas del extremo lejano del río. Bajo los árboles, media docena de hombres-rinoceronte observaban la aproximación de los tres hombres. Su olor resultó ya familiar a Lattimore. Entonces quitó el seguro del rifle.

-No me había dado cuenta de que fueran tan grandes -comentó Piña de Miel-. ¿Nos atacarán? No podemos correr... ¿No sería mejor que regresáramos al helicóptero?

-Dispuestos a correr -dijo Quilter, limpiándose los húmedos labios con la mano.

Lattimore juzgó que el leve movimiento de las cabezas de aquellas criaturas no indicaban otra cosa que curiosidad, pero celebraba que Quilter se sintiera tan dispuesto a controlar la situación como él mismo.

-Vamos, continúe avanzando, Piña de Miel -ordenó.

Pero Piña de Miel se había vuelto para mirar el aparato.

Se le escapó un grito:

-¡Eh, atacan por la retaguardia!

Siete extraterrestres, dos de los cuales eran enormes, de piel gris, se aproximaban al helicóptero por la parte de atrás en forma inquisitiva. Ya se hallaban a pocos metros de distancia. Piña de Miel tomó el rifle, apuntó e hizo fuego.

El primer disparo falló; el segundo dio en el blanco. Los hombres oyeron cómo la bala de californio chocaba con la fuerza de diecisiete toneladas de TNT. Uno de los grandes hombres-rinoceronte quedó patas arriba, con un cráter abierto en la suave superficie de la espalda.

Las otras criaturas se dirigieron hacia el compañero alcanzado, mientras Piña de Miel

Librodot

disparaba de nuevo.

-¡No dispares! -gritó Lattimore.

Pero su voz quedó ahogada por el estampido del rifle de Quilter a su izquierda. Una de las pequeñas bestias estalló al recibir el disparo, y una de sus cabezas quedó separada del tronco.

A Lattimore se le pusieron rígidos los tendones del cuello y el rostro. Vio cómo el resto de aquellas estúpidas cosas se quedaban en pie, sin huir y sin aparentar temor; tampoco hicieron el menor gesto de salir corriendo. ¡Era como si no sintiesen nada! Si no podían apreciar el poder del hombre, había llegado el momento de mostrárselo. No existía especie viviente que no conociera el poder del fuego que tenía el hombre. ¿Para qué podían ser buenos, si no era para servir de blanco?

Lattimore levantó el rifle. Disponía de un mecanismo de disparo para balas del calibre 0.5 entiro normal automático. Disparó juntamente con Quilter.

Permanecieron hombro contra hombro, disparando hasta que las siete criaturas quedaron deshechas por los disparos. Entonces Piña de Miel gritó para que se detuvieran. Lattimore y Quilter se miraron. -Si cogemos el helicóptero y volamos bajo podremos asustarlos y además seremos un blanco en movimiento -dijo Lattimore, limpiándose las gafas con la parte frontal de la camisa.

Quilter se limpió los labios resecos con el dorso de la mano.

-Alguien tenía que enseñar a estos cerdos cómo se corre -convino muy ufano.

Entre tanto, la señora Warhoon estaba muda de asombro ante lo que veía. Había sido invitada a bordo del aparato de reconocimiento del capitán, y descendió para investigar lo que parecía un enorme montón de ruinas en el interior del continente ecuatorial.

Allí habían descubierto la prueba de que los extraterrestres eran seres inteligentes. Encontraron minas, fundiciones, refinerías, fábricas, laboratorios, rampas de lanzamiento. Todo ello daba la impresión de una industria rural. El proceso industrial se había convertido totalmente en un arte del pueblo, las naves espaciales eran el producto de un trabajo artesano, por así decirlo. Supieron entonces, mientras caminaban sin ser molestados por nada ni por nadie, que se hallaban en presencia de una raza inmemorial. Era algo tan antiguo que se hallaba más allá de la imaginación del hombre.

El capitán Pestalozzi se detuvo y encendió un mezcal. -Una raza degenerada -había dicho-. Una raza en completo declive, eso está claro. -No me parece que sea tan evidente. Estamos demasiado lejos de la Tierra para que cualquier cosa sea clara -replicó la señora Warhoon. -Tan sólo basta con fijarse en todas esas cosas -insistió el capitán.

Pestalozzi sentía muy poca simpatía por la señora Warhoon: era demasiado inteligente. Y cuando se alejaba del grupo sentía una sensación de alivio.

Fue entonces cuando ella se encontró con la perfección.

Los escasos edificios estaban esparcidos por una amplia zona y su arquitectura no era despreciable, sino más bien informal. Los muros se inclinaban hacia adentro para terminar en unos tejados curvos, y estaban construidos de ladrillo con piedras talladas con una evidente precisión. Los materiales estaban dispuestos de tal modo que no se había precisado mortero ni cemento para unirlos. Si aquello era consecuencia de una gravedad de 3-G o se debía a un impulso artístico, era algo que la señora Warhoon decidió dejar para más tarde. Le disgustaban las conclusiones rutinarias y uniformes a las que solía llegar el capitán. Con aquella idea en la mente, entró en uno de los edificios, similar en todo a los demás. Y allí estaba la estatua.

Era la perfección.

Pero “perfección” era una palabra fría. Aquello tenía el calor y el misterioso aislamiento

del logro perfecto.

Sintió un nudo en la garganta y rodeó la estatua.

Sólo Dios sabía qué hacía aquello dentro de una casa apestosa.

La estatua representaba a uno de los extraterrestres. Comprendió en seguida que había sido esculpida por uno de ellos. Pero hubiera deseado saber si había sido terminada el día anterior o treinta y seis siglos atrás. Después de un momento, cuando los pensamientos que habían cruzado vertiginosamente por su cerebro se serenaron, comprendió por qué se le había ocurrido la idea de que la estatua tenía treinta y seis siglos. Aquélla habría sido la edad de una estatua de la XVIII dinastía egipcia: una figura sentada, que con tanta frecuencia había contemplado en el Museo Británico. Aquel trabajo, tallado y grabado como el que ahora contemplaba en un granito oscuro, tenía algunas de sus mismas cualidades.

La figura extraterrestre se apoyaba sobre sus seis miembros, en perfecto equilibrio, con una de las cabezas puntiagudas un poco más elevada que la otra. Entre la curva cadena de la espina dorsal y la parábola del vientre estaba comprendido el gran conjunto simétrico de su cuerpo. La científica sintió una curiosa sensación de humildad en aquella sala con la estatua; aquello era la belleza, y por primera vez apareció en el fondo de su conocimiento ilustrado la idea de lo que era la belleza: la reconciliación entre la humanidad y la geometría, entre lo personal y lo impersonal, entre el espíritu y el cuerpo.

Entonces la señora Warhoon se estremeció en todo su ser. Vio muchas otras cosas, todas importantes, pero que hubiera deseado no ver en aquel momento. Vio claramente que allí existía una raza civilizada que había llegado a su madurez por un camino diferente al del hombre en la Tierra. Aquella raza, desde el principio y continuamente (o sólo con un breve intervalo) no había estado en conflicto con la naturaleza y el escenario natural que la había sostenido. Había permanecido en íntima relación con ella, sin divorciarse. En consecuencia, su lucha, la de ser representado en aquel granito donde se unían el filósofo y el escultor, el hombre del espíritu y el artesano-, era la lucha con su reposo natural (torpor, podría decirse), mientras que la lucha del hombre había estado dirigida principalmente hacia afuera, contra fuerzas que creyó se le oponían.

La señora Warhoon vio todo aquello de forma tan simple, que antes de embellecerlo para hacer el correspondiente informe, se dio cuenta de que el género humano no podría interpretar bien aquella forma de vida, ya que existía en ella un equilibrio que se oponía al equilibrio humano. Al ver una raza que ignoraba el dolor y desconocía el miedo, permanecería extraña para el hombre.

Tenía un brazo apoyado en el flanco de la estatua y sus pies descansaban en la pulida superficie. Entonces lloró.

Rodeó la escultura, experimentando en su espíritu todas aquellas percepciones hasta que, como eran puramente intelectuales, desaparecieron y en su lugar tomó cuerpo una afección femenina que tardó mucho más en desaparecer. Percibió que en aquella estatua se resumía la humanidad. Fue su humanidad lo que le hizo recordar la estatua egipcia. Vio que, aunque era sólo una abstracción, sin embargo mantenía la sensación de la humanidad, o la cualidad que los humanos llaman humanidad, y que era algo que el género humano, incapaz de retenerlo, había perdido. Lloró por la pérdida, por ella y por todos.

Entonces, unos disparos lejanos la sacaron de su melancolía. Siguieron otros disparos y después los gritos y silbidos de los extraterrestres. El capitán Pestalozzi tenía dificultades, o bien las estaba creando.

Se apartó con cansancio los cabellos que le caían sobre la frente y se dijo que se comportaba como una tonta. Sin volverse para mirar de nuevo la estatua se dirigió a la puerta del edificio.

Cuatro días más tarde según el horario de la nave, la “Gansas” estaba dispuesta para salir hacia otro planeta.

Tras la experiencia del primer día, y a pesar de todo lo que la señora Warhoon pudo decir,

Librodot

de forma un tanto histérica, se convino en general que los extraterrestres eran una forma degenerada de vida, tal vez algo peor que los animales, y por lo tanto presas apropiadas para la caza y para satisfacer los impulsos de diversión de los hombres. Estuvieron cazando durante casi dos días. Un poco de deporte no haría daño a nadie...

Los rastreos planetarios dieron como resultado que el planeta Pestalozzi albergaba sólo unos cuantos cientos de miles de aquellos grandes sexípedos, congregados alrededor de las charcas y marismas artificialmente creadas. Recordaban al viejo Adán en el Edén. Sin embargo, se capturaron algunos especímenes, que fueron enjaulados a bordo de la “Gansas”. También se recogió la estatua de la señora Warhoon y un número de artefactos de la más diversa naturaleza, además de algunas muestras vegetales.

Era decepcionante la escasa fauna que presentaba el planeta: varias especies de pájaros, roedores de seis patas, lagartos, moscas de caparazón articulado, peces y crustáceos en los ríos y en los mares. En las regiones árticas se hizo un importante descubrimiento que parecía ser una excepción a la regla de que los pequeños animales de sangre caliente no pueden vivir en tales condiciones ambientales. Y poco más. Metódicamente, la sección de exobiología lo fue disponiendo todo en la nave espacial. Hasta que estuvieron listos para dar el próximo paso en su investigación planetaria.

La señora Warhoon, en compañía del sacerdote de la nave, su ayudante, Lattimore y Quilter (que acababa de ser promovido al puesto de nuevo ayudante de Lattimore) fueron a despedir a Samuel Melmoth, alias de Aylmer Ainson, en su reserva.

-Espero que el muchacho lo pase bien -comentó la señora Warhoon.

-Vamos, deje de preocuparse. Tiene la munición necesaria para disparar contra todo bicho viviente que pueda existir en este planeta -dijo Lattimore.

Lattimore estaba irritado por su éxito con la mujer. Desde el primer día de estancia en Pestalozzi cuando ella se volvió repentinamente sociable y se metió en su cama, Hilary se había mostrado llorosa y alterada. Y a Lattimore, siempre bonachón con las mujeres, le gustaba comprobar que sus atenciones tenían un efecto de benevolencia.

Se quedó a la puerta de la empalizada, vagamente apesadumbrado. Los otros podían decir adiós al joven Ainson. Por lo que a él se refería, ya había tenido bastante con la familia Ainson.

La empalizada estaba reforzada con una red de alambre. Formaba una valla de ocho pies de altura, con dos acres cuadrados de terreno, atravesados por una corriente de agua. Aquel terreno había sido un poco dañado por las máquinas del personal que preparó la residencia del joven Aylmer. La zona, en conjunto, representaba un trozo típico del paisaje de Pestalozzi. Junto al riachuelo había una charca, y muy cerca una de las bajas edificaciones nativas. En aquel terreno crecían también vegetales abrigados por los enormes árboles.

Más allá de los árboles surgía el puesto automático de conservación, con su antena de radio graciosamente enhiesta. Cerca se hallaba el edificio de ocho habitaciones, diseñado y ensamblado con piezas prefabricadas, que constituía la residencia de Aylmer. Dos de las habitaciones eran la casa propiamente dicha, y las otras contenían todos los aparatos que necesitaría para registrar e interpretar el lenguaje extraterrestre, un pequeño arsenal, un abundante depósito de medicamentos y otras provisiones. Estaba también la planta de energía, y el sintetizador de alimentos que podía transformar el agua, el terreno, las rocas, cualquier cosa, en alimentos.

Una hembra extraterrestre con su retoño se encontraban en un lugar alejado, fuera del conjunto de edificaciones. Ambas criaturas tenían los miembros retraídos. “Buena suerte para todos -pensó Lattimore-, y al diablo con todo esto.“

-Hijo mío, que encuentres la paz -dijo el sacerdote, tomando una mano de Aylmer y estrechándola entre las suyas-. Recuerda que en este año de aislamiento estarás siempre en presencia de Dios.

-Buena suerte en tus trabajos, Melmoth -le dijo el ayudante-. Volveremos a verte dentro

Librodot

de un año.

-Adiós, Sam. Lamento haberte puesto ese ojo morado -le dijo Quilter, dándole una afectuosa palmada en la espalda.

-¿Estás seguro de que no necesitas nada más? -le preguntó la señora Warhoon.

Aylmer respondió a todos y se metió en la casa. Le habían rodeado de los más ingeniosos dispositivos para combatir los efectos de la pesada gravedad del planeta, pero, aun así, tendría que acostumbrarse a ella. Se tumbó en la cama, se puso las manos detrás de la cabeza, y escuchó cómo todos se marchaban.

El equipo de la nave "Gansas" encontró muchas cosas maravillosas. La ciencia había tenido raramente una oportunidad semejante.

Antes del despegue de la nave, el equipo que trabajaba con el cosmonauta Marcel Gleet concluyó los cálculos que revelaron la extraordinaria excentricidad de la órbita del planeta Pestalozzi.

La noche resultaba algo divertido en aquel período. Cuando el sol azafranado se ocultaba en el horizonte occidental, las largas sombras se escindían en dos, y una brillante estrella amarilla se manifestaba en el sur. Esta estrella, aunque no presentaba un disco perceptible a simple vista, brillaba casi con tanta luz como la luna llena de la Tierra. Y antes de que ésta se ocultara en el horizonte, otra estrella surgía como campeona de la luz. Era la estrella Blanca Bienvenida, que brillaba hasta el amanecer, borrándose de la vista cuando el sol de azafrán salía con la suficiente fuerza para hacerse cargo de sus deberes celestiales.

Las computadoras de Gleet y sus camaradas encontraron que la estrella blanca, la azafranada y la amarilla formaban un triple sistema solar, orbitando la una con la otra. Y transcurrido un cierto número de años se interferían lo bastante cerca con la órbita del planeta Pestalozzi. Atraído por las masas de dos soles, el planeta quedaba libre de la atracción solar correspondiente, y pasaba a la órbita de uno de los soles rivales. Y cuando la misma yuxtaposición volvía a ocurrir, muchos años después, el planeta pasaba al tercer sol y así volvía de nuevo a su primer compañero. Era como el coqueteo de una danza astronómica cuyos bailarines tuvieran que decir periódicamente "usted perdone".

Aquel descubrimiento causó maravilla y dio trabajo a los matemáticos. Entre otras cosas, aquello explicaba la fantástica dureza de las criaturas que poblaban el planeta, y que soportaran una extrema gama de temperaturas, así como la naturaleza cataclísmica producida por el cambio de los soles: algo que el hombre sólo podía contemplar con auténtico asombro.

Como resaltó Lattimore, aquel hecho astronómico, por sí mismo, contribuía en mucho a explicar la estolidez de temperamento y la impenetrabilidad de las criaturas al dolor. Se había desarrollado y evolucionado bajo condiciones que hubieran puesto a prueba la vida terrestre casi desde sus comienzos.

La "Gansas", continuando con su labor de reconocimiento, tomó contacto con los otros catorce planetas del enjambre formado por los soles triples, y las tres estrellas restantes. En cuatro de los planetas el hombre podía vivir confortablemente, y en tres de los cuatro hallaron las condiciones ideales. Eran unos mundos que contenían el máximo valor potencial para la vida humana. Fueron bautizados (de acuerdo con la sugerencia del sacerdote) con los nombres bíblicos de Génesis, Éxodo y Números (puesto que se daba por descontado que nadie toleraría un planeta que se llamase Levítico).

En aquellos planetas, y sobre otros cuatro donde el clima o la atmósfera eran intolerables para el hombre, se encontraron también extraterrestres. Aunque su número resultaba comparativamente escaso, se estableció también su dureza y su resistencia.

Por desgracia, se produjeron incidentes. En Génesis, llevaron a bordo un grupo de extraterrestres de piel arrugada. Ante la insistencia de la señora Warhoon. fueron llevados a la cubierta de comunicación, donde ella intentó hablarles, en parte mediante sonidos y signos, y en parte valiéndose de visifotografías, que Lattimore y Quilter mostraron sobre una pantalla. Ella imitó los sonidos extraterrestres y ellos imitaron la voz de la señora Warhoon. Los

Librodot

presagios resultaron prometedores, pero, por desgracia, los extraterrestres cautivos en la cubierta inferior se hicieron oír.

Lo que dijeron tan sólo podía ser imaginado, pero inmediatamente los extraterrestres comenzaron a escapar. Quilter intentó con valentía mantenerlos en su sitio, pero fue derribado y resultó con un brazo roto en el tumulto.

Los extraterrestres se introdujeron en el ascensor y hubo que exterminarlos. La desilusión ante aquella desgracia fue general.

En uno de los planetas más duros, donde se tenía por seguro que el hombre dispondría de poco tiempo para sobrevivir, ocurrió algo mucho peor.

El planeta había sido bautizado con el nombre de Gansas. Fue el último en ser visitado, y podría decirse que la noticia de la llegada del hombre había precedido a éste.

En la remota y rocosa altiplanicie del hemisferio norte vivía una forma salvaje de vida a la que se le llamó informalmente oso quitinoso. Se parecía a un oso polar pequeño,

8
4

pero estaba envuelto en una piel alternada con bandas de quitina y largos pelos blancos. Era ligero y rápido de pies, con agudos colmillos, y de naturaleza agresiva. Aunque sus presas naturales lo constituían las pequeñas ballenas cornudas de los mares cálidos de Gansas, era enemigo de los sexípedos que habían invadido su hábitat natural.

Sin duda esta oposición, que no se daba en ninguna otra parte de la familia de los planetas, había promovido una pequeña hostilidad en los extraterrestres. De todos modos, el primer grupo de humanos que hizo fuego sobre una banda de extraterrestres exploradores se encontró con una respuesta idéntica por parte de las extrañas criaturas. La “Gansas”, cogida por sorpresa, se encontró sometida a un bombardeo desde una posición fortificada situada en un lugar escarpado.

La nave sufrió un impacto directo sobre una de las escotillas abiertas para el personal, antes de que el enemigo fuese aniquilado.

Se necesitaron cinco días de trabajo, en turnos constantes de todo el personal disponible, para que la sección de ingeniería reparase el daño, y posteriormente toda una semana de paciente labor, cuidadosa inspección y parcheamiento para asegurarse de que todas las planchas del casco quedaran en condiciones.

Cuando terminó todo aquello, la señora Warhoon se regocijó enormemente.

-No importa lo que pensara al observar esa estatua. Tuvo que haber sido una especie de trastorno cerebral momentáneo -dijo, abrazada a las rodillas de Bryant Lattimore-. Estaba sobreexcitada aquel día, ¿sabes?... Oh, tuve la fantástica sensación de que el hombre había tomado el camino erróneo en la línea de la evolución o algo así.

-Vamos, que nunca descartas tus primeras impresiones -repuso Lattimore, permitiéndose una broma, ya que ella parecía tranquila y emocionalmente equilibrada.

-Una vez que llevemos a esos extraterrestres a la Tierra y les enseñemos inglés, no me sentiré tan mal. Me tomo mi profesión con demasiada seriedad; supongo que es un signo de inmadurez. Pero habrá tantos conocimientos que intercambiar... Oh, Bryant,

hablo demasiado, ¿no crees?

-Me encanta escucharte.

-Se está tan a gusto en esta alfombra... -y con gestos sensuales fue pasando los
dedos por las bandas alternas de quitina y de pelo.

Lattimore la observaba con un deseo poco vehemente. Desde luego, ella tenía unos dedos bonitos y sumamente diestros.

-Mañana salimos para la Tierra -dijo Lattimore-. No quiero perderte de vista cuando volvamos, Hilary. ¿Te importaría decirme hasta qué punto te encuentras emocionalmente ligada a sir Mihaly Pasztor?

Ella pareció sentirse confusa e incómoda, a punto de sonrojarse. Pero antes de que pudiera

Librodot

contestar, alguien llamó a la puerta, y entró Quilter. Llevaba consigo el rifle de calibre 0.5 de Bryant. Hizo un gesto amistoso a la señora Warhoon, que se había levantado y se ajustaba la banda de los hombros.

-La nave está dispuesta para el próximo viaje -dijo mientras abandonaba el rifle sobre la mesa y descansaba su mirada sobre la señora Warhoon-. A propósito, habrá problemas abajo, en la cubierta de la tripulación, a menos que se haga algo y pronto.

-¿Qué clase de problemas? -preguntó Lattimore perezosamente, poniéndose las gafas y ofreciéndoles un mezcal.

-Pues algo parecido a los que tuvimos en el "Mariestopes" -repuso Quilter-. Todos esos hombres-rinoceronte que trajimos a bordo están dejando en el suelo gran cantidad

8
5

de excrementos. Los hombres rehusan limpiarlos mientras no haya una paga especial. Imagino que lo que realmente les molesta es que el sintetizador de alimentos de la cubierta H se ha estropeado esta mañana y se les ha suministrado carne animal para comer, a la antigua usanza. Los cocineros pensaban que nadie se daría cuenta, pero hay varios individuos en la enfermería en este momento, envenenados por el colesterol.

-¡Qué forma de gobernar una nave! -exclamó Lattimore.

Pero no estaba muy descontento, ya que cuanto más oía hablar de la falta de eficiencia de la gente, en mayor estima tenía la suya propia. La señora Warhoon, por el contrario, se había disgustado, principalmente porque se resentía de la fácil camaradería que había surgido entre Lattimore y Hank Quilter.

-La carne animal no es venenosa -dijo Hilary-. En algunos lugares atrasados de la Tierra todavía la siguen comiendo con regularidad.

La señora Warhoon no tuvo la suficiente valentía para referir cuánto había disfrutado de la carne animal, cenando íntimamente con Mihaly Pasztor en el piso de éste.

-Sí, sólo que nosotros somos individuos civilizados; no atrasados -repuso Quilter, chupando su mezcal-. Ésa es la razón por la que esos tipos irán a la huelga, negándose a limpiar los excrementos.

La señora Warhoon observó la sardónica sonrisa que apareció en el rostro de los dos hombres, precisamente la misma que a veces aparecía en el suyo propio. Como una revelación, comprendió cuanto detestaba aquella simiesca superioridad masculina, y el recuerdo de la gentil y soberbia estatua de Pestalozzi le ayudó a detestarla aún más.

-¡Todos los hombres sois iguales! -gritó-. Estáis cortados por el mismo patrón y apartados de las realidades de la vida, de una forma en que la mujer nunca lo estará. Para bien o para mal, somos comedores de carne y siempre lo hemos sido. La carne de animal no es venenosa, y si vosotros os ponéis enfermos al comerla, es vuestra mente la que se ha envenenado. Y todo ese temor a los excrementos... ¿es que no veis que para esos infortunados seres sus productos de desecho son un signo de fertilidad, y que los ofrecen ceremonialmente con sus sales minerales a la tierra una vez utilizados? ¿Es acaso menos repulsivo lo que ocurre con las religiones terrestres, donde se ofrecen sacrificios humanos a tan variadas y supuestas deidades? ¡Dios mío!, ¿qué hay de repulsivo en todo eso? Lo malo de nuestra cultura es que está fundamentada en el temor a lo sucio, al veneno, a los excrementos. Pensáis que los excrementos son algo malo ¡pero lo realmente malo es el temor!

Tiró su mezcal al suelo y lo aplastó con el pie, como si rechazase todo lo artificial. Lattimore la miró levantando ceñudamente una ceja.

-¿Qué te ocurre, Hilary? Nadie tiene miedo de esa porquería. Sencillamente, nos molesta. Como tú dices, es un producto de desecho, y como tal hay que considerarlo. No es cosa de ponerse de rodillas por ello. No me extraña que esos condenados hombresrinoceronte no hayan ido a ninguna parte si han orientado sus vidas hacia la porquería.

-Además -dijo entonces Quilter, razonablemente, porque estaba acostumbrado a los irracionales estallidos de mal humor de las mujeres-, nuestros hombres no se niegan a limpiar

esos excrementos, lo que no quieren es hacerlo sin una paga extra.

-Pero ninguno de los dos habéis comprendido lo que quiero decir realmente -dijo la señora Warhoon, pasándose sus bellos dedos por el cabello.

-Vamos, Hilary -interrumpió Lattimore- . Dejemos este asunto. Que no se hable más de ese coprófilo tema y vuelve a tu buen carácter.

Al día siguiente, una vez reparada, la nave "Gansas" despegó de aquel planeta prohibido, llevando en su interior una carga de organismos vivientes, con sus esperanzas, sus fobias, sus grandezas y sus fracasos, transponencial y trascendentalmente hacia el planeta Tierra.

El viejo Aylmer dormía intermitentemente. Se resistía con tenacidad a los esfuerzos que Snok Snok Karn hacía para que se levantara, hasta que el joven utod le incorporó con cuatro de sus miembros y le sacudió ligeramente.

-Vamos, tienes que despertar completamente, mi querido Hombre-con-piernas -dijo Snok Snok-. Toma tus muletas y sal a la puerta.

-Mis viejos huesos están rígidos, Snok Snok. Disfruto de ellos cuando me dejan estar en posición horizontal.

-Tienes que prepararte para el estado de carroña en vida -dijo el utod, que durante años se había entrenado para charlar utilizando los orificios casspu y los orificios orales; de ese modo Ainson y él podían comunicarse regularmente-. Cuando cambies al estado de carroña madre y yo te plantaremos bajo los ammps, y en el próximo ciclo te habrás convertido en un utod.

-Muchísimas gracias, pero me temo que no ha sido por eso que me has despertado. ¿Qué sucede? ¿Qué te preocupa?

Aquélla era una frase que, en cuarenta años de asociación con Ainson, Snok Snok no había comprendido nunca. Lo pasó por alto.

-Vienen hacia acá algunos hombres-con-piernas. Les vi dando tumbos sobre algo con cuatro patas redondas. Se dirigen hacia nuestro sumidero.

Ainson se las arregló para tomar sus muletas.

-¿Hombres? No lo creo después de tantos años.

Apoyado en las muletas, se dirigió trabajosamente a lo largo del corredor hacia la puerta frontal. Existían a ambos lados puertas que no habían abierto hacía muchísimo tiempo, puertas selladas que daban acceso a habitaciones que contenían armas y municiones, aparatos de registro y suministros ya descompuestos; no necesitaba ya aquel material más de lo que necesitaba el puesto automático de observación, abandonado desde hacía tanto tiempo, deshecho bajo la imponente majestad de las tormentas de Dapdrof y el tirón gravitacional del planeta.

Los grorgs se escurrieron delante de Snok Snok y Ainson y se hundieron en el sumidero, donde Quequo estaba tranquilamente recostado. Snok Snok y Ainson se detuvieron en el umbral, mirando a través de la alambrada que circundaba la construcción. En aquel momento, un vehículo todo terreno se detuvo en la entrada.

Cuarenta años, pensó Ainson, cuarenta años de paz y de quietud, y tenían que venir entonces a turbarle. Ya podían haberle dejado morir en paz. Seguramente se habría preparado bien para el próximo esod, sin que tuviera ninguna objeción que hacer al hecho de ser enterrado bajo los árboles ammp.

Silbó hacia su grorg para que volviera con él, y permaneció a la espera. Los hombres saltaron fuera del vehículo.

De repente, Ainson regresó al corredor y se dirigió hacia la pequeña armería, donde ajustó sus ojos a la luz. El polvo formaba espesas capas por todas partes. Abrió una caja de metal y tomó un rifle de metal opaco. Pero ¿dónde estaba la munición? Miró a su

alrededor con disgusto, dejó caer el arma en el polvo del suelo y salió de nuevo arrastrando los pies y apoyándose en las muletas. Había acumulado en Dapdrof mucha paz para comenzar a sus años a disparar un arma.

Uno de los hombres del vehículo de cuatro ruedas estaba allí, en la puerta frontal. Había dejado a sus dos compañeros junto a la alambrada.

Ainson se sintió acobardado. ¿Cómo dirigirse a un miembro de su misma especie? Aquel tipo, en particular, no parecía el más adecuado para dirigirse a él. Aunque muy bien podría tener la misma edad que Ainson, excepto que él había pasado cuarenta años soportando la gravedad de 3 g. Vestía de uniforme, y no cabía duda de que su actividad le ayudaba a mantener un cuerpo saludable, indiferente al estado de su mente. Tenía la expresión beata de una persona bien alimentada, como el que ha estado comiendo a la mesa de un obispo.

-¿Eres Samuel Melmoth, de la "Gansas"? -preguntó el militar.

Permanecía en una actitud neutral, con las piernas luchando contra la gravedad del planeta. Bloqueaba la puerta con el cuerpo. Ainson tragó saliva a la vista del individuo; los bípedos vestidos parecían una cosa singular cuando no se estaba acostumbrado al fenómeno.

-¿Melmoth? -replicó el militar.

Ainson no tenía ni idea de lo que aquella persona quería decir. Ni podía pensar en nada que pudiera constituir una respuesta adecuada.

-Vamos, vamos. Tú eres Melmoth, ¿verdad?

Nuevamente, aquellas palabras le dejaron perplejo.

-Ha cometido una equivocación -le dijo entonces Snok Snok, mirando más de cerca al recién llegado.

-¿Es que no puedes mantener a esos bichos en sus charcas? Tú eres Melmoth. Ahora te reconozco. ¿Por qué no me respondes ?

Un lejano recuerdo comenzó a formarse en la mente de Ainson. ¡Ammps! Aquello era una tortura.

-Parece que va a llover -dijo.

-¡Al fin hablas! Has tenido que esperar mucho para ser rescatado. ¿Cómo estás, Melmoth? ¿No te acuerdas de mí?

Ainson miraba confuso aquella figura militar que tenía ante él. No recordaba a nadie de la Tierra, excepto a su padre.

-Temo que... Hace tanto tiempo... He estado tan solo.

-Cuarenta y un años, según mis cálculos. Mi nombre es Quilter. Hank Quilter, capitán de la nave estelar "Hightail". Quilter, ¿no te acuerdas?

-Hace tanto tiempo...

-Una vez te puse un ojo morado. Lo he tenido sobre mi conciencia todos estos años. Cuando me ordenaron que viniera a este sector de batalla, me tomé el riesgo de venir a verte. Me alegra de que no me guardes ningún rencor, aunque es una ofensa para el orgullo de un hombre que alguien le olvide. ¿Cómo te han ido las cosas en Pestalozzi?

Ainson deseó aparecer ocurrente ante aquel tipo que le demostraba tan buena voluntad, pero no encontraba la forma de hacerlo.

-Eh... Pesta... Pesta... He permanecido anclado aquí en Dapdrof todos estos años. -Entonces, pensó en algo que deseaba decir, algo que tenía que haberle preocupado

por... tal vez diez años, pero que estaba ya lejos, en el pasado. Se inclinó hacia delante, se aclaró la garganta y preguntó-: ¿Por qué no vinieron por mí, capitán...?

-Capitán Quilter. Hank Quilter. Creo que no te acuerdas de mí. Yo te recuerdo muy bien,

e hice muchísimas cosas estos años pasados... Bueno, eso ya es historia, y lo que me preguntas requiere una respuesta. ¿No te importa si entro?

-¿Entrar? Ah, sí, entra.

El capitán Quilter miró los hombros lisiados del viejo, olfateó el ambiente y meneó la cabeza. Sin duda el viejo se había convertido en un nativo y tenía a los cerdos con él.

-Tal vez sea mejor que vengas conmigo al vehículo. Tengo una buena botella de whisky allí; supongo que te apetecerá echar un trago.

-Ah, bien. ¿Pueden venir también Snok Snok y Quequo?

-¡Por todos los diablos! ¿Esos dos tipos? Apestan. Melmoth, puede que tú estés acostumbrado, pero yo no. Deja que te eche una mano.

Irritado, Ainson rehusó la mano que le ofrecía. Dando traspiés, continuó apoyándose en sus muletas.

-No tardaré, Snok Snok -dijo en el lenguaje que habían creado entre ellos-. Voy a resolver un pequeño asunto y vuelvo en seguida.

Apreció con satisfacción que podía avanzar mucho más rápido que el capitán. Al llegar al vehículo ambos descansaron, mientras los otros dos militares miraban a Ainson con interés. Casi excusándose, el capitán le ofreció una botella y cuando Ainson la rehusó, los otros bebieron un buen trago. Ainson aprovechó el intervalo para pensar en algo amistoso que decir.

-Nunca vinieron por mí, capitán -fue cuanto se le ocurrió.

-Nadie tuvo la culpa, Melmoth. Créeme. Has tenido mucha suerte con estar lejos de tanto problema. En la Tierra han ocurrido demasiadas cosas horribles. ¿ Recuerdas los conflictos contenidos que se hacían en Charon? Bien, hubo una guerra anglo-brasileña que escapó a todo control. Los ingleses comenzaron a contravenir las leyes del estado de guerra, y quedó probado que habían pasado de contrabando a un jefe explorador, que ostentaba un rango social no permitido en el conflicto, por si utilizaban sus conocimientos para explotarlo en el terreno local, ya sabes...Yo estudié la totalidad del asunto en la Escuela de Historia Militar, pero se olvida uno de los pequeños detalles. De todas formas, este tipo, el jefe explorador Ainson, fue llevado a la Tierra para someterle a un juicio y murió asesinado. Los brasileños dijeron que había sido un suicidio, y los ingleses que fueron los brasileños los que lo mataron. Bien, los Estados Unidos quedaron envueltos en el asunto, pues se encontró un revólver norteamericano en el exterior de la prisión. Casi en seguida estalló otra guerra, igual que en los viejos tiempos.

El viejo Ainson se había perdido tanto en aquel relato que no supo qué decir. La mención de su propio nombre le había nublado la mente.

-¿Pensaste que me habían matado de un tiro?

Quilter volvió a tomar un trago de whisky.

-No supimos qué te había sucedido a ti. La Guerra Internacional estalló en el año dos mil treinta y siete y, en cierta forma, nos olvidamos de ti; aunque hubo muchos combates en este sector del espacio, particularmente en Números y Génesis. Ambos quedaron prácticamente destruidos. Clementina también recibió lo suyo. Tienes suerte de que aquí sólo quedaran fuerzas convencionales. ¿No viste nunca alguna señal de lucha?

-¿Luchas en Dapdrof?

-Luchas en Pestalozzi.

-No, no hubo ninguna lucha aquí. No sé nada de eso.

-Debiste librarte por estar en este hemisferio. El hemisferio norte está prácticamente destrozado, a juzgar por cuanto hemos visto a nuestro paso.

-Nunca vinisteis por mí.

-Diablos, te lo estoy explicando, ¿no? Vamos, toma un trago; te sentará bien. Pocas personas sabían de ti o te conocían, e imagino que casi todas estarán muertas ahora. Me he arriesgado por venir a buscarte. Ahora tengo la nave bajo mi mando, y me alegro mucho de llevarte de vuelta al hogar. Bueno, sólo queda una parte de Gran Bretaña, pero serás bienvenido en los Estados Unidos. Siempre me acuerdo del ojo que te puse morado... ¿Qué te parece, Melmoth?

Ainson bebió un poco de whisky directamente de la botella. Apenas podía hacerse a la idea de volver a la Tierra. Se habría perdido tanto... Pero un hombre tiene que volver a casa...

-Capitán, eso me recuerda que tengo todos los registros y las cintas magnetofónicas, los vocabularios y todo lo demás.

-¿De qué estas hablando?

-Vaya, ahora eres tú el que lo olvidas. El material que dejaron conmigo. Estuve trabajando para aprender un poco del lenguaje utodiano, el lenguaje de esos... esos extraterrestres, ya sabes.

Quilter parecía incómodo. Se limpió los labios con el dorso de la mano.

-Tal vez podamos recoger todo eso en otra ocasión.

-¿Sí? ¿Dentro de otros cuarenta años? ¡Oh, no! No puedo volver a la Tierra sin eso, capitán. Es el trabajo de toda mi vida.

-Sí, comprendo -repuso Quilter.

"El trabajo de toda una vida", pensó. Con cuánta frecuencia el trabajo de toda una vida no tiene ningún valor, excepto para el que lo ha hecho. No tenía valor para decirle al pobre viejo que los extraterrestres estaban prácticamente extinguidos, erradicados, por los azares de la guerra, de todos los planetas del Grupo de las Seis Estrellas; excepto unos cientos que vivían en el hemisferio meridional de Pestalozzi. Era uno de los tristes accidentes de la vida.

-Nos llevaremos todo lo que quieras, Melmoth -dijo finalmente.

Se levantó, se arregló el uniforme y transmitió una orden a los dos soldados que se hallaban cerca.

-Wilkinson, Bonn, lleven el vehículo hasta la puerta de la cabaña y suban todo el equipo del señor Melmoth.

Todo sucedía con inusitada rapidez para Ainson. Se hallaba al borde de las lágrimas. Quilter le dio unos cariñosos golpecitos en la espalda.

-Todo irá bien. Debes tener un montón de créditos esperándote en algún Banco. Haré que se te pague hasta el último centavo. Te alegrarás de liberarte, por fin, de esta aplastante gravedad.

Tosiendo, el viejo dispuso sus muletas para caminar. ¿Cómo podría decir adiós al viejo Quequo, que tanto había hecho para enseñarle una parte de su sabiduría, y a Snok Snok...? Comenzó a llorar.

Quilter se volvió de espaldas, con tacto, observando el rígido follaje primaveral que surgía a su alrededor.

-Capitán -dijo Ainson, transcurridos unos momentos-. ¿Dices que Inglaterra ha sido destruida?

-Vamos, no comiences ahora a preocuparte por eso, Melmoth. Realmente, es maravilloso estar vivo ahora en la Tierra; te lo juro. La vida sigue estando un tanto reglamentada, pero se han resuelto todas las diferencias nacionales, al menos por un tiempo... Todo se está reconstruyendo a un ritmo de locura; ni que decir tiene que la guerra ha aportado mucho a la tecnología. Me gustaría ser veinte años más joven.

-Pero has dicho que Inglaterra...

-Están reconvirtiendo la mitad del mar del Norte para reemplazar las zonas desintegradas. Londres va a ser reconstruido... en una escala modesta, por supuesto.

Afectuosamente, Quilter puso el brazo alrededor de aquellos hombros encorvados,

Librodot

pensando que abrazaba todo un período de historia en tan corto espacio.

El viejo Ainson meneó la cabeza con vigor, desprendiendo unas lágrimas.

-El problema está en que, después de todos estos años fuera de la Tierra, me hallo al margen de todo. Pienso que nunca entraré en relación con nadie adecuadamente.

Emocionado, Quilter se aclaró también la garganta. ¡Cuarenta años! No era difícil imaginar lo que aquel anciano debía sentir. ¡Qué gran historia para ser contada!

-Bueno, Melmoth, ahora todo eso no tiene sentido. Pronto, tú y yo tendremos muchas cosas en común allá en la Tierra, ¿no te parece, Melmoth?

-Sí, Sí. Así será, capitán Quinto.

El vehículo militar se marchó finalmente lejos de la empalizada. Con los miembros retraídos, los dos utods permanecieron al borde del sumidero observando la partida de los hombres-con-piernas, hasta que desaparecieron de su vista. Solo entonces, el más joven se volvió hacia el mayor, transmitiéndose entre ellos unas expresiones de lenguaje que habrían resultado totalmente incomprensibles para los humanos.

El más joven se dirigió hacia el edificio desierto. Examinó la armería. Los soldados la habían dejado intacta, cumpliendo las órdenes de aquél que había hablado de las muertes de tantos utods. Satisfecho, dio media vuelta y se encaminó sin pausa hacia la puerta de la alambrada. Había permanecido pacientemente cautivo durante una pequeña fracción de su vida. Había llegado el momento de pensar en ser libre.

Y el momento de que el resto de sus hermanos pensaran también en la libertad.